

JOSÉ MARÍA CASCIARO

# VALE LA PENA

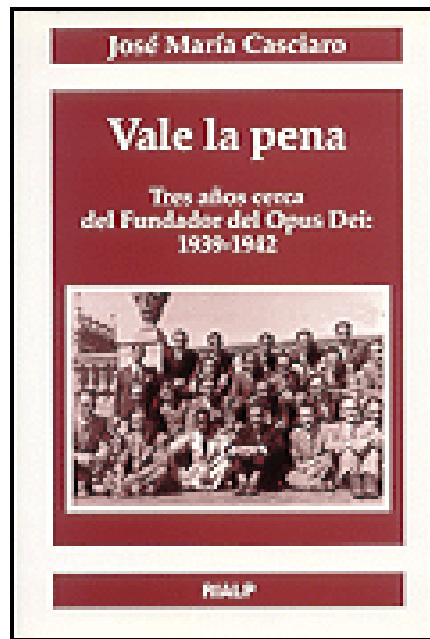
TRES AÑOS CERCA  
DEL FUNDADOR DEL OPUS DEI:  
1939-1942

© 1998 JOSÉ MARÍA CASCIARO  
© 1998 EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290, 28027 Madrid  
Fotocomposición: J.M.T.  
ISBN: 84-321-3175-X Depósito legal: M-17.507-1998

EDICIONES RIALP, S.A.  
MADRID



Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2005



**A la clara memoria de  
Doña Dolores Albás y Blanc  
y de Carmen Escrivá de Balaguer y Albás  
con profundo agradecimiento  
y perenne cariño filial**

## Prólogo

Hace tiempo leí en una obra de Henri-Irenée Marrou -pensador católico francés, célebre por sus obras sobre Filosofía y Teología de la Historia- que a los pueblos que se olvidan de su pasado les ocurre algo así como a la persona que pierde la memoria: pronto abandonan su identidad. El recuerdo de los santos contribuye a obviar este peligro. Ellos son, en efecto, una fuente vivísima de la memoria de la Iglesia, de conservación de la identidad de la fe, pues, cada uno a su modo, nos actualizan el ejemplo de Jesucristo. Cuando ahora me propongo consignar algunos episodios vividos junto a San Josemaría Escrivá de Balaguer, pienso que contribuyo a dejar constancia de uno de los testimonios relevantes de la acción invisible del Espíritu Santo en los hombres. A través de los sucesos del vivir cotidiano se reflejan aspectos significativos de la personalidad del Fundador del Opus Dei y del influjo que ha ejercido en tantos hombres y mujeres.

A la redacción del presente libro me ha movido, sobre todo, el profundo amor y agradecimiento que siento por San Josemaría, que va en aumento con el paso de los años. No sabría expresar, adecuada y brevemente, cuánto le debo en esta vida y, seguramente, para la otra. Algunos de los motivos de este agradecimiento aparecerán, sin duda, al hilo del relato. Pero quedan muchas cosas en el tintero, ocurridas en el tiempo que evoco y en los años que siguieron hasta el 26 de Junio de 1975, fecha de su marcha al Cielo. Todo es poco y paupérrimo para mostrarle mi agradecimiento filial.

También me ha animado a escribir estas páginas la admiración y el agradecimiento a los hombres del Opus Dei que encontré al dar mis primeros pasos junto a ellos. Casi todos están ya en la Casa del Cielo. ¡Cuánto les debo también por sus vidas realmente ejemplares, heroicas, dentro de su sencillez y cordialidad estimulantes!

Por otro lado, el libro de mi hermano Pedro, *Soñad y os quedaréis cortos*, me ha estimulado a escribir mis recuerdos de los primeros años pasados cerca de San Josemaría. Siempre me ha ido muy bien seguir la pauta de mi hermano mayor, marcada con sus consejos y, sobre todo, con su conducta. En efecto, siguiéndole tomé decisiones importantes: primero, un plan diario de trabajo y de piedad; después, la determinación fundamental de mi vida, esto es, la decisión de entregarme a Dios en el Opus Dei, al que me sentía llamado con una vocación divina clara; más tarde, la correspondencia a otra gracia de Dios: el sacerdocio. Ahora, lo que voy a emprender tiene mucha menos importancia: sólo se trata de poner por escrito ciertas vivencias que perduran, no obstante el paso de los años.

Las anteriores consideraciones pueden dar razón del porqué de las páginas que siguen. En ellas me limito a expresar los recuerdos de mis primeros años en el Opus Dei, después de referir brevemente algunas

circunstancias que los precedieron. Al cabo del tiempo, tales recuerdos, y otros posteriores en los que volví a estar cerca de San Josemaría —pero que no entran en mi relato—, han constituido un continuo y entrañable motivo personal de acercamiento a Dios. Han sido alicientes claros para continuar dando sentido a la vida, y para ensanchar sus horizontes. En definitiva, me ha parecido un deber consignarlos como un testimonio personal de algunos aspectos de la figura santa de San Josemaría, verdaderamente gigante en la historia de la Iglesia, por si pueden servir de ayuda a otras personas en su camino hacia Dios.

Es obvio que por mi escasa edad y capacidades en la época que describo, sólo percibía la corteza de la vida profunda e intensa del Fundador del Opus Dei, y de algunos de los aspectos del desarrollo de la Obra de Dios en aquellos años. Pero las afirmaciones que acabo de hacer necesitan ser precisadas. Lo que mis ojos juveniles veían en la conducta -contemplada de cerca- de San Josemaría, era lo suficientemente diáfano e interpelante para producir en mí una respuesta, no sólo de agrado y de aceptación, sino también -y esto es lo más importante- de entrega a una empresa cristalinamente sobrenatural y divina, por la que valía la pena dar la vida, toda ella entonces por delante.

Con el paso del tiempo se ha ido produciendo la inevitable reflexión sobre esos acontecimientos. Los he recomprendido con la mayor madurez que dan los años y la formación teológica. Pero la claridad de interpelación y las exigencias de una vida cristiana coherente -bajo la acción invisible de la gracia de Dios en el alma— no son esencialmente distintas ahora y en aquella coyuntura. Esos viejos recuerdos resurgen a veces al hilo del acontecer de cada día. A lo largo de este amplio medio siglo, siempre he tenido la convicción de que cuanto entendí en aquellos años de juventud era lo correcto y que seguir al Fundador del Opus Dei, por una gracia inmerecida de Dios, fue la opción más trascendente de mi vida. De todos modos, mi propósito actual es que, al poner por escrito los viejos episodios, no pierdan la espontaneidad con que los viví: intentaré narrar sencillamente lo que vi, omitiendo en lo posible las consideraciones sobre los hechos, salvo las que estime necesarias para explicar su significación. Mis relatos discurren entre mayo de 1939, cuando conocí a San Josemaría, y agosto de 1942, más algunos episodios sueltos, a modo de *Preámbulos*, que comienzan en la convivencia con mi hermano Pedro durante el verano de 1936, al iniciarse la guerra civil española.

¿Por qué detengo la narración en agosto de 1942? Por tres razones. La segunda, para no cansar al lector. La primera, más importante, porque en esos años tuve ocasiones muy frecuentes de estar cerca de San Josemaría; y la tercera, porque el crecimiento del número de

miembros y la expansión de la Obra por buena parte del mundo en los años que siguieron a 1942, ya no me hacen testigo presencial sino de un rinconcito del Opus Dei, que ya por entonces comenzaba a ser una gran familia. A partir de ese año, acerca de la vida del Fundador de la Obra, otros hombres y mujeres podrán ofrecer enfoques más directos y sustanciosos que el mío.

Contrariamente a lo que es costumbre en mis demás libros y trabajos, en éste no me he basado en bibliografía ni en documentación. Sólo he buceado en la memoria de hechos de los que soy testigo presencial. Únicamente después de haberlo escrito he consultado algunos datos para cerciorarme de ciertas fechas y personas que había citado de memoria, y no caer en el riesgo de la inexactitud o de la confusión. Tampoco había puesto notas a pie de página en un primer borrador. Pero algunos amigos que lo leyeron me aconsejaron que diera noticia de personas y lugares que cito de pasada, para facilitar su conocimiento a los lectores. En ocasiones he ampliado la noticia en medio del texto; pero las más de las veces he optado por añadir a pie de página los datos complementarios, para no interrumpir el hilo de la narración.

Cuando estaba comenzando a redactar estas memorias, mi hermano Pedro se encontraba todavía en vida, aunque aquejado de grave enfermedad. Falleció santamente el 23 de marzo de 1995, justamente en el primer aniversario de Mons. Alvaro del Portillo. En la revisión he hecho algunas ampliaciones acerca de él, pues ya desde el Cielo no se sentirá herido en su humildad. Cinco días después de la muerte de Pedro, en una carta al Obispo Prelado del Opus Dei Mons. Javier Echevarría, escribí el siguiente párrafo, en el que me ratifico: «Ya sabe. Padre, todo lo que Pedro es para mí. Él, con su prolongado ejemplo, con sus palabras y quién sabe hasta dónde con su oración y sus sacrificios, me atrajo suave y convincentemente hacia la Obra. Lo hizo perfectamente. A él debo en muy gran parte mi vocación y mi felicidad. Siempre le he estado muy agradecido y le he querido y respetado entrañablemente». Por esta misma causa, he añadido algunas referencias más acerca de mi hermano.

Confío en que San Josemaría, desde el Cielo, tendrá, como siempre, comprensión con mis observaciones acerca de cuanto mis ojos juveniles tuvieron ocasión de ver entre 1939 y 1942 y que ahora pongo por escrito.

Que este libro no tenga más defectos es fruto de acertadas sugerencias de algunos colegas míos. Entre ellos debo mencionar a José Antonio Vidal-Quadras, profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Ha tenido la paciencia de leer todo el borrador y proponerme abundantes correcciones sobre estilo y claridad de exposición. A todos estoy hondamente agradecido.

# 1

## Los preámbulos (1936-1939)

### Un verano más que caliente

Torre Vieja, la ciudad más meridional en la costa de Alicante, 13 de julio de 1936. El último censo de que tengo noticia, de hace pocos años, ascendía a 18.500 habitantes, aunque en los meses de julio y agosto, el número de personas que viven en el término municipal se eleva a 350.000 (está invadido pacíficamente por alemanes, suecos, suizos, ingleses, madrileños, murcianos, etc., y vendedores ambulantes del Norte de África). Pero en el año 1936 el censo debía de estar por unos 6.000, más algún millar escaso de veraneantes.

Desde Torre Vieja, una pandilla de amigos, primos y primas andábamos de excursión aquel 13 de julio, por la costa hacia el Norte, hasta las dunas de arena con pinares en las playas de Guardamar. En total, unos ocho niños, alrededor de los 12 años de edad, más el borrico que tenía mi primo Julio Ballester Casciaro. Este asnillo era casi como uno más del grupo: no había que preocuparse de él, caminaba suelto siguiéndonos -pienso que le agradaba venirse con nosotros-; cargaba en sus alforjas nuestras meriendas y demás arreos; solía acercarse mientras comíamos, le gustaban horrores las cascarras de naranja y de otros frutos; hasta en alguna ocasión nos defendió de los perros, que se alejaron con el rabo entre piernas cuando, sorprendentemente, se revolvió hacia ellos, respondiendo con rebuznos a sus ladridos.

Desde la finca de mis abuelos paternos llamada «Los Hoyos», punto de partida, habría unos nueve kilómetros. Fue una jornada formidable: gran caminata por playas y rocas, varios baños en el quieto Mediterráneo, contemplación relajante de las olas. Ya anochecido entrábamos de regreso en Torre Vieja. El día había sido completamente soleado. A pesar del agua y bebidas que habíamos llevado, arrastrábamos bastante sed. Nos dirigimos a tomar algo líquido en un clásico café, junto al Casino y frente al muelle de la pesca. Nos pareció encontrar más bien sería a la gente que allí estaba.

Recuerdo que pregunté a un hombre de mediana edad si ocurría algo. Me respondió extrañado: -¿Pero no sabéis nada?

—No. Hemos estado de excursión todo el día, a la orilla del mar, le respondí. -¡Toma, lee!

Y me acercó un periódico en edición extraordinaria. En grandes titulares venía más o menos a decir:

—Esta madrugada, José Calvo Sotelo ha sido sacado de su domicilio y fusilado por una patrulla de la Guardia Nacional

Republicana (este cuerpo era vulgarmente conocido por la «Guardia de Asalto»<sup>1</sup>).

No es necesario explicar que Calvo Sotelo era el jefe de la Oposición parlamentaria al Gobierno de la II República Española. A mis 12 años me quedé atónito, dándome cuenta de la gravedad del suceso. Comenté con mis colegas de excursión y decidimos volver a casa cuanto antes.

En los días que siguieron el ambiente se tornó muy tenso. Por todas partes se comentaba la extrema gravedad de la situación. Se hacían ver, en mayor número que los días anteriores, jóvenes con camisa roja; eran de las Juventudes Socialistas. Otros llevaban camisas azules: en un principio pensé que eran falangistas, pero me pareció ser demasiado su número; me dijeron que tanto los jóvenes de la Falange como los del Partido Comunista llevaban, al menos en Torrevieja, camisas muy parecidas; no era fácil distinguirlos, pero en el pueblo eran conocidos unos y otros.

Sin embargo -tal vez incongruencias de la niñez—, mi primo Julio y yo decidimos disfrutar de la invitación que nos habían hecho días antes los tíos Conchita Casciaro y Juan de Dios García, médico de Orihuela, a pasar las fiestas de esta ciudad en su casa, junto con sus hijos Conchita, Juan de Dios y Tomás, que eran de los más pequeños de la pandilla. Los cinco nos fuimos a Orihuela, a unos treinta kilómetros de Torrevieja, hacia el interior, a orillas del río Segura. Pero al poco de comenzar las fiestas, estalló el alzamiento del 18 de julio. Inmediatamente sobrevino la desorientación. Recuerdo que el novio de la cocinera de mis tíos, que iba a media tarde a pasar el rato con su novia, se presentó vestido de miliciano: mono azul, correa y pistola. No nos asustó su atuendo -ya habíamos visto a otros muchos—, más bien nos suscitó curiosidad.

Consultas familiares por teléfono: -que Julio y yo volviéramos rápidamente a casa de los abuelos, a «Los Hoyos». Mis padres se habían quedado en Albacete, en pleno calor de la Mancha, porque mi padre tenía aún que ultimar muchos asuntos antes de tomar las vacaciones. Además de su cátedra de Geografía e Historia en el Instituto Nacional de Enseñanza Media, desde hacía un par de años era Vicedirector del mismo, Director de la Escuela del Trabajo, Teniente de Alcalde del Ayuntamiento y directivo de Izquierda Republicana, el partido de Manuel Azaña. Por unos días no supimos de ellos. Las noticias que teníamos de Albacete por la prensa eran muy confusas. Quizá haya que aclarar que mi hermano Pedro y yo habíamos llegado a Torrevieja alrededor del 4 de julio.

### **Una regañina de mi hermano Pedro**

---

<sup>1</sup> Había sido creada en los comienzos de la II República Española y tenía como función la custodia del orden público en las ciudades, mientras la Guardia Civil mantenía su vigilancia en los campos y pueblos. Un cometido semejante a la actual Policía Nacional.

Veintitantos de julio del '36. Otra vez en «Los Hoyos», de regreso de las truncadas fiestas de Orihuela. Toda conversación familiar giraba sobre la explosión del conflicto: se planteaban las más variadas y contrapuestas suposiciones, a partir de las noticias contradictorias que llegaban, principalmente por radio, de los dos bandos en que se iba escindiendo el país, y también por las informaciones que traía Casilda, la cocinera de mis abuelos, al volver temprano de hacer la compra en la plaza. Sobre todo mis tías esperaban con impaciencia a Casilda, que tenía una rara habilidad para enterarse de los acontecimientos del pueblo: a primeras horas de la mañana se formaba un improvisado corrillo de mujeres en la cocina. Pronto las noticias se extendían por toda la casa y empezaban los comentarios.

Variando por un momento de tema, en una tertulia de sobremesa, nos preguntaron cómo nos habían ido los interrumpidos días en Orihuela. Conté algo en tono jactancioso que, por lo demás, era un episodio más bien negativo. Mi hermano Pedro me reprendió, lo que hirió mi orgullo. Respondí con insolencia. Fue un momento tirante. Pero ambos cedimos pronto, al tiempo que los demás echaban un capote. Pasadas una o dos horas me llamó Pedro a su cuarto.

Ante mi asombro, me pidió perdón. No era por haberme reprendido, sino por haberlo hecho públicamente y de modo un tanto inconsiderado. Pedro me llevaba ocho años y medio -me los ha llevado siempre, nunca he conseguido acortar distancias-, y en las edades que calzábamos a la sazón, tal diferencia resultaba muy marcada.

Me causó tan honda impresión aquella entrevista a solas que, desde entonces, mejoraron mucho nuestras relaciones. La verdad es que siempre habían sido excelentes. Pero me resultaba insólito que alguien bastante mayor que yo me pidiera perdón de una manera tan humilde y sincera. Es muy posible que, desde aquel momento, considerara a Pedro como mi amigo más leal.

### **Pedro y la bicicleta**

En Torrevieja las cosas no andaban tan mal, ni mucho menos, como en otros lugares en que había ganado inicialmente la causa del Gobierno de la República. Allí no había ocurrido alzamiento. No existía guarnición militar, sólo una casa-cuartel de la Guardia Civil y otra de Carabineros. Ambos cuerpos armados siguieron a las órdenes de la superioridad, prestando sus servicios de ordenanza. Tampoco había organizada una milicia de los partidos en la oposición al Gobierno, a excepción, tal vez, de los pocos y jóvenes falangistas. Sólo estaban creadas, o se prepararon inmediatamente, las milicias de algunos partidos y sindicatos aliados en el Frente Popular. Éste se había constituido como coalición de todos los partidos políticos de



izquierdas que, en candidatura única, habían ganado las Elecciones generales en febrero de 1936. Por lo demás, los torrevejenses, cualquiera que fuese su opción política, eran pacíficos. Tenían que llegar de otras ciudades —sobre todo de Elche, cuyas milicias comenzaron rápidamente a ser temidas— para encorajarlos a que hicieran violencia contra los «fasciosos» («fassiosos» en el habla popular de Torrevieja, donde pronuncian la *z* y la *c* suave como *s*), que así comenzaron a llamar a «los del otro bando». Pero ni aún así hubo derramamiento de sangre.

Sin embargo, empezaron las detenciones y hechos humillantes contra personas supuestamente contrarias al Gobierno y a los partidos del Frente Popular. Y se produjeron desmanes contra sus propiedades. A uno de los médicos del pueblo, D. Tomás, lo fusilaron unos milicianos forasteros, que habían obligado a los del lugar a dar nombres de enemigos de la causa. A partir del 25 de julio, el párroco de Torrevieja, gravemente amenazado, tuvo que esconderse y ya no celebró Misa en el pueblo. Meses antes, tras el triunfo del Frente Popular en febrero, habían quemado la iglesia parroquial y otra pequeña, que llamaban «la Ermita». No quedaron de ambas sino los muros. Ardió hasta el archivo parroquial. Desde entonces, los servicios religiosos se atendían en locales provisionales.

Pedro se enteró de que el párroco del vecino pueblo, Torrelamata, seguía celebrando Misa. Previo salvoconducto para pasar los controles de milicianos, comenzó a ir cada día en bicicleta a dicho pueblo. Mis abuelos y tíos se preocupaban, temiendo que se enteraran los milicianos y le hicieran algo malo. Pero mi hermano que, como todos los miembros del Opus Dei, tenía en su plan diario la asistencia a Misa, perseveró en sus desplazamientos, pese a los peligros. A mí me gustaba tener un hermano valiente. La distancia era de unos seis kilómetros, pero la carretera subía un pequeño monte, que con el calor de fines de julio y comienzos de agosto hacía más duro el trayecto. En aquellos tiempos, bicicleta con cambio de marcha sólo la tenían los profesionales y contadas personas más. Por supuesto, éste no era nuestro caso. Además, en mi familia, desde siempre, habían existido dos bandos en relación con la bicicleta: mi padre y yo éramos casi fanáticos de ese deporte; mi madre y Pedro le tenían poquísima afición. Esta circunstancia subrayaba para mí el mérito de aquellos viajes, que se sucedieron hasta que un día, al llegar a Torrelamata, se encontró que el comité revolucionario del pueblo, coaccionado por injerencias de fuera, había prohibido al párroco, de modo terminante, seguir atendiendo los servicios religiosos so pena de graves consecuencias. Era lo más suave que se daba en aquellos momentos.

### **La detención de mi primo Manolo**

La preocupación en la amplia familia que estaba en «Los Hoyos» bajo la autoridad casi tribal de mis abuelos paternos se puso al rojo cuando unos milicianos detuvieron a mi primo Manolo Paya Parodi. Tenía 17 años y era sobrino-nieto de mi abuela. La detención fue allí mismo, en la finca. Nada ni nadie pudo impedirlo. Lo llevaron después a Alicante para juzgarlo en uno de los Tribunales Populares, que se crearon rápidamente en la zona republicana. Se le acusaba de pertenecer a la Falange y ser, por tanto, enemigo de la causa. Pedro fue a Alicante a ver qué se podía hacer.

Algunos de aquellos tribunales querían dar un mínimo de impresión de legalidad. El que iba a Juzgar a Manolo había designado a un abogado de oficio. Pedro pudo ponerse en contacto con él y convenir la defensa. Lo mejor era subrayar que Manolo tenía trastornada la cabeza. El muchacho había dado muestras en el pueblo de ser un tanto bohemio. Eran conocidas sus serenatas a chicas -cantaba bastante bien-, de modo que en Torrevieja le llamaban «Chevalier», por el entonces famoso *chansonier* francés. Por ahí prepararon la defensa, sin avisarle. Cuando Manolo fue conducido a la sala de juicio, pelado a rape y con una vestimenta un tanto zarrapastrosa, el abogado fundamentó su intervención en que el inculpado era en realidad un jovencito loco, que lo mismo podía haberse apuntado a la Falange que a cualquier otra cosa... Manolo respondió airado que él no estaba loco; pero lo hizo con tales gestos que dio nueva oportunidad al defensor para barrenar en el asunto de su demencia.

La cosa dio resultado: lo condenaron solamente a doce años y un día. La sentencia era benigna si la comparamos, por ejemplo, con la de otro colega suyo, cambien de Torrevieja, Ramón Gallud, de 19 años, acusado de lo mismo que Manolo, y al que condenaron a muerte en Alicante y lo ejecutaron enseguida.

Es fácil suponer el agradecimiento de la familia por la valiente y sabia intervención de Pedro. Pero el suceso de la detención en su propia casa, y otros riesgos que se veían venir entristecieron mucho a mi abuelo. Julio Casciaro Boracino, que estrujó su cabeza para buscar soluciones a aquella situación.

### **La bandera inglesa**

A don Julio, dado su antiguo ascendiente republicano, no lo amenazaron de modo personal. Pero casi a diario iban milicianos a requisarle parte del ganado (ovejas, cabras, cerdos, gallinas, etc.), frutos agrícolas y a llevarse el automóvil para servicios de la revolución: al cabo de unos días se lo devolvían, con los consiguientes desperfectos y la preocupación de mi abuelo sobre qué usos podrían haber hecho de su coche. Sobre todo, lo que puso la situación incandescente fue la referida detención de mi primo Manolo.

Mi abuelo dio vueltas a una feliz idea: su padre, el primer Pedro

Casciaro de la estirpe del que yo haya oído contar historias familiares, inglés de nacionalidad —había nacido en Gibraltar de ascendientes napolitanos y estudiado en Londres desde los 9 a los 21 años— lo había inscrito al nacer en el Consulado inglés de Cartagena, como súbdito de su Majestad Británica. Aunque mi abuelo no había hecho mucho caso de esa ciudadanía —ejerció como abogado en España, nunca había renunciado a ella.

Don Julio reunió al consejo de familia y les comunicó su plan de poner al día su condición de súbdito de la corona inglesa: aprobación general. Quedaban por efectuar los trámites, y mi abuelo consideró más prudente no iniciarlos él personalmente. Aquí ya empezaron las excusas de unos y de otros. Pedro se ofreció a hacerlos: aprobación entusiasta y unánime. Y marchó de nuevo a Alicante, donde se había trasladado hacía tiempo el Consulado general inglés, que antes había estado en Cartagena. Allí, afortunadamente, se conservaba el archivo, donde aparecieron los datos, concordantes por completo con lo que había afirmado el abuelo. Los trámites fueron cortos. En pocos días todos los papeles estuvieron en regla, incluido el correspondiente pasaporte británico del abuelo y también el de la abuela, que adquiriría la nacionalidad británica al ser esposa de un inglés.

La situación en «Los Hoyos» cambió radicalmente en cosa de pocos días. La finca estaba delimitada por una gran tapia, que habían levantado los antepasados desde comienzos del siglo XIX: era de unos dos kilómetros de longitud, dotada de algunos pequeños torreones o garitas con troneras. Pedro dibujó y cortó en patrones de papel de diversos colores los trozos de una bandera inglesa, y mis tías cosieron las telas. Tendría unos cinco metros de larga por tres de ancha. Se fabricó una larga asta, que fue colocada en lo más alto de la finca, esto es, en el depósito del agua, revestido en forma de pena agreste, artificial, en cuya cima había un castillete con almenas y torreón. Todos los días, mi primo Julio —el propietario del borrico- y yo, casi solemnemente, izábamos y arriábamos bandera. Se veía desde varios kilómetros a la redonda.

Las gentes de Torrevieja llegaron a comentar: «No te fastidia (normalmente empleaban otro verbo de mayor fuerza expresiva) el viejo zorro: ahora resulta que es inglés». Pero la documentación era irrefutable, correspondía a una realidad también comprobable, y el prestigio de Inglaterra en aquellos contornos marineros era entonces muy grande y popularizado. Además, todo el mundo sabía que al Gobierno de la República Española le interesaba estar a buenas con el Reino Unido.

Don Julio se envalentonó. Dentro de aquellos muros que rodeaban su finca, todo era territorio inglés. Lo repitió con tal convicción que llegó a ser opinión común en el pueblo. Incluso realizaba paseos, dentro de aquel «territorio inglés», para vigilar el orden. Solía ir

armado con un precioso revólver de tipo *cow-boy* que le había traído de América su yerno Anastasio Ballester, padre de mi primo Julio y capitán de un barco mercante que hacía la ruta Europa-América. Algunas veces iba acompañado de Antonio el guarda. Otras me llamaba a mí, provisto de una escopeta, pues era conocida mi buena puntería adquirida con el pequeño rifle de aire comprimido que años antes me había regalado mi padre. La figura de mi abuelo, muy delgado, conmigo, bajito, me recordaba las de Don Quijote y Sancho Panza.

Entonces empezaron a acudir al amparo de la bandera inglesa parientes y amigos en situación peligrosa. Mi abuelo habilitó como vivienda la ermita que había en la finca. Como medida de precaución, dada la saña anticlerical que se había desatado, mandó desmontar la espadaña de la ermita. En la casa se convirtieron en dormitorio alguna que otra sala y hubo nueva distribución de habitaciones.

### «¿Continuarás con la Obra?»

Casi dos meses después del comienzo de la guerra, Pedro recibió una tarjeta postal que le dio un inmenso gozo y tranquilidad. Era de San Josemaría. Desde que había empezado la contienda, aquellas letras constituían las primeras noticias que tenía acerca del Padre y de los otros miembros del Opus Dei. Todos los días se preguntaba mi hermano, lleno de inquietud, qué les podría haber sucedido. La falta de noticias se debió a que la Residencia de Universitarios de Ferraz nº 16, en Madrid, promovida por San Josemaría y único centro del Opus Dei en aquel entonces<sup>2</sup> -en la que Pedro había vivido durante el curso 1935-36, cuando la Obra sólo se había desarrollado muy poco y exclusivamente en la capital de España-, estaba situada casi frente al Cuartel de la Montaña. La guarnición de este emplazamiento militar se había sumado al alzamiento del 18 de julio. Al producirse éste, el Gobierno de la República, había armado a las milicias de los partidos políticos del Frente Popular, e inmediatamente había comenzado el asedio del cuartel: tiroteo de armas de infantería y artillería. Las inmediaciones del lugar, incluida la residencia de Ferraz, fueron desalojadas y ocupadas por las milicias y otras fuerzas del ejército adictas al Gobierno.

San Josemaría tuvo que abandonar la Residencia entre las masas de milicianos. Se había puesto un mono de mecánico abandonado en el antiguo garaje de la casa; pero con la cabeza descubierta, dejando a la vista la tonsura clerical, la vulgarmente llamada «coronilla». Gracias a

<sup>2</sup> En octubre de 1934, se abrió en la tercera planta del número 50 de la calle Ferraz de Madrid la primera residencia dirigida por el Opus Dei para estudiantes universitarios. Allí se instaló, con permiso de D. Leopoldo Eijo y Caray, Obispo de Madrid-Alcalá, el primer oratorio, con facultad de celebrar Misa y reserva del Santísimo Sacramento. La residencia permitió tener con más regularidad las actividades apostólicas propias del Opus Dei: retiros espirituales, círculos de formación religiosa, tertulias con estudiantes y un sitio fijo donde San Josemaría recibía en dirección espiritual a muchos hombres: jóvenes y maduros, estudiantes, obreros, profesionales, etc. A comienzos de julio de 1936 se hizo el traslado al hotelito del número 16 de la misma calle de Ferraz. Pero por el estallido de la guerra el 18 de ese mes, la nueva sede de la Residencia no llegó a entrar en funcionamiento. Durante la contienda fue completamente destruida por su situación próxima a las líneas del frente.

Dios pasó inadvertido. Durante aquellos casi dos meses Pedro había escrito repetidamente a Ferraz e intentado hablar por teléfono. Obviamente, los correos no llegaban ni salían de allí, ni el teléfono era atendido porque la casa estaba deshabitada. San Josemaría había transitado durante aquellas semanas por variadas casas de amigos, que le habían servido de refugios de fortuna. No le habían llegado, por tanto, las cartas de Pedro.

Años más tarde, hacia 1940, comentando los avatares de aquellos momentos siguientes al estallido de la guerra civil, me confió que incluso llegó a pensar que podrían haber dado muerte al Padre y a algunos otros de la Obra. Me ha quedado bien grabado en la memoria que Pedro me dijo cómo en aquellos días, en medio de su aislamiento, se comprometió seriamente ante el Señor a continuar con la Obra adelante, aunque se hubiera quedado solo. Tenía entonces 21 años y se había incorporado a la Obra hacía unos ocho meses.

Ese compromiso de Pedro está en la línea de lo que refiere Mons. Alvaro del Portillo, en carta del 30 de septiembre de 1975, la primera que escribe a sus hijas e hijos del Opus Dei en calidad de Padre, como primer sucesor de San Josemaría<sup>3</sup>. En ella deja consignado: «A principios del año 1936, el Padre me preguntó un día: *si yo me muero, ¿continuarás con la Obra?* Muy sorprendido, le contesté que sí. Luego he sabido que esa pregunta se la había dirigido a otros hijos suyos. Eran momentos difíciles en España, y no faltaban motivos al Padre para temer por su vida, por el solo hecho de ser sacerdote. Pero lo único que le preocupaba era que se hiciese la Obra, que se cumpliese la voluntad de Dios, abriendo a los hombres este camino divino. Por su parte, con grande humildad, no se consideró nunca más que un instrumento: *un instrumento inepto y sordo*, escribió de sí mismo».

### **Pedro restablece el contacto epistolar con el Padre**

Se comprende bien la inmensa alegría y tranquilidad de Pedro cuando recibió aquella primera tarjeta postal del Padre. Después siguieron otras cartas, siempre breves, en las que San Josemaría firmaba *Mariano*, su cuarto nombre de pila. Mi hermano cuenta: «El Padre nos alentaba a estar muy unidos al Señor en aquellos momentos, a no descuidar la oración, ni abandonar el plan de vida; a acudir al Señor constantemente, pidiéndole que acortara ese periodo tan duro de la prueba. Nos aconsejaba que nos encomendáramos siempre a la Santísima Virgen, camino seguro, pidiéndole por la vida, la fidelidad, y la perseverancia de todos....<sup>4</sup>

A partir de aquella tarjeta de San Josemaría, se restableció la correspondencia entre Madrid y Torre vieja, sobre todo a través de

<sup>3</sup> Había sido elegido quince días antes, el 15 del mismo mes.

<sup>4</sup> Pedro Casciaro, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid, Ed. Rialp 1994,p.76.

Isidoro Zorzano<sup>5</sup>, que, gracias a su nacionalidad argentina, gozaba de mayor libertad de movimientos para ayudar a unos y a otros y servir de enlace con el Padre. Isidoro mantenía al corriente a Pedro y a otros, dentro y fuera de Madrid, acerca de la situación del Fundador de la Obra y de los demás que se encontraban en condiciones muy peligrosas.

### **Paquetes postales a Madrid**

La vida en la capital de España se desenvolvía llena de zozobras y con escasez absoluta de víveres. Después del avance de las tropas «nacionales» hacia los alrededores de Madrid, el abastecimiento se hizo insuficiente. Sólo las comunicaciones por carretera y ferrocarril procedentes de Valencia y de Murcia-Albacete quedaban libres para el aprovisionamiento. Las demás estaban cortadas o tenían ya los frentes muy cercanos. Incluso esas dos estaban al alcance de la artillería de los «nacionales», que las bombardeaban cuando recibían información de la llegada de material bélico y refuerzos militares.

Al tener noticia de tal situación, Pedro, en los primeros meses que siguieron, preparó varias veces paquetes de comida, que los enviaba a Madrid, a Isidoro, por el Correo ordinario. Aunque había riesgo de que no llegaran a su destino, su envío merecía la pena. Algunas veces le ayudé a prepararlos. Era la ocasión para que me contara algunas cosas acerca del Fundador de la Obra y de la vida en la Residencia de Ferraz. De momento no hacían falta más explicaciones. Lo que yo observaba me resultaba suficientemente aclaratorio.

### **El juego de «las siete y media»**

Como nieto mayor y varón, Pedro había disfrutado siempre de habitación individual en casa de los abuelos. Se trataba de un cuarto pequeño, pero confortable, con un ventanal al norte, orientación que se agradecía en verano. El único inconveniente era que estaba situado junto a la escalera, y allí, un antiguo reloj daba las horas, las medias y los cuartos con todo poderío. Es más, quizás debido a su antigüedad, antes de dar las campanadas se preparaba con un ruido preliminar, como voz preventiva. Era necesario conciliar el sueño en los intervalos, cosa que requería cierta técnica y acostumbamiento. De todos modos, la habitación individual del nieto mayor era tenida como un gran privilegio. Pero entonces hubo de cederla. Y una sala de recibir se convirtió en dormitorio y cuarto de estudio para él y para mí. Desde un gran balcón se veía el mar. Se instalaron una mesa de despacho y otros enseres. Esta observación tan directa de la vida

---

<sup>5</sup> Isidoro Zorzano nació en Buenos Aires en 1902. Durante los estudios de bachillerato en Logroño fue compañero de San Josemaría, de su misma edad. En 1927 obtuvo el título de Ingeniero Industrial, profesión que ejerció primero en Málaga en la Compañía de Ferrocarriles Andaluces. Después de la guerra pasó a la Oficina de Proyectos de la RENFE, en Madrid. En 1930 se incorporó al Opus Dei. «Vivió ejemplarmente la diligencia en el trabajo, la lealtad y el espíritu de servicio con sus colaboradores, el amor a la justicia en la promoción de iniciativas en favor de los más necesitados (...). Fue siempre un apoyo seguro para el Fundador del Opus Dei. Durante los años de la guerra española (1936-1939), en Madrid, dio pruebas de heroísmo en el amor a la Iglesia y en el celo por las almas (...). Murió con fama de santidad el 15 de julio de 1943 (...). La causa de canonización se inició en Madrid en 1948» (Tomado de la Hoja Informativa de la Vicepostulación de su Causa).

habitual de Pedro fue para mí muy reveladora. Mientras tanto, las personas acogidas al amparo de la bandera inglesa pasaban el día entero hablando sin parar. Había quienes transmitían información de radio Sevilla, desde donde el general Queipo de Llano levantaba la moral de los partidarios del alzamiento que habían quedado en «zona roja». Otros recibían noticias tristes y espeluznantes de asesinatos crueles, a veces de amigos y parientes en pueblos y ciudades cercanos. Todos hacían hipótesis sobre el futuro de la guerra. Entre unos y otros se ponían cada vez más nerviosos. Ninguno daba golpe. Al final del día, después de cenar, cansados por la tensión psicológica, soltaban adrenalina jugando a «las siete y media». La partida, concurren, se prolongaba hasta entrada la media noche. Los más pequeños nos distraíamos también viendo jugar a los mayores. Nadie se oponía; al fin y al cabo, estábamos en guerra y en vacaciones. Quizá también por eso los cuidados por nuestra buena educación pasaban a un segundo plano.

El único que seguía trabajando normalmente, sobreponiéndose a situación tan inquietante, era Pedro. Había venido, sin duda, con un plan bien organizado: las prácticas habituales de piedad cristiana, estudio (en septiembre se proponía terminar, me parece, la Licenciatura en Ciencias Exactas, que compaginaba con los estudios en la Escuela Superior de Arquitectura), y algo de deporte, sobre todo acuático, natación y piragua, que eran a los que más afición tenía, aunque lo del deporte, dadas las circunstancias, resultaba poco hacedero. Los demás le decían, casi como reproche:

—¿Pero por qué estudias tanto, si no sabemos qué va a ser de nosotros?

A lo que él solía dar una respuesta, más o menos del siguiente tenor:

—Pues, precisamente por eso, porque no sabemos, yo continúo con mis planes previstos.

A sus espaldas se admiraban de su serenidad, circunstancia que yo anotaba en mi conciencia.

### **Pedro me propone un plan**

Una de aquellas noches, después de contemplar -también a veces participábamos en la partida los jovencitos- el juego de las siete y media, fin a acostarme. Pedro, como de costumbre, estaba ya en cama, esta vez vuelto hacia la pared. Me había dejado un papel escrito, que conservé durante muchos años, hasta que en un traslado de domicilio se me extravió. Venía a expresarse, poco más o menos, en los siguientes términos: -¿Piensas que la vida que llevas es coherente con la de un cristiano?: No rezas nada.

Pierdes el tiempo todo el día. No coges un libro. No sientes la

responsabilidad de corresponder al esfuerzo que hacen nuestros padres para darnos estudios.

Incluso tampoco descansas razonablemente, acostándote más tarde de lo conveniente.

Te propongo un plan, si quieres, para corregir esa situación. Consiste en:

Rezar algo del Rosario. Yo te acompañaré algún rato para hacértelo más fácil.

Ahí te dejo los Evangelios, de la biblioteca del abuelo (era un volumen de la *Biblia*, del Abate Crampón, con texto latino, traducción francesa y notas explicativas). Podrías leer un trocito cada día, como unos cinco minutos, meditándolo y leyendo algunas notas.

También te dejo *La imitación de Cristo* de Kempis: se trataría de leer unos pocos puntos diariamente y meditar sobre ellos otros cinco minutos.

En cuanto al estudio, lo mejor será dedicar todos los días un rato a repasar las lecciones del método de francés (era el de Ahn), que también tienes ahí, y hacer algunos ejercicios. Como complemento para lectura en francés, tienes en la mesa otro libro de la biblioteca del abuelo: *Le Génie du Christianisme*, de Chateaubriand. Si quieres, puedo aclararte algunas cosas.

Leí varias veces el papel, mirando de vez en cuando hacia la cama de Pedro. Seguía vuelto a la pared. Intentaba *yo* saber si estaba despierto. No me atreví a decirle nada, pues parecía dormido. Continué con el papel ante mí: Pedro llevaba toda la razón. Yo me rendía. Con 12 años y muchos meses se me vinieron las lágrimas a los ojos. Después de estar un buen rato pensando sobre aquello, me acosté, sin hacer ruido, como siempre, para no despertarle.

Es claro que pronto hablamos del asunto y el plan se puso en marcha. Efectivamente, me fue explicando más cosas. Un día me ampliaba noticias sobre la Residencia de Ferraz en Madrid, y sobre el Padre (así llamaba de ordinario al Fundador del Opus Dei) y de su apostolado con estudiantes. Por supuesto se iba abriendo un mundo nuevo para mí. Antes sólo sabía que Pedro había vivido en aquella Residencia durante el curso anterior. Por mi parte, iba observando su conducta. Alguna vez que otra volvía a darle vueltas a la regañina de finales de julio.

### **Lo que vale organizarse**

El 18 de julio de 1936, una parte de la ciudadanía albacetense, junto con la Guardia Civil -no había entonces guarnición militar-, se unió al alzamiento y se hizo con el poder sin derramamiento de sangre. Mi padre era miembro destacado -quizás presidente en Albacete- de



Acción Republicana, el partido de D. Manuel Azaña. Tras el triunfo del Frente Popular en febrero de aquel año, había sido nombrado teniente de alcalde. Inmediatamente después del alzamiento fue detenido con otros representantes de las fuerzas políticas adictas al Gobierno y recluido en la cárcel. Pero la ciudad, completamente aislada y distante de los otros puntos donde había triunfado la sublevación, fue pronto rodeada por diversas fuerzas y milicias.

Según oí narrar, una batería de artillería con cuatro piezas enviada por el Gobierno para el asedio, se pasó a los insurrectos. En cambio, la Aviación leal a la República bombardeó la ciudad y destruyó uno de los cañones. Al poco tiempo, unidades de Infantería de Marina de Cartagena y una gran masa de milicianos lograban entrar en Albacete y recuperarla para el Gobierno. Mi padre, con todos los demás detenidos, fueron liberados sanos y salvos, sin haber sufrido violencia. Él mismo me lo contó después.

Tras estos sucesos, mis padres, Pedro y Emilia, continuaban en Albacete. A las tareas normales de mi padre antes mencionadas, se habían unido otros asuntos por encargo de mi abuelo y, sobre todo, las complicaciones de la guerra. En «Los Hoyos» disponían de habitación confortable todo el año. Como pensaban venir en cuanto pudieran, su habitación fue respetada. Pero pasaban muchas semanas y no llegaban.

El accidentado verano caminaba hacia su fin. Todo seguía de modo parecido. Mi hermano había conseguido un puesto de trabajo como matemático en el laboratorio de las Salinas de Torre Vieja. El director del laboratorio, Chuno Chorower (la gente de Torre Vieja simplificaba su nombre y le llamaba D. Juan Chevrolé), judío ruso de edad madura, y su esposa, doña Rosa, tomaron a Pedro gran afecto. Pedro acudía al laboratorio con un horario relativamente cómodo, mientras justificaba su situación y conseguía una documentación de trabajador: carnet del sindicato UGT, predominante entre los obreros de las Salinas, y otro carnet de afiliado al PSOE, que pudo canjear por uno antiguo de la FUE<sup>6</sup>, de los tiempos de su final del bachillerato en Albacete.

Pero, sobre todo, poseía una clave para mantenerse sereno en medio de aquellas circunstancias atípicas: su plan de vida espiritual que, antes de partir de Madrid, había consultado con el Padre. Este programa comprendía las prácticas de devoción cristiana habituales en una persona piadosa (unos tiempos de oración mental, Santa Misa, un rato de lectura espiritual, rezo del Santo Rosario, exámenes de conciencia, etc.). Los meses transcurridos durante el curso 1935-36 bajo la dirección espiritual de San Josemaría daban ya sus frutos en este banco de pruebas que era la guerra civil. Pedro recordaba una y otra vez las orientaciones recibidas del Fundador del Opus Dei en los

---

<sup>6</sup> Federación Universitaria Española, de orientación izquierdista.

meses precedentes. Con este plan podía llevar un orden y un control en su comportamiento por encima del resto de los que habitábamos en «Los Hoyos». Algunas veces, pasados los años, he reflexionado sobre ello, llegando a la conclusión de lo que vale una buena dirección espiritual -claro que en el caso de Pedro había sido del todo singular- y un plan de vida bien hecho y cumplido fielmente. Pertrechado con esas ayudas, un cristiano decidido puede afrontar situaciones tan difíciles como las de una guerra.

De hecho, la figura de mi hermano se me agrandaba a medida que transcurrían las semanas y se producían unas y otras intervenciones suyas: él mostraba el talante de quien sabía lo que debía hacer en cada momento de la jornada, mientras los demás andábamos a la deriva de las noticias y de las impresiones, muchas veces angustiosas. Pero no era yo el único en apreciarlo. Se trataba de una estimación general, de la que se hablaba con cierta frecuencia, cuando él estaba ausente. Sobre todo mi abuelo era uno de los más positivamente admirados. Lógicamente, de vez en cuando, don Julio consultaba el parecer de algunas personas antes de tomar decisiones. Nunca faltaba la consulta al nieto mayor, cuya opinión tenía en la mayor estima.

### **Aventuras de pastor**

La guerra civil se presentaba con cariz de alargarse más de lo que todo el mundo pensaba en los comienzos. Empezaron a movilizar quintas. Pedro tuvo que presentarse, pero lo clasificaron en servicios auxiliares a causa de la vista, y pronto volvió a «Los Hoyos» y a nuestro cuarto. No sucedió así a otros hombres Jóvenes que trabajaban en la finca: fueron llamados a filas y se les suplió como se pudo.

Nuestro abuelo distribuyó funciones. A mí me tocó encargarme del ganado menor: cabras y ovejas. Las debía sacar a pastar. Don Julio me advirtió que no les dejara encaramarse a ramonear las ramas de los almendros. Existía, en efecto, en el sitio de pastos, una amplia zona de almendros jóvenes. Me hice con una vara y una honda, pues las cabras tenían una especial querencia a esos arbolitos y, al menor descuido, se aupaban y tiraban de las ramas bajas. Lanzando piedras a mano alcanzaba una distancia bastante menor que con honda. Había tres machos cabríos muy rebeldes. Un día en que uno de ellos no cejaba de mordisquear las ramas a pesar de las piedras que le lanzaba, me acerqué y le di un varazo, pero me plantó cara: se empinaba y me atacaba con la cabeza. Tenía que apartarme para que no me alcanzara, mientras yo le golpeaba con la vara, que era fina. Temí que los otros dos se le unieran contra mí. Pero se ve que sus cerebros no daban para tanto. El de marras cedió después de recibir varios golpes que le di con todas mis fuerzas, muerto de miedo, jadeando, con el corazón disparado.

Otro día parió una cabra en el campo. Fui corriendo donde Antonio

el guarda para ver qué debía hacer. Me dijo que nada. Que la dejara reposar y la esperara. Cuando volví ya estaba acabada esa parte de su tarea maternal y había aumentado el ganado. Las demás veces que ocurrió ya sabía qué hacer: esperar y volver después con el nuevo irracional en una pequeña espuerta.

Cuando alcancé más experiencia, ya pude leer a Chateaubriand, o la *Sainte Bible* de Fabbé Crampón a la sombra de los almendros, mientras cuidaba el ganado.

### **Me quedo prácticamente solo**

Provisto de la adecuada documentación, Pedro hizo frecuentes viajes durante unos meses a Cartagena, Albacete, Alicante, Valencia (a estas dos últimas ciudades para ver a José María Hernández de Garnica<sup>7</sup>, que estaba preso, y a Francisco Botella<sup>8</sup>, que vivía con sus padres en la ciudad del Turia) y a Alcalá, donde se encontraba Rafael Calvo<sup>9</sup>, etc. El director del laboratorio de las Salinas solía darle facilidades para tales ausencias.

Mi primo Julio, el compañero de izar y arriar bandera, marchó a Orihuela a continuar sus estudios de bachillerato, pues el Instituto de Segunda Enseñanza de esa ciudad se había abierto, quizás a finales de 1936, con pocos meses de retraso respecto de la apertura normal de curso. En cambio, el mío de Albacete no inició el curso hasta el 8 de marzo de 1937. Mis primos de Orihuela, Conchita, Juan de Dios y Tomás, volvieron a casa de sus padres a continuar estudios. Mi primo Manolo (que no era propiamente de la pandilla, pero nos acompañaba a veces) continuaba preso en el castillo-penal de San Miguel de Alicante. Los primos Julio y Julia Casciaro, habían vuelto a Cartagena con sus padres.

<sup>7</sup> José María Hernández de Garnica tenía entonces 23 años y era del Opus Dei desde 1935, cuando llevaba bastante adelantada su carrera de ingeniero de Minas. Estuvo encarcelado y pasó situaciones muy peligrosas y difíciles en la zona republicana durante la guerra. Tras ésta terminó Minas y cursó la carrera de Ciencias Naturales en Madrid y, años después, el doctorado en Teología, en la Universidad Lateranense de Roma. Fue uno de los tres primeros fieles del Opus Dei ordenados sacerdotes en 1944 (junto con Alvaro del Portillo y José Luis Múzquiz). Intervino con ejemplar generosidad en los comienzos de la expansión del Opus Dei en Francia, Inglaterra, Irlanda, Alemania, Austria, Suiza, Bélgica y Holanda. Murió santamente en 1972.

<sup>8</sup> Francisco Botella Raduán -sus amigos le llamábamos Paco— fue compañero inseparable de mi hermano desde 1934 hasta fines de 1940. Algunas veces hablábamos de ellos como de «las vidas paralelas», evocando a Plutarco. Ambos nacieron en 1915 (Paco en Alcoy, Alicante). Juntos se prepararon para el ingreso en la Escuela Superior de Arquitectura e ingresaron al mismo tiempo y siguieron la carrera de Ciencias Exactas, simultaneándola con la de Arquitectura. Pedro pidió la admisión en la Obra el 20 de noviembre de 1935, Paco tres días después. Paco y Pedro hicieron el paso de los Pirineos durante la guerra civil con San Josemaría y vivieron junto a él bastantes meses en Burgos. Terminaron Ciencias Exactas en el verano de 1939 y comenzaron sus respectivas tesis doctorales. Desde fines de 1940 tuvieron ya más diferencias de actividad y de lugar de residencia. Paco leyó su tesis doctoral con la máxima puntuación y premio extraordinario. Dos años después obtuvo por oposición la cátedra de Geometría Analítica y Topología de la Universidad de Barcelona, luego pasó a la de Madrid. Ambos fueron ordenados sacerdotes en la misma ceremonia (1946). Paco sido presidente de la Real Sociedad Matemática Española. Unió la docencia e investigación con el ministerio sacerdotal intenso. Fue Consiliario regional del Opus Dei en España poco después de que lo hubiera sido Pedro. Cuando, en 1985, llegó a la edad de la jubilación como catedrático, se dedicó completamente al ministerio sacerdotal, pasando la mayor parte de la jornada en la administración del Sacramento de la Penitencia y en la asistencia espiritual de los enfermos, hasta su fallecimiento en Madrid en 1987, con divulgada fama de santidad. En los periodos en que tuvo ocasión de convivir estrechamente con San Josemaría aprendió de él directamente el espíritu del Opus Dei, que supo llevar a la práctica diaria y transmitirlo con ejemplar fidelidad.

<sup>9</sup> Rafael Calvo Serer, por sus escritos y acción política en pro de una evolución rápida del régimen del general Franco hacia la monarquía y la democracia, hubo de exiliarse de España por muchos años, mediando una orden de busca y captura. Catedrático de Filosofía de la Historia en la Universidad de Madrid, escribió sobre Historia, Filosofía y Política; influyó en sectores de la intelectualidad española. Perteneciente al Opus Dei desde abril de 1936, falleció en la Clínica Universitaria de Pamplona en 1988, rodeado de nuestro cariño y cuidados.

Con los amigos de Torrevieja, apenas me veía, dadas las circunstancias. Mi prima Carolina Casciaro, la mayor de la pandilla (me lleva tres años), huérfana de padre (tío Tomás) desde hacía pocos años y líder del grupo, había marchado a Murcia, pues la familia de su madre (tía Matilde Torregrosa) estaba signficada en Torrevieja como muy de derechas: por ejemplo, Ramón Gallud, fusilado en Alicante, era sobrino suyo. Con Carolina, y con su esposo Juan Bernal-Quirós he mantenido contacto, a veces frecuente, a lo largo de más de medio siglo: nos llevamos y nos queremos como hermanos. Han ayudado mucho en los comienzos del Opus Dei en Murcia. De la pandilla de primos sólo quedaba Adelita, una niña encantadora, hermana de Manolo Paya, pero andaba muy ocupada ayudando a su mamá en las labores domésticas y el cuidado de dos hermanos muy pequeños, y haciendo frecuentes viajes a Alicante para visitar a su hermano preso.

Entre los de mi edad me quedé, pues, prácticamente solo en «Los Hoyos», también para izar y arriar bandera inglesa y los otros menesteres. Era la primera vez que pasaba el invierno en Torrevieja, en vez de hacerlo en Albacete.

### **Un bombardeo espectacular**

Se me ha borrado la fecha en que se produjo un bombardeo nocturno de los puertos de la costa, desde Alicante a Cartagena. Quizá fue en los primeros meses de 1937. Intermitentemente, a lo largo de toda la noche, venía una pequeña escuadrilla de aviones de bombardeo. Fueron alcanzados los depósitos de gasolina de Alicante, acabados de llenar por el descargue de un petrolero. Abrieron las salidas de los depósitos para evitar males mayores; pero el combustible fue a parar en enormes cantidades al puerto, e incendió la mayor parte de las embarcaciones de madera, grandes y pequeñas, los barcos de pesca y otros buques mayores.

Desde Torrevieja, el cielo por el lado Norte todo él aparecía intensamente rojo, casi apocalíptico. Desde los balcones más altos de la casa de «Los Hoyos», contemplábamos los bombardeos de Cartagena. A pesar de su dramatismo, resultaba un espectáculo grandioso. Las baterías antiaéreas de los fuertes que rodean el puerto y las de la Escuadra Española, la mayoría de ella amarrada en los muelles -por haber quedado sin oficiales, pues la marinería los había echado anclados al mar en los primeros días del alzamiento—, disparaban contra la Aviación «nacional» ineficazmente, al parecer. Pero los estallidos de las bombas y las luces de las bengalas y de la munición trazadora producían el efecto de un impresionante castillo de fuegos artificiales. Es de advertir que Torrevieja está a mitad de camino entre Alicante y Cartagena: a cuarenta y nueve kilómetros por carretera de la primera y a cerca de sesenta de la segunda. Los cristales y ventanas de «Los Hoyos» retumbaban continuamente.

También le tocó el turno a Torrevieja. Habíamos visto el paso de los aviones en medio de una noche de luna clara, pensando que a nosotros no nos iba a afectar. Pero alguno de ellos descargó unas bombas en el puerto, todavía a medio construir. Bastantes barcos fueron alcanzados. Durante unas horas corrió el rumor de que tropas de los «fasciosos» habían desembarcado por la parte de Alicante. Eran noticias muy confusas: alegría contenida y esperanza en unos, y nerviosismo y miedo en otros. Por la mañana se desmintió el rumor: sólo habían ocurrido los bombardeos. Sucedió la reacción inversa: desesperanza en los que se habían alegrado y tranquilidad en quienes se habían puesto nerviosos.

A los pocos días tuve ocasión de ir a Alicante. El panorama del puerto era desolador: buques grandes quemados y hundidos, que asomaban parte del casco; innumerables embarcaciones pequeñas, casi calcinadas, en el fondo a orillas de los muelles; ingentes cantidades de peces muertos flotando en las aguas; y los resultados del incendio en la zona de los depósitos de combustible.

### **El refugio antiaéreo**

A la vista de las circunstancias, mi abuelo decidió construir un refugio antiaéreo en «Los Hoyos», aprovechando unos desmontes, que se habían hecho años antes para ampliar el sistema de aljibes y recogida de agua de lluvia, y un largo y estrecho túnel, que partía de la base de uno de esos desmontes, y llegaba a catorce metros bajo tierra, hasta el nivel del agua de un pozo. Se trataba de construir, junto a la boca del túnel, una estancia capaz para unas veinticinco personas, con el techo muy inclinado, apoyado en el desmonte, y reforzado con muchos sacos de arena y todo recubierto de abundante tierra. En el túnel podrían caber otras tantas personas. Entre estancia y túnel podrían refugiarse todos los habitantes de «Los Hoyos».

Fue otra etapa. Como se comprende, no había personal para construir el refugio. Dirigidos por don Julio, trabajábamos otro primo mío, un sobrino de mi abuela, a ratos el mecánico y el guarda y esporádicamente algunos más de los acogidos bajo amparo de la bandera británica. Corría prisa terminar, por si se repetían los bombardeos. En esas circunstancias entró en decadencia el cumplimiento del pequeño plan de vida que me había propuesto Pedro. Y ello tuvo consecuencias negativas durante un largo tiempo. Me fui enfriando en la piedad y en el hábito de estudio.

A veces he pensado en estas viejas experiencias. El contraste entre Pedro y los demás era patente. La clave estaba en los meses de contacto con el Fundador del Opus Dei, de los que Pedro me había hablado en repetidas ocasiones y, pensaba yo, en el fiel cumplimiento de su plan diario. Y me reprochaba no ser capaz de hacer lo mismo. Tenía arranques de buena voluntad y, a ratos y a días, lo conseguía,

pero volvía a abandonarlo. A trancas y barrancas seguía con el método de francés de Ahn y con *Le Génie du Christianisme* de Chateaubriand.

La etapa cambió cuando, en las vísperas del 8 de marzo de 1937, marché a Albacete para reemprender los estudios. Debía empezar el tercer curso del bachillerato del plan Villalobos de 1934. Villalobos había sido ministro de Instrucción Pública —así se llamaba entonces el Departamento— de uno de los gobiernos de la Segunda República Española. Mi promoción había inaugurado dicho plan.

### «El paso de los Pirineos» visto desde fuera

En este libro me he propuesto evocar sólo aquellos episodios de los que fui testigo. Por ello, mi versión de los acontecimientos del paso de los Pirineos de San Josemaría con unos cuantos hijos suyos y otras personas, en noviembre y comienzos de diciembre de 1937, supone la narración previa de los acontecimientos que lo integran. Tal relación la puede encontrar el lector, vivamente narrada, en el libro de mi hermano Pedro, *Soñad y os quedaréis cortos*<sup>10</sup>, Me voy a referir, pues, exclusivamente a lo que pude observar desde fuera de esa historia, es decir, desde lo que ocurría en casa de mis padres en Albacete, mientras se preparaba y se realizaba dicho «paso».

Después de diversos avalares, Pedro fue movilizado para servicios auxiliares en junio de 1937, y pasó por varios destinos hasta ser asignado a unas oficinas militares del servicio de la Remonta de Caballería, del ejército republicano, en la ciudad de Valencia. Desde allí mantenía correspondencia normal con mis padres. Pero, poco más o menos desde septiembre u octubre de 1937, no se recibían sus cartas. Pasaban las semanas, incluso quizás más de un mes. Mis padres intentaron establecer contacto con él infructuosamente. De la inquietud pasamos al temor. En casa de mis padres, en Albacete, estaban alojados un comandante y un capitán del ejército. Ambos procedían de la escala auxiliar. Cuando se produjo el alzamiento me parece que eran brigadas de Intendencia. Pero rápidamente habían ido ascendiendo por las circunstancias de la guerra. La ausencia de noticias y la inquietud trascendió a ellos. El comandante ofreció sus buenos oficios para obtener noticias. Recuerdo que un día, ausente mi padre de casa, se los ofreció de modo expreso a mi madre, estando yo presente. Mi madre, con mucha visión, quitó importancia al asunto y declinó amablemente la oferta. A continuación me explicó:

-No he querido que el comandante intervenga en esto, no vaya a ser que tu hermano esté escondido en alguna parte y, si lo buscan, lo encuentren y la cosa sea mucho peor. Si insiste, hay que darle largas. Tal como están las cosas en esta zona republicana, ha podido tomar alguna decisión que desconocemos. Puede haberse marchado al

<sup>10</sup> Cfr Pedro Casciaro, *Soñad y os quedaréis cortos*, cit., pp. 82-129.

extranjero o estar escondido. Pienso que si le hubiese ocurrido alguna desgracia, ya lo sabríamos. De modo que es mejor que no averigüen ni los militares ni la policía.

Al cabo de un tiempo sin noticias, mi padre tomó una decisión: marchar a Valencia e investigar privadamente. Allí pudo conectar con los padres de Paco Botella. Les había ocurrido exactamente lo mismo: desde las mismas fechas, Paco también había desaparecido. Mi padre estuvo en la modesta pensión donde pernoctaba Pedro. Las noticias eran muy parcas, pero coincidentes. Pocos días antes de que desapareciese, habían estado en la pensión algunos pocos amigos de Pedro. Éste no había dado más explicaciones, ni se había despedido. Obviamente, mi padre no quiso acercarse a las oficinas militares donde estaba destinado Pedro.

Pero tenía un amigo muy fiable, antiguo discípulo suyo en el Instituto de Albacete, que a la sazón era director general de algún Departamento del Gobierno que no recuerdo. Le visitó y le expuso el caso discretamente. La preocupación de mi padre era si Pedro, por cualquier motivo, había sido apresado por el SIM (Servicio de Investigación Militar), cuyos procedimientos eran *top secret*. Gracias a los buenos oficios de ese señor, mi padre tuvo cierto acceso al mencionado Servicio, lo suficiente para cerciorarse de que no había sido detenido ni existía expediente alguno contra él; al parecer, no había constancia de nada en los archivos del Servicio; era razonable pensar -y agradecer— que el coronel jefe de la oficina militar de Pedro no había cursado hasta entonces nota de su desaparición.

Volvió de Valencia perplejo y nada tranquilo, aunque la hipótesis de que hubiera sido detenido por el SIM, la más inquietante, quedaba lógicamente excluida. Todo lo demás eran conjeturas, pues no había dejado rastro alguno, lo mismo que Paco Botella. Que hubiese intentado pasarse a la otra zona era otra hipótesis, pero parecía tan arriesgada y difícil, que mi padre no la quería tomar en consideración, quizás también porque esta idea hería de algún modo sus antiguos sentimientos de fidelidad a la causa republicana.

De todos modos, mis padres procuraban que la desaparición de Pedro quedase en lo posible inadvertida, aunque la gente, los amigos, lógicamente preguntaban de vez en cuando por él. Únicamente se sinceraron con don Joaquín Sánchez, con quien mi padre tenía una honda amistad. Don Joaquín era profesor auxiliar de la cátedra de mi padre en el Instituto; por aquel entonces era también el habilitado de Correos de la ciudad y, ambos, entusiastas cultivadores de la Arqueología. Habían realizado muchas e importantes excavaciones en diversos lugares de la provincia con escasísimos medios, enriquecido notablemente el Museo Provincial de Albacete y publicado en el Boletín de la Real Academia de la Historia bastantes trabajos de primera mano sobre la materia. Mi padre ya había sido nombrado

hacía años miembro correspondiente de esta Real Academia y don Joaquín lo sería más tarde, acabada la guerra.

Por aquellas semanas -poco después del viaje de mi padre a Valencia- llegó una cuartilla a máquina con el escueto mensaje:

«Por la pena que os aflige, podéis estar tranquilos». El matasellos era de Barcelona. No cabía duda de que procedía de Pedro. Tranquilizó sobre todo a mi madre, que había confiado en el buen Juicio de su hijo. Mi padre seguía teniendo, no obstante, bastante miedo por si encontraban a Pedro en alguna parte, habiendo desertado del ejército. Así las cosas, recibí después una breve tarjeta de un fingido amiguito mío, desde Andorra. En ella me deseaba buena suerte, lo mismo que a mis padres, y que nos pudiéramos volver a ver lo antes posible. Estaba escrita en francés. La letra era de Pedro. La tarjeta fue muy tranquilizadora. La hipótesis de una marcha al extranjero obviamente cobró fuerza.

Meses después volvimos a tener un par de cartas discretas, con matasellos del Correo inglés. Nos dieron mucha más tranquilidad. No obstante, mi padre sabía que el Gobierno de la República había dispuesto tomar represalias contra los familiares de quienes se pasaban a la otra zona, o de los desertores del ejército. Por ello no dejó de sentir preocupación, temiendo que la falta de noticias fuera conocida en los medios políticos de Albacete. Él, por su actitud protectora hacia muchas personas durante la guerra, a las que libró, con sus gestiones y su posición política, de la detención, enjuiciamiento, incluso de la muerte, ya no gozaba de fiabilidad ante los medios oficiales, en los que los moderados y minoritarios republicanos eran marginados por los socialistas y, sobre todo, por los comunistas.

Por ejemplo, pasado año y pico del comienzo de la guerra, siendo el comunista y paisano mío Jesús Hernández Tomás ministro de Instrucción Pública, el Gobierno destituyó al antiguo director del Instituto de Albacete, don José Cortés, nombrado bastante antes de la guerra civil: los profesores pensaban que designarían a mi padre, por ser uno de los catedráticos más antiguos y prestigiosos en el orden académico, porque continuaba como vicedirector del Instituto, y por las demás circunstancias políticas a las que hice referencia. Sin embargo no fue así, sino que nombraron a un profesor auxiliar, sin duda más fiable para el Gobierno.

La vida en casa de mis padres en Albacete, a lo largo de 1938 y primeros meses del '39 transcurrió con alguna incertidumbre de qué habría sido de Pedro, aunque las mencionadas misivas habían dado la tranquilidad de que, al menos en la zona republicana, no le había ocurrido nada. Debía de estar bien y a salvo, aunque no sabíamos dónde. Cuando acabó la guerra comprendimos la razón necesaria del



silencio acerca de sus planes y de su realización: no hubiera sido prudente actuar de otra manera.

### **Final de la guerra civil**

Tras la caída de Cataluña —la parte norte de la «zona roja»- en poder de las tropas «nacionales», mi madre me llamó aparte para decirme, poco más o menos:

-Mira, Pepe. Éstos —así solía llamar a veces al Gobierno republicano— van a perder pronto la guerra. Ayúdame a convencer a tu padre de que, cuanto antes, ponga tierra por medio y se vaya al extranjero.

Comenzó una ofensiva constante de mi madre. Mi padre se resistía, diciendo, sin convicción, que no estaba aún tan decidida la derrota del ejército gubernamental y que se esperaba una ayuda eficaz de Francia, gobernada también por el Frente Popular. La dialéctica de mi madre era contundente, repasándole la situación en los frentes, echándole abajo la ilusión de una ayuda francesa, y concluyendo:

—Que el Gobierno va a ganar la guerra no lo cree nadie, ni tú tampoco. Nueva defensa de mi padre:

—Pero yo he ayudado a tantas personas, que no me pueden acusar de nada malo, sino todo lo contrario. Réplica de mi madre:

-Mira, Pedro, después de una guerra como ésta, y teniendo en cuenta tu significación republicana desde muchos años, hay que contar con que, en muchas ocasiones, paguen justos por pecadores. Podrían encarcelarte y quién sabe qué cosas más.

Su fuerza dialéctica era aplastante. Yo a veces intervenía, repitiendo: «mamá tiene razón», a lo que mi padre sólo oponía un argumento de autoridad sin fuerza alguna: -Tu cállate.

Nuevas negativas de mi padre, que tocaba las fibras sentimentales:

-¿Es que no me queréis? Respuestas inapelables de mi madre:

-No hace falta que te responda. Sabes muy bien cuánto te queremos y, precisamente por eso, debes marcharte, para que no te perdamos definitivamente. Si por un tiempo debemos estar alejados, es completamente preferible a que lo estemos para siempre.

Un día y otro volvía a la carga, cuando yo estaba presente, para que mi padre se encontrara en minoría de votos.

La larga batalla la ganó mi madre. Por fin, el 25 de marzo mi padre tomaba el tren para Alicante. Partía a la una o las dos de la noche. Era el día de su cumpleaños: los 50 exactos. Mi madre me dijo:

—Acompáñale y no te muevas del andén hasta que el tren se haya perdido de vista: a tu padre le puede venir la tentación de bajarse si no te ve. Así lo hice.

Unos dos días después, los mandos militares y políticos abandonaban la ciudad y se producía por momentos un vacío de poder. Pero la gente permaneció quieta, mientras algunas personas entraban en el Ayuntamiento y en el Gobierno Civil y hacían una especie de toma de posesión a la espera de la llegada de las tropas «nacionales».

No ocurrió nada violento ni especialmente llamativo: se veían aún militares, sobre todo soldados del ejército «rojo», ir de un sitio para otro, pero nadie se metía con nadie. La casa de mis padres tenía un emplazamiento privilegiado para contemplar el pulso de la ciudad: a mitad de la arteria principal de Albacete, que iba desde la estación del ferrocarril hasta el parque de Canalejas, pasando por la Diputación, la Audiencia Territorial, el Ayuntamiento y Plaza del Altozano, punto neurálgico... Desde el mirador del llamado «gabinete de mamá», se observaba estratégicamente lo fundamental que ocurría en la calle.

### **Pedro se presenta en Albacete**

Probablemente el 30 o el 31 de marzo entraron las tropas «nacionales». La gente se echó masivamente a las calles a recibirlas. Un par de días después llegó Pedro. Fue una alegría indescriptible. Contó a grandes rasgos lo sucedido desde su desaparición, mientras nosotros le informábamos sobre todo de mi padre, cuya situación él desconocía en absoluto y le tenía, lógicamente, muy preocupado. Quedó más tranquilo al saber que había tomado el tren para Alicante, aunque después no teníamos más noticias. Únicamente se corría la voz de que varios barcos habían zarpado del puerto de esta ciudad en los días inmediatamente anteriores a la llegada del ejército nacional, con muchas personalidades políticas. Teníamos la esperanza de que habría embarcado en alguno de ellos. Pero, si no recuerdo mal, hasta cerca de dos meses más tarde no recibimos noticias suyas: entonces supimos que había podido embarcar y estaba sano y salvo en Oran. Allí permaneció una temporada en unos locales que las autoridades francesas habían habilitado como alojamiento de los refugiados. Durante el verano de 1939, se estableció la correspondencia postal periódica con él, sin dificultades. Poco a poco nos fuimos enterando de sus condiciones en el exilio, entre ellas, que había tomado el último barco que zarpó del puerto de Alicante, antes de que llegaran las tropas nacionales a la ciudad.

Pedro estuvo dos o tres días, los que le permitía el permiso militar. Fueron suficientes para planear el inmediato quehacer: desmontar la casa, guardar los muebles en sitio seguro, marcharse mi madre con los abuelos a Torrevieja y prepararme yo para ir con él a Calatayud, donde estaba destinado en el cuartel general del Ejército de Levante. También visitó al Gobernador militar de ocupación y le explicó quién era, su evasión de la zona «roja» a la «nacional», su servicio en el ejército y la situación de la familia. Parece que Pedro le cayó bien al

Gobernador, pues éste le respondió con palabras tranquilizadoras.

A los pocos días de la marcha de Pedro se presentaron unos falangistas preguntando por mi padre. Estuvieron secos, pero no ofensivos. Requisaron, sin embargo, su despacho y poco después se llevaron los muebles que había en él. Pero nada más de la casa. Cuando ya la estábamos desmontando, se alojó un oficial italiano de Sanidad Militar. Mi madre le dio una explicación prudente de la situación. El oficial se comportó de manera educada.

Y no hubo más intervenciones de los nuevos poderes militares y políticos, salvo una visita del oficial del servicio de recuperación artística, dependiente del departamento de Regiones Devastadas, para hacerse cargo del almacén de obras de arte, casi todas religiosas, salvadas por mi padre durante la guerra y que había guardado en una habitación grande y cerrada de la casa. Mi padre, antes de marcharse, había encargado a don Joaquín Sánchez para que se ocupase del asunto. Don Joaquín sirvió de enlace con las nuevas autoridades. El oficial fue no sólo correcto, sino que tuvo palabras amables y de agradecimiento por la labor de salvamento realizada por mi padre.

En veintitantos días embalamos cuidadosamente todos los muebles, libros, ropas, etc. Volvió Pedro a fines de abril. Todo se iba cumpliendo punto por punto. Marchó mi madre a Torre vieja, mientras Pedro y yo partíamos para Madrid, camino de Calatayud. En el trayecto me fue explicando algunas cosas más de su vida desde la desaparición, y acerca del Padre y de su labor apostólica en medio de las circunstancias de la guerra.

## 2

### **Cómo conocí a San Josemaría (Mayo de 1939)**

#### **Llegada a la estación de Atocha**

Madrid, fin de abril de 1939. Desde Albacete, camino de Calatayud, mi hermano Pedro y yo nos detuvimos unos pocos días en la capital, según el plan previsto. El viaje en tren lo realizamos como pudimos, por supuesto en tercera, por referirme a la clase de billete, pues gran parte del trayecto lo hicimos en el pasillo, sin poder movernos, tal era la cantidad de viajeros. La mayoría regresaba, después de varios años, para reemprender su vida en la ciudad que debieron abandonar por la guerra civil. Llevaban consigo todo lo que podían: innumerables bártulos con Dios sabe qué cosas; sacos y cestas con comida, pequeños muebles..., todo aquello que pensaban podría servirles para reorganizarse en sus antiguas casas o en otros lugares, si las primeras habían sido destruidas.

Llegamos a la estación de Atocha no recuerdo a qué hora, en cualquier caso ya muy de noche. No debíamos retrasarnos más en

alojarnos. Parado el tren, después de esperar un buen rato en el pasillo del vagón, sin que se movieran apreciablemente los viajeros por el atasco del extraño y voluminoso equipaje, decidimos apearnos por la ventanilla. No éramos los únicos en acudir a tal sistema, frecuente durante las semanas que siguieron al fin de la guerra. Yo lo hice primero. Pedro me dio las maletas, y se disponía a bajar por el mismo procedimiento cuando unos guardias «de Asalto» procedieron enérgicamente a desalojar las vías. Tenían razón en hacerlo, aunque el modo fue excesivamente contundente. Uno de ellos, mientras yo cruzaba las vías hacia el andén, con maletas en ambas manos, se dirigió hacia mí a gritos y me descargó un golpe de porra en la espalda que me dejó sin poder hablar, pasado de dolor. Recuerdo que el guardia me pareció un gigante, seguramente por mi sensación de inferioridad. Oí entonces la voz de Pedro que le chillaba con una adecuada «interjección mayor» -un taco- y bajaba rápidamente adonde estábamos -vestía, por supuesto el uniforme militar-. Era la primera vez que veía a mi hermano abordar con tanta expresividad a una persona. El guardia se disculpó alegando las razones de la peligrosidad de cuanto estaba ocurriendo y las órdenes tajantes que habían recibido.

Nos dirigimos al Hotel Mediodía, en la plaza de Atocha, frente a la estación del ferrocarril, y allí tomamos una habitación donde dormir, pues era ya hora intempestiva para ir a otro sitio. Pasada aquella primera noche, me alojé en casa de mis tíos Mariano y Juana, primos de mi madre, en la calle Toledo, mientras Pedro lo hacía en la casa rectoral del Real Patronato de Santa Isabel<sup>11</sup>, donde un mes antes, al acabar la guerra, había vuelto a fijar su residencia San Josemaría, con su familia y algunos pocos miembros de la Obra, puesto que la Residencia de Ferraz 16 había quedado completamente destruida.<sup>12</sup>

### **El encuentro con San Josemaría**

Habrían transcurrido un par de días de estancia en Madrid, cuando Pedro me planteó que si quería conocer al Padre tenía la oportunidad, pues le había manifestado el deseo de invitarme a comer en su casa. Como andaba yo todavía cerca de los 16 años, la invitación era halagadora y muy de agradecer. Estaba confundido de que una persona como el Fundador de la Obra tuviera aquella amabilidad, que me parecía casi desproporcionada. Por lo que me había contado Pedro y lo que *yo* había ido observando, sobre todo en los primeros meses de

---

<sup>11</sup> Esta institución era una antigua fundación real, dependiente canónicamente en aquellos años de la diócesis de Madrid-Alcalá. Antes de 1936, San Josemaría había recibido del Obispo, D. Leopoldo Eijo y Garay, el encargo pastoral de atender sacerdotalmente el Patronato en calidad de Rector. Incluía dos comunidades religiosas: un convento de Agustinas Recoletas, fundado por San Alonso de Orozco en 1589 bajo el patrocinio de Felipe II; y otro de religiosas de la Asunción, que dirigían un colegio de niñas. Ambas comunidades utilizaban en común la Iglesia de Santa Isabel, donde San Josemaría celebraba con frecuencia la Misa y se ponía al confesonario. El edificio del Patronato disponía también de una vivienda para el Rector. Esta había sido ocupada, en alguna temporada antes de la guerra civil, por el Padre, su madre y sus hermanos Carmen y Santiago. Al acabar la guerra, el Padre volvió a ocuparla, hasta que se abrió la Residencia de Estudiantes Universitarios en Julio de 1939, situada en la Calle Jenner, 6.

<sup>12</sup> Véase capítulo anterior, nota n. 2.

guerra en Torrevieja, la verdad es que me hacía una enorme ilusión poder conocerle. Todavía no había visto ninguna fotografía suya ni había leído ninguno de sus escritos. De modo que ignoraba por completo cómo podía ser en su porte externo.

Fui con Pedro minutos antes de la hora de comer. Llegados a la casa rectoral del Real Patronato de Santa Isabel, Pedro, si no me falla la memoria, abrió la puerta del piso con una llave que tenía. Este detalle me dio cierta confianza. Entramos, llamó a una puerta y se oyó el «adelante». Pasamos e intentó presentarme al Fundador de la Obra. No le dio tiempo. Apenas pronunciadas las palabras «Padre, éste es...», el Padre se levantó -estaba sentado tras una mesa de despacho-, mientras me inclinaba para besarle la mano, como era costumbre saludar a los sacerdotes, me dijo, creo que literalmente: *Ya te he encomendado mucho al Señor.*

No esperaba un recibimiento tan cordial y cariñoso. Advertí con claridad que no eran unas palabras de cumplido, sino sinceras. Mi hermano -pensé- le habría hablado de mí, seguramente, pero no tuve más tiempo entonces para reflexionar sobre el recibimiento. Me quedé tan impresionado que no recuerdo la breve conversación que siguió. Sólo se me grabaron en la memoria esas primeras palabras.

Recuerdo bien, en cambio, la figura del Padre aquel día: estaba muy delgado; me pareció bastante más joven de lo que suponía. Lo más inesperado fueron sus muestras de afecto, su trato que invitaba a una inmediata confianza, a pesar de no habernos conocido hasta ese momento. Aquel encuentro inicial era una sorpresa para mí, no obstante las cosas que me había contado Pedro.

Por lo demás, el Padre llevaba un solideo negro muy grande, que nunca después le vi. El despacho era de reducidas dimensiones, con muebles muy modestos, imitación de estilo Renacimiento español: una mesa de despacho pequeña, una estantería, uno o dos silloncitos con asientos de anea y unas pocas sillas haciendo juego con el resto del mobiliario, pintado con nogalina de color pardo muy oscuro.

Hasta entonces yo había conocido a muy pocos sacerdotes; todos estaban adornados de virtudes y comportamiento excelentes. Nunca había tenido intimidad con ellos: sólo las espaciadas veces que había acudido a la confesión, que en los tres años de guerra se habían reducido a dos. Les tenía respeto, en parte por el ambiente de la familia de mi madre. Pero eran para mí personas lejanas y extrañas, como pertenecientes a otro mundo, con las que no había sentido propensión a hablar. Ni en la familia de mi madre, ni en la de mi padre, hubo sacerdotes o religiosos, al menos que yo hubiera conocido o de los que hubiera oído hablar.

Sólo había tenido cierto trato, más bien académico, con don Antonio Martínez Ortiz, catedrático de Latín del Instituto de Albacete,

el cual me había despertado franca simpatía. Cuando a partir de febrero de 1936, tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones generales, la situación en la ciudad se hizo peligrosa para el clero, pues era insultado y amenazado brutalmente en la calle, don Antonio había comenzado a vestir de paisano en público. Durante la guerra civil continuó en la cátedra, gracias a que alguno de sus parientes próximos gozaba de buena situación en los medios políticos de izquierdas y lo protegió eficazmente. Era un excelente profesor, al que soy deudor de haberme enfrentado a la lengua latina con simpatía y afición. En clase y fuera de ella tenía una actitud verdaderamente amable y cordial con los alumnos: accesible en cualquier momento, atento e interesado por sus cosas —aunque *yo* no había acudido a él en este sentido- y *por* las actividades colectivas del curso. Por ejemplo, fue el único profesor que asistía a veces a los partidos de fútbol que jugábamos entre estudiantes y nos comentaba nuestras actuaciones. Quizás fuera nuestro profesor más querido.

Durante la guerra, en Albacete, había ido a confesarme dos veces con otro sacerdote refugiado en casa de unos parientes suyos; me impresionó su valentía en medio del peligro que suponía ejercer el ministerio, aunque fuese de manera discreta. Pero ahí terminaba todo mi trato anterior con sacerdotes.

La personalidad del Padre se me presentó muy distinta de lo que imaginaba. No obstante la diferencia de edad y condición, y el respeto lógico, recuerdo que sentí de inmediato una clara sensación de confianza y proximidad. Al mismo tiempo comenzaba a descubrir otra dimensión de lo que realmente es un sacerdote. Pienso que no me equivoco si digo que, desde aquel momento —con la base de las cosas que Pedro me había contado-, se me vinieron a la mente ideas nuevas: la figura del sacerdote, respetada desde niño pero extraña, se me acercaba, se me hacía íntima al apreciarla encarnada en el Padre.

Obviamente, no puedo conocer lo que la gracia divina trabajaba en mi alma, sino sólo por estos efectos que producía. Lo evidente es que, desde esos primeros momentos del encuentro con San Josemaría, sentía una sensación nueva de felicidad y me parecía que, sólo con aquellos instantes, había discurrido mucho tiempo de trato con él. Pero no es ésta una impresión sólo mía. Otras personas, a lo largo de los años, me han hablado en el mismo sentido.

### **Comida en el Patronato de Santa Isabel**

Minutos después pasamos a una habitación más amplia, rectangular. Había en el centro una mesa alargada. Aunque no estoy seguro, tengo el vago recuerdo de que no era realmente una mesa, sino más bien dos caballetes, sobre los que descansaban unos tabloncillos, cubiertos con varios manteles. A los lados, junto a las paredes, había cuatro o cinco petates de soldado, colchonetas envueltas en mantas.

En un rincón, una lámpara de las de pie y dos o tres silloncitos de madera con asientos de mimbre blanco. En la estancia estaban ya algunos hombres Jóvenes: Santiago<sup>13</sup>, el hermano menor del Padre, Isidoro Zorzano, y dos o tres más, también con uniforme militar, cuyos nombres no recuerdo, y cuyas fisonomías también se me han borrado bastante.

Se inició una animada comida. El Padre pedía a los presentes noticias de otros muchachos que habían participado en la labor de formación cristiana impartida principalmente desde la Academia DYA<sup>14</sup> y luego desde la Residencia de Estudiantes de Ferraz. Estaba vivamente interesado por saber de sus vidas y por recuperar el contacto con ellos. Eran muchos los nombres que se mencionaban y diversa la suerte que habían corrido.

Pronto fui entendiendo más a fondo la razón de aquellas preguntas del Padre: su afecto y cariño humano y sobrenatural por todas las personas a quienes había tratado sacerdotalmente y cuyo contacto había truncado la guerra civil y la separación de España en dos zonas. ¿Qué habría sido de cada uno de ellos durante los tres años terribles del conflicto? Y, además, pasado éste, le urgía recuperar el tiempo para llevar a la realidad el cumplimiento de la soberana Voluntad de Dios que desde el 2 de octubre de 1928 había visto con tanta claridad: *hacer el Opus Dei*, en frase suya repetida muchas veces. El Padre se sabía instrumento para extender el mensaje del Opus Dei entre los hombres de todas las culturas, haciendo del trabajo y de las demás circunstancias de la vida ocasión de encuentro con Dios. Su existencia no tenía otra finalidad: cumplir, y sin demora, lo que Dios quería.

De acuerdo con lo que fue tónica general de su vida, los años de guerra habían sido de incesante oración y sufrimiento, de fortísima penitencia. La acción apostólica, aunque nunca interrumpida, se había visto frenada por las dificultades obvias. Acabada la contienda era el momento de darle un nuevo y vigoroso impulso, sin abandonar ni un ápice la oración y la mortificación. El celo por las almas y el sentido de responsabilidad de *cumplir un mandato imperativo de Cristo* — también en frase suya, escrita muchos años atrás-, le impulsaban a restablecer los contactos de antaño y a emprender otros. De estas

<sup>13</sup> Santiago Escrivá de Balaguer nació el 28.II.1919; falleció el 25.XII.1994. Abogado, con bufete en Madrid. Ayudó generosamente a la Obra desde su niñez hasta su muerte, con constante sacrificio. Recuerdo haber oído decir más de una vez a San Josemaría que su madre y su hermana habían ayudado eficazmente al desarrollo de la labor, sobre todo en los años de su comienzo, y que su hermano Santiago *la había padecido*. Se me quedaron grabadas estas frases, porque, en efecto, en no pocas ocasiones, pude comprobar el sacrificio y las limitaciones de toda clase que le producía vivir durante bastantes años, primero en la Residencia de Jenner, no 6 y luego en Diego de León, no 14, en la misma casa que nosotros, en general muy jóvenes, debiendo acomodarse al horario de los centros de la Obra, a su pobreza y lógicas incomodidades, a no tener las ocasiones de invitar normalmente a sus amigos, etc. Ví siempre a Santiago llevar con total elegancia y buen humor tales limitaciones, sin el menor comentario. Con el tiempo, comenzamos a referirnos a él como «Tío Santiago», aunque hablándole directamente le llamábamos Santiago. Acabada su carrera, llegó a ser un competente profesional, padre de nueve hijos y excelente esposo. En él he visto el ejemplo de un verdadero caballero cristiano, trabajador, sencillo, buen amigo, hombre de sincera piedad.

<sup>14</sup> Esta sigla correspondía oficialmente a «Derecho y Arquitectura», pero en la intención de San Josemaría era más bien «Dios y Audacia». Se impartían clases complementarias de esas dos carreras y allí el Padre atendía espiritualmente a muchos estudiantes, jóvenes profesionales y otras personas. También impartía círculos y charlas de formación cristiana y predicaba retiros espirituales. Estaba situada en un piso de un edificio que hacía esquina a las calles Luchana y don Juan de Austria, en el barrio de Chamberí. Se había abierto a comienzos de diciembre de 1933. Estuvo funcionando hasta octubre de 1934, en que se trasladó, con más amplias posibilidades, a la Residencia de Universitarios de Ferraz, 50.

cosas me fue ilustrando Pedro en el uno o dos días que aún pasamos en Madrid y, sobre todo, en el viaje inmediato a Calatayud.

La conversación en el improvisado comedor del Patronato de Santa Isabel se mantenía en un tono a la vez serio y muy jovial. Yo estaba como quien ve un partido de tenis: pasando la mirada de un punto a otro de la mesa, a medida que intervenían los comensales. De vez en cuando, el Padre se dirigía a mí, indudablemente para que no me sintiera extraño entre tantos desconocidos: era un detalle de su extraordinaria delicadeza. Aun sin poder seguir la conversación por falta de antecedentes, aquella *séance* me resultaba muy agradable. No es quizá fácil de explicar por qué, pero así era. La sobremesa duró poco. Me parece que el único que no tenía nada que hacer era yo. Los demás se fueron marchando pronto. Quedamos solos Santiago Escrivá y yo.

Hace poco alguien me preguntaba:

-¿Qué comieron aquel día?

-No lo recuerdo, tuve que responderle. —¿Y quién servía la mesa?

Aquí ya puedo hacer alguna precisión: Nadie. Yo estaba situado de espaldas a la puerta de la habitación. De vez en cuando veía que alguno de los comensales se levantaba, iba hacia la puerta y -sin salir- volvía con alguna fuente, que iba corriendo de sitio en sitio para que cada uno se sirviera. No se me ocurría, obviamente, interesarme por más. Por lo que voy a narrar a continuación podrá deducirse -yo mismo lo he hecho— cómo se resolvía este pequeño detalle por el que se interesaba mi interlocutor.

### **Encuentro con la madre y la hermana del Padre**

El Padre me condujo, junto con Santiago, a la cocina. Era relativamente amplia, con hornillos antiguos, de los que tenían una especie de parrilla por arriba y un boquete cuadrangular por un costado, por el que se cargaba de astillas o pequeños carbones. Allí estaban Doña María Dolores Albas<sup>15</sup>, madre de San Josemaría, Carmen Escrivá<sup>16</sup>, su hermana, y nadie más. Me presentó, no recuerdo

<sup>15</sup> Doña María Dolores Albas y Blanc nació en Barbastro el 23 de marzo de 1877. Se casó en 1898 con D. José Escrivá y Corzán. Tuvo dos hijos varones y cuatro niñas: la primera, Carmen (1899), el segundo, Josemaría (1902), a continuación, María Asunción (1905), María Dolores (1907) y María del Rosario (1909), y diez años después, Santiago (1919). En 1924 envió. Desde entonces, todo su cuidado estuvo en la atención de los tres hijos vivos que le quedaban: Carmen, Josemaría y Santiago. Siguiendo a Josemaría, ordenado sacerdote en 1925, de Logroño pasaría a Zaragoza y luego a Madrid. Su modesta casa madrileña fue el primer lugar de formación de los miembros de la Obra antes de la guerra española. También, con Carmen y Santiago, acompaña a su hijo Josemaría en la vivienda rectoral de Santa Isabel poco tiempo antes de que estallara el conflicto. En julio de 1939, junto con Carmen, se ocupa por completo de dirigir las tareas domésticas de la Residencia de Estudiantes de la calle Jenner, 6, donde pasan a vivir a petición de Josemaría. El desempeño de esas funciones constituyó una contribución inestimable para crear en los centros donde viven algunos fieles de la Prelatura del Opus Dei que se ocupan más específicamente de tareas de formación, el ambiente de intimidad y escuela de virtudes cristianas, que tiene como modelo a la Sagrada Familia de Nazaret. En noviembre de 1940 se traslada, también con Carmen, para ocuparse del mismo menester en el hotelito de Diego de León, 14, que llegará a ser la primera sede del gobierno del Opus Dei. El 22 de abril de 1941 fallece allí, tras rápida enfermedad y años de entrega alegre y discreta a las necesidades de la Obra, antes que las mujeres del Opus Dei estuvieran en condiciones de llevar a cabo ese cometido.

<sup>16</sup> Carmen Escrivá era la hermana mayor de San Josemaría. Nació en Barbastro en 1899 y murió en Roma en 1957. Permaneció soltera, dedicada, sobre todo a partir de 1932, junto con Doña Dolores, a ayudar a su hermano Josemaría, y contribuyó así a crear el ambiente de familia cristiana característico de la vida de los miembros del Opus Dei, en Jenner 6 y, luego, en Diego de León 14. Tras un breve paréntesis a comienzos de la década de 1950, en que vivió con Santiago en un piso en Madrid, volvió a prestar la



con qué palabras, aunque pienso que mi identidad fundamental era la de ser hermano de Pedro Casciaro, y se marchó. Ellas estaban todavía con la fregaza de cuanto habíamos utilizado en la comida. Sin dejar de trabajar, entablamos una conversación muy animada y cordial.

Era una curiosa tertulia formada por Doña María Dolores, de 62 años de edad, Carmen, de 40, Santiago, de 20, y yo de 15, bastante cumplidos. Aunque no conocía de antes a ninguno de los tres, me sentía como en mi propia casa. Doña Dolores, Carmen y Santiago me trataban con exquisito cariño y me ofrecían gran intimidad. Iban pasando diversos temas, entre ellos, como ocurría por aquellos días, los avalares de unos y otros en guerra. Ellos sabían de mi situación y fueron lo suficientemente sabios y prudentes para referirse a ella con discreción e, incluso, quitar toda posible preocupación por mi parte, pues no sabíamos aún a ciencia cierta qué habría pasado con mi padre.

Recuerdo a Doña Dolores sencilla y elegante a la vez, cariñosa sin afectación, con una cara sin arruga alguna, una tez limpiísima, muy guapa, con el pelo ya blanco -que contrastaba con el aire mucho más juvenil del resto de su porte—, y recogido atrás en un sencillo y gracioso moño. Ese mismo aspecto y atavío los mantuvo hasta su fallecimiento en abril de 1941. Mientras conversaba, no paraba de trabajar; primero, como he dicho, ocupada con Carmen en la fregaza; después ambas se pusieron a repasar ropa. También recuerdo a Carmen en aquellos momentos. Como su madre, participaba en la conversación, con sencillez y elegancia, amable, con buen humor. Santiago estaba, quizá, algo más callado, pero también intervenía.

Hacia las cinco de la tarde entró de nuevo San Josemaría en la cocina. Dirigiéndose a Santiago le preguntó si le parecía que había pasado el tiempo suficiente para merendar. Respondió afirmativamente y, a continuación, me lo preguntó a mí, que compartí la opinión de Santiago. Entonces, Doña Dolores y Carmen nos prepararon una apetitosa merienda. De ésta sí que me acuerdo: un bocadillo de jamón y café con leche. Tras las escaseces de guerra, todavía nos supieron más a gloria. El Padre se marchó inmediatamente. Ellas, sin dejar de coser, siguieron la ágil conversación. Pero fue por poco tiempo. El Padre volvió a entrar y preguntó a Santiago si disponía de un rato para enseñarme algo de Madrid. Era la segunda vez que yo estaba en la capital, pero prácticamente resultaba una novedad, pues la primera había ocurrido en un viaje rápido con mis padres, cuando tenía unos 8 años, para ver

---

ayuda que el Padre le pedía, y se trasladó a Salto di Fondi (véase la nota siguiente), donde ella sola desempeñó la tarea en la que ya era tan diestra. «Tía Carmen» -así nos referíamos a ella en la intimidad los miembros de la Obra, por ser la hermana del Padre- vivió siempre dispuesta a prestar al Opus Dei los servicios que Dios le pedía a través de San Josemaría, que fueron muchos, con sacrificio callado y heroico. Tres días después de su muerte, acaecida el 20 de junio de 1957) el Padre podía decir de su hermana, que no pidió nunca su admisión en la Obra: *Nos ha enseñado cómo se vive y cómo se muere en el Opus Dei: sin hacer ruido, desapareciendo, sin que nadie se enterara aparte de nosotros, que estábamos muy cerca.* El mismo día de su muerte, en la Misa que celebró inmediatamente en sufragio del alma de su hermana, San Josemaría recibió la gracia de Dios de la seguridad de que Carmen estaba ya en el Cielo: así lo dejó escrito en sobre cerrado, para que se abriera después de que él muriera, lo que hizo Mons. Alvaro del Portillo en 1975.

a Pedro, que comenzaba por entonces sus estudios de Arquitectura.

### Un paseo por Madrid con Santiago Escrivá

Santiago dio toda clase de facilidades y salimos de inmediato. Entre otros lugares, me llevó a ver la parte de la Ciudad Universitaria que había sido escenario de guerra hasta hacía aproximadamente un mes. Había zonas que ya se podían visitar, pues los artificieros del ejército las habían rastreado y habían quitado minas y otros artefactos peligrosos. Me causaba gran ilusión meterme en las trincheras y refugios de los soldados de uno y otro bando, a veces increíblemente cercanos y con unos emplazamientos del todo enmarañados. Cuando fue anocheciendo, me acompañó hasta la calle Toledo, donde estaba la casa de mis tíos. Fue una amabilidad por parte de Santiago que nunca he olvidado.

Más de cincuenta años después, hacia 1991 ó 1992 -no recuerdo con exactitud-, me avisaron de que Santiago estaba internado en la Clínica Universitaria de Pamplona. La última vez que lo había visto era en 1955, en «Salto di Fondi», una finca agrícola a mitad de camino entre Roma y Nápoles,<sup>17</sup> donde conviví ampliamente con él y con su hermana Carmen. Pasados ese medio siglo largo de la primera vez, y los treinta y cinco años de la última, sentía gran necesidad de agradecerle muchas cosas pero, quizá de modo particular, aquella compañía por el Madrid de la inmediata posguerra. Santiago estaba en la habitación de la Clínica con su esposa Yoya, a quien yo no conocía. Casi *ex abrupto*, tras los saludos realmente entrañables y las presentaciones respectivas, comencé a decir a Santiago, más o menos:

-Por cierto, Santiago, tengo pendiente contigo darte las gracias por aquella tarde de mayo de 1939 en que tuviste la bondad y paciencia de enseñarme Madrid.

Santiago no se acordaba. Le fui recordando prolijamente los detalles.

De pronto, Yoya comenzó a reírse tremendamente, por lo que le pedimos alguna explicación.

---

<sup>17</sup> Salto di Fondi fue en su origen una vasta finca propiedad del marqués de Bisletti. Hacia 1952, San Josemaría sentía la necesidad de proveer a los muchos estudiantes del Colegio Romano de la Santa Cruz —centro internacional de estudios de la Obra, donde vivíamos ya más de un centenar de miembros de muy diversos países, la mayoría bastante jóvenes-, de un sitio donde poder seguir estudiando en los meses de verano, mientras nos *oxigenábamos*, en vocablo empleado por el Padre, y organizar cursos de retiro, convivencias, etc. Por ese mismo año, llegó a noticia del Padre que el marqués quería vender su finca, para trasladarse a otra en Kenia. Unas largas gestiones, llevadas a cabo por D. Alvaro del Portillo, dieron como fruto la constitución de una cooperativa de muchos pequeños propietarios, sustancialmente los campesinos que trabajaban en ella. Se organizaba una comisión gestora, técnica y administrativa y, mediante esta laboriosa gestión, entraba a formar parte del grupo de propietarios un patronato que ofrecía al Opus Del la utilización para fines educativos de una pequeña parte de la finca, incluida la vieja casa donde había vivido la familia del marqués. La cuestión era que no había dinero para hacer las pertinentes adaptaciones con objeto de que pudieran instalarse con la debida independencia y separación las mujeres de la Obra que se encargaran de la gestión doméstica. El asunto iba para largo. El Padre pidió a Carmen y a Santiago que se trasladaran allí por un tiempo para poner en marcha esa actividad. Los hermanos de San Josemaría accedieron heroicamente una vez más a la petición: Santiago Escrivá dejó temporalmente su bufete de abogado en Madrid y Carmen su casa, y se trasladaron a «Salto di Fondi», en medio del campo, en zona bastante aislada, para hacer posible la vida de muchas personas en un antiguo y destartado caserón. Durante el curso 1954-55, mien tras hacía yo la tesis doctoral en Teología, me alternaba con D. Ramón Bosch, que la hacía en Derecho Canónico, cada uno una semana, para atender sacerdotalmente aquel centro de la Obra y a buena parte de los campesinos de la finca y alrededores. Fue la última vez en que tuve la ocasión de convivir con «Tía Carmen» y «Tío Santiago».

-No os figuráis —nos contestó— lo divertida que resulta vuestra conversación. O sea, que después de más de medio siglo, este señor se empeña en darte -se dirigía a su esposo- efusivas gracias por una tarde en que le acompañaste a ver Madrid. No os dais cuenta de las caras que ponéis al intentar hacerte -hablaba a Santiago- recordar lo que os ocurrió en un par de horas hace más de cincuenta años.

Realmente, nuestra conversación, contemplada desde fuera, debía de ser divertida. La verdad es que muchas veces le había oído pronunciar a San Josemaría el refrán «de bien nacidos es ser agradecidos», y desde hacía años esperaba la ocasión de poder corresponder con Santiago por tantas bondades, por las que no le había mostrado mi agradecimiento. Pasamos, pues, un rato muy agradable. Al final de la entrevista experimenté la satisfacción de una misión cumplida.

### **Recuerdo global de aquel día**

Así ocurrieron las cosas el día de primeros de mayo de 1939 en que conocí a San Josemaría. Entonces yo tenía una idea del Opus Del todavía un tanto superficial. Pero la impresión fue imprevisiblemente honda. Aquellas personas, tan variadas, que acababa de conocer, me habían brindado una intimidad sencilla, como si las conociera de siempre. Era algo nuevo para mí, inimaginable. Comenzaba a vislumbrar lo que podía haber sido el ambiente de la Residencia de Ferraz, a la que Pedro se había trasladado a vivir a fines de 1935 y de la que me había hablado en tantas ocasiones. Años más tarde, rememorando aquel día y otros episodios posteriores, ponderé hasta qué punto la madre y los hermanos de San Josemaría le prestaron su ayuda delicada, eficaz y variada para sacar adelante la Obra que Dios le había encomendado.

Entre las impresiones de aquella visita al Patronato de Santa Isabel destacaba, sobre todo, la que me produjo el Padre, que desbordó sin medida la idea que me había forjado previamente. No sabría ahora expresar lo que experimenté: desde luego, se me ofrecía una confianza ilimitada y un cariño sincero, por dos únicas razones, a mi modo de ver: la primera, porque él era sacerdote y debía de tener esa amabilidad con todos; la segunda, por ser yo hermano de Pedro. Fue, en suma, un encuentro imborrable, recordado y saboreado muchas veces en mi interior, que influiría decididamente para el resto de mi vida.

Un par de días después reanudaba el viaje con Pedro a Calatayud con el fin de aprovechar en el estudio los días que quedaban del curso escolar, antes de que las vacaciones me llevaran, como de costumbre, a Torre vieja, donde el ambiente de veraneo no era propicio para estudiar. Pero el encuentro en el Patronato de Santa Isabel cambiaría muy a fondo el modo de enfrentarme con la vida durante los meses

estivales, en el suave y relativamente cómodo ambiente de «Los Hoyos».

### 3

## Luces en los meses de posguerra (Mayo-diciembre de 1939)

### Calatayud: mayo-junio

Todavía eran los primeros días de mayo de 1939 cuando llegué con Pedro a Calatayud. Según las disposiciones del Ministerio de Educación Nacional, los alumnos de bachillerato que habían aprobado cursos completos en la zona republicana, deberían revalidar esos estudios. Esa medida me afectaba: tenía aprobados en el Instituto de Albacete los cursos tercero y cuarto. El quinto había quedado sin terminar, al desmoronarse esa zona en marzo ante el avance de las tropas «nacionales». Pedro, mi madre y yo acordamos que me fuera con él a Calatayud para preparar los exámenes correspondientes, antes de ir a Torrevieja en verano. Y así hice. En Calatayud permanecí mes y medio largo, interno en el Colegio de los Hermanos Maristas.

La experiencia del internado fue positiva. Estaban celebrando con piedad el mes de María. También era nueva para mí esa celebración. Los acontecimientos dolorosos de la guerra, la marcha de mi padre al exilio y las vivencias del reciente encuentro con San Josemaría, me habían llevado a estar en buenas disposiciones para aprovechar el ambiente de piedad que promovían los Maristas. Conservo un recuerdo entrañable de aquellos rosarios y cantos a la Virgen en la capilla del Colegio. Asistía a algunas clases de tercero y cuarto en el Instituto de Enseñanza Media de Calatayud, donde Pedro impartía clases de Matemáticas, compaginando esa tarea con sus obligaciones del servicio militar en el Cuartel General del Ejército de Levante. El director del Colegio me orientaba en la preparación de las asignaturas de esos cursos pendientes de revalidar, y me concedía de vez en cuando sesiones particulares. Se portó muy bien conmigo.

Los días de fiesta, si Pedro no estaba ocupado con sus obligaciones militares, salía con él y con Pedro de Ybarra<sup>18</sup> a pasear, comer y charlar. Ambos Pedros eran los únicos encargados del gabinete de Cifra<sup>19</sup>, dependiente de la Segunda Sección<sup>20</sup> del cuartel general del Ejército de Levante: «los señores de Cifra» solía decir con notable consideración el general Orgaz, jefe de dicho Ejército, para referirse a ellos, pues les tomó un gran aprecio por la competencia con que

<sup>18</sup> Pedro de Ybarra nació en Bilbao en 1913. Fue Conde de Güell y Marqués de Mac-Mahon. Cuando el Opus Dei comenzó la actividad en Bilbao^ Pedro de Ybarra ayudó de manera generosa, con la colaboración inestimable de su madre «Carito», Carolina Mac-Mahon, marquesa de Mac-Mahon, que más tarde entró a formar parte de la Obra. Pedro no perteneció al Opus Dei; fue un leal amigo y cooperador. Falleció en 1993.

<sup>19</sup> El «gabinete de Cifra» era el servicio de traducción de las órdenes en clave secreta del mando militar.

<sup>20</sup> La Segunda Sección era el servicio de información militar del Estado Mayor.

desempeñaban su cometido y por la categoría personal que encontraba en ellos.

Debió de ser a primeros de junio, cuando trasladaron el Cuartel General a Valencia, y con él, a los dos Pedros, por lo que me quedé solo. Pero fue por muy poco tiempo: a finales de junio cerraron el Colegio por vacaciones y dejé Calatayud.

### **De nuevo en Torrevieja**

Marché entonces a Torrevieja a pasar el verano, como era la costumbre familiar, y porque allí estaba mi madre. En el viaje, me detuve un día o dos en Valencia. Parada muy interesante: conocí a Ricardo Fernández Vallespín<sup>21</sup>, todavía movilizado como teniente de Ingenieros, y a Amadeo de Fuenmayor<sup>22</sup>. Estuve también con Pedro de Ybarra y, obviamente, con mi hermano. Fuimos a Misa a una iglesia que no recuerdo y desayunamos en un bar de la Plaza que entonces se llamaba de España. Hice noche en la misma pensión donde vivía mi hermano. Fue también un día inolvidable en compañía de aquellos «amigos de Pedro», como pronto comenzaría a llamarlos mi madre y con los que me estaba resultando tan fácil congeniar por la cordialidad y la paz que irradiaban. Y continué viaje en los destartalados autobuses que habían sobrevivido a la guerra, con trasbordo en Alicante, hasta «Los Hoyos», donde me esperaba toda la tribu de los Casciaro.

De alguna manera se reanudaba la vida de los veraneos anteriores a la guerra, pero con notables y sentidas ausencias. En primer lugar, la de mi padre, exiliado en Orán, del que por entonces comenzamos a tener correspondencia regular. Sus noticias eran buenas, dentro de su situación. Durante ese verano, un matrimonio francés, los Srs. Martín, ambos catedráticos del Liceo de Segunda Enseñanza, él de Geografía e Historia, como mi padre, y ella de Latín, dieron generosa hospitalidad a don Pedro en su propia casa, tratándolo con la consideración de un colega de cátedra. Había otras ausencias en «Los Hoyos» entre los mayores; varios primos no venían por diversas causas. La antigua pandilla estaba bastante mermada.

Tampoco Pedro vendría, como antaño, a pasar las vacaciones y practicar los deportes de mar habituales. Sólo hizo un par de viajes rapidísimos, con objetivos concretos. Me venían frecuentemente a la memoria los meses de guerra y cómo mi hermano mayor había sabido

---

<sup>21</sup> Ricardo Fernández Vallespín fue uno de los primeros miembros de la Obra (desde 1933). Nació en 1910. Terminó la carrera de Arquitectura en Madrid antes de la guerra civil, siendo, según oí comentar, el más joven de su promoción y de la siguiente. San Josemaría lo nombró director de la Residencia de Ferraz 50. Trabajó muchos años como arquitecto, con estudio propio. Fue ordenado sacerdote en 1949 y, enviado por el Fundador del Opus Dei a Argentina en 1950, estuvo entre los que iniciaron la labor de la Obra en ese país. Desde 1962 ejerció el ministerio sacerdotal en Madrid. Falleció en 1988, después de una prolongada enfermedad.

<sup>22</sup> Amadeo de Fuenmayor Champín nació en 1915. Fue uno de los primeros en incorporarse a la Obra en Valencia al acabar la guerra. Renombrado civilista, obtuvo cátedra de Derecho Civil en 1943, en la Universidad de Santiago de Compostela, ejerció de abogado con bufete propio, y es académico de la Real de Ciencias Jurídicas y Morales. Ordenado sacerdote en 1949, llegó a ser un experto también en Derecho Canónico; ha sido Decano de esta Facultad en la Universidad de Navarra. Es Prelado de Honor de Su Santidad. Después de unos años de estancia en Roma, ha vuelto a Pamplona.

organizarse, y procuré imitarle.

### **Ambiente más piadoso en «Los Hoyos»**

Había, sin embargo, una estimulante novedad: mi abuelo Julio, muchos años frío y crítico hacia la religión, estaba cambiando rápida y radicalmente. Los acontecimientos de la guerra y sus consecuencias, entre otras la pérdida de buena parte de sus bienes, con los dos hijos varones que le quedaban, obligados al exilio (mi padre y mi tío Julio, al que sorprendió el alzamiento siendo alcalde de Cartagena con el Frente Popular) y su yerno Anastasio, al que quería mucho, en prisión pendiente de juicio, fueron las circunstancias de que Dios se valió -así pensábamos mi madre y yo- para que volviera a Él. Después de muchos años, se había confesado con el viejo párroco-arcipreste de Torrevieja, don Benito, que estaba asombrado y que lo atendía sacerdotalmente con gran sabiduría. Los ornamentos sagrados de la ermita de «Los Hoyos» los donó a la parroquia, en plena reconstrucción.

Mi abuelo venía a Misa todos los días con mi madre y conmigo. No tenía reparo en hablar de su conversión. Entre otras prácticas, le gustaba rezar el Rosario con mi madre y tener con ella pláticas espirituales, en las que comentaban los libros de San Agustín y Santa Teresa de Jesús, autores preferidos por ellos en aquellos momentos. Muchas veces se nos unían tía Carolina, la mayor de la generación de mi padre, y en algunas ocasiones, mi prima Adelita. El resto de la gran familia paterna también había experimentado un acercamiento a la religión, mayor o menor según los casos.

Mi hermano cuenta en su libro *Soñad y os quedaréis cortos* (p. 129) cómo, tras el «paso de los Pirineos», al llegar a Lourdes, antes de comenzar la Misa en acción de gracias, San Josemaría se volvió a él, que le ayudaba, y le dijo: “*Supongo que ofrecerás la Misa por la conversión de tu padre y para que el Señor le dé muchos años de vida cristiana*”. Todavía no sabíamos el fruto de aquella preocupación de Mons. Escrivá de Balaguer por la salud espiritual de mi padre, pero “*el Señor, que nunca se deja ganar en generosidad*<sup>23</sup>”, ya había comenzado a hacer una de las suyas<sup>24</sup>: no sólo mi padre, sino también mi abuelo había comenzado su conversión.

Recuerdo que por esta época, y comentando las tribulaciones de la guerra y los buenos cambios, verdaderos retornos a Dios, de algunos de «Los Hoyos», me dijo un día mi madre: «Tu hermano ha traído la luz a esta familia». En los escasos y breves encuentros con Pedro durante aquel verano, nos íbamos enterando de la parte que habían tenido la oración y mortificación de San Josemaría en el proceso de aquellas conversiones de la familia Casciaro. A medida que discurrían

<sup>23</sup> Frase que le oí muchas veces al San Josemaría.

<sup>24</sup> Igualmente, frase que también le oí a veces al San Josemaría.

tiempo y acontecimientos, iba yo descubriendo el dilatado corazón de don Josemaría Escrivá. Al mismo tiempo el Señor hacía crecer en mí una fe grande en él, y me infundía otras gracias, que irían preparando mi alma para responder a la llamada divina al Opus Dei. El lector sabrá disculparme estas intimidades, muchas veces reconsideradas desde entonces y que, al escribir estas cuartillas, me vuelven al recuerdo y al agradecimiento más sentido a Dios y a San Josemaría. Ya entonces veíamos la mano bondadosa del Señor en medio de los dolores y consecuencias que había traído la guerra civil. Más tarde, cuando muchas veces oí al Fundador del Opus Dei que *Dios escribe derecho con líneas torcidas*, recordaría estos sucesos de la guerra y los cambios a bien en las personas.

### **Veraneo ordenado**

Encontré, pues, en «Los Hoyos», un ambiente bastante distinto al de años atrás. En aquel verano, los viajes relámpago de Pedro desde Valencia o Madrid le permitieron hablar a fondo con mi madre de toda la situación, y con mi abuelo y también conmigo. Me dejó un libro que me hizo mucho bien y que influyó en mi decisión posterior: *Don Bosco y su tiempo*, de Hugo Wast. En esas circunstancias no me fue difícil organizarme para no perder el tiempo como antaño. Cuando volvíamos de oír Misa en la capilla del pequeño Hospital —la parroquia y «la Ermita» todavía no habían sido totalmente reconstruidas después del incendio de 1936-, dedicaba un rato al estudio de las asignaturas de los dos cursos que debía revalidar y marchaba con algunos de mis primos a nadar y remar en piragua.

El ambiente de las playas de Torrevieja era bastante familiar y correcto. No se había producido la actual explosión turística. El Ayuntamiento estableció una vigilancia: una pareja de guardias urbanos paseaba tranquilamente por playas y rocas garantizando las «buenas costumbres». Los llamábamos «la Moral». Al aviso «¡que viene la Moral!», la gente autorrevisaba su indumentaria playera para cerciorarse de que estaba dentro de lo legal y correcto y evitar una posible multa, casi simbólica, en la que no recuerdo que, de hecho, incurriera nadie.

A primeras horas de la tarde, tras la sobremesa a la sombra de la fachada de Levante, donde en aquellas horas corría la fresca brisa marina, volvía a los libros escolares y espirituales. Todavía había tiempo para montar en la vieja bicicleta de Pedro, uno de mis deportes favoritos entonces, y hacer algún que otro recado conduciendo un carro atartanado, de mi abuelo, tirado por una briosa pero bien domada jaca. Los contactos en Madrid, Calatayud y Valencia, y la estancia en el Colegio de los Maristas, me habían iniciado en una cierta vida de piedad y de orden. Mi madre me ayudaba discretamente, sin abrumarme, de acuerdo con lo que había convenido con Pedro. Me daba facilidades y me animaba a las prácticas de piedad cristiana y a

estudiar. También me daba prudentes consejos con respecto a mis relaciones con las chicas.

Durante el verano de 1939 en Torrevieja se me fue incrementando el deseo de acercarme más a Dios. Era como una pequeña llama que cobraba cuerpo a lo largo de aquellos meses. No tenía ningún perfil definido, salvo la idea de que Dios me llamaba para Sí. También se me hacía más nítido, a medida que avanzaban las semanas, que cuanto Dios me pedía implicaba una entrega total, con carácter exclusivo. Sin muchas otras matizaciones, iba entendiendo que tal llamada divina llevaba consigo, en el lenguaje rudimentario en que yo me manejaba, el no casarme. Y, como consecuencia, que debía empezar por mantener unas relaciones sobrias con las chicas: en primer lugar, dejar de acudir al baile popular por las noches en el Paseo Marítimo, que aunque entonces de buen tono -iban las familias en pleno—, empezó a parecerme inapropiado para mí; en segundo lugar, no tenía sentido «echarme novia», aunque había un par de chicas que me gustaban mucho. Tales perspectivas me costaban, pero se me hacían claras y en esa línea comencé a moverme lentamente. Pero de ello no hablé con nadie, salvo alguna que otra conversación con mi madre.

Lo rudimentario de mis planteamientos pienso que se justifica porque tenía una cultura religiosa bastante precaria: salvo el mes y medio de Calatayud, nunca había estudiado en colegios de religiosos, sino en centros laicos. La primera enseñanza en Albacete, al principio se desarrolló en un colegio privado de un buen padre de familia, don Macedonio Jiménez Maestre, piadoso cristiano. Para mi Primera Comunión, sólo tuve una preparación de unos quince días en el mencionado colegio, aprendiendo rápidamente el Catecismo elemental, bajo la dirección de los maestros laicos. Por cierto, algunos señores muy significados en las «derechas», ridiculizaron estúpidamente la actitud de mi padre de favorecer mi Primera Comunión. Uno de ellos publicó un artículo en uno de los diarios de la ciudad con el título de «Laicismo y no por mi casa», que hirió profundamente los sentimientos de mis padres y también los míos. Mi hermano se ahorró en parte aquellos días amargos, pues hacía poco que se había trasladado a Madrid con el fin de iniciar sus estudios de preparación para el ingreso en la Escuela Superior de Arquitectura.

Después me matriculé en la que llamaban Escuela Preparatoria, aneja al Instituto de Segunda Enseñanza, en un curso previo al examen de ingreso en el Instituto. Así, pues, casi todo lo que sabía hasta entonces de religión y de práctica piadosa cristiana me lo habían enseñado mi madre y luego mi hermano. Tampoco tuve nunca un confesor fijo y menos un director espiritual. De algún modo, ésta última función la habían desempeñado últimamente mi madre y mi hermano.

Mi padre no había puesto inconveniente alguno a aquella formación



religiosa en el seno de la familia. Más bien había colaborado al no desautorizar nunca, sino apoyar, la actitud de mi madre a este respecto. Incluso, durante la guerra, mi padre accedió sin dificultad a que en su casa se guardase el Santísimo Sacramento. Don Joaquín Sánchez indicó a mi madre que la autoridad eclesiástica de Albacete había pensado que precisamente su casa parecía el lugar más seguro para guardar el Santísimo, por la situación política de mi padre, que ofrecía mayor protección. Mi madre habló con mi padre y, durante cerca de dos años, se guardó el Santísimo en un armarito de la sala de recibir, que quedó cerrada durante ese tiempo (el armarito, de estilo rococó, muy elegante, se conserva en una sala de recibir de Diego de León, 14). Concedieron a mi madre que pudiera comulgar directamente todos los días que lo deseara, y así lo hizo. Periódicamente, don Joaquín iba con las nuevas formas consagradas. De vez en cuando se acercaba también para llevar la Comunión a otras personas.

### **Comienza la Residencia de Jenner, 6**

Avanzado el mes de julio, emprendí un viaje rápido a Madrid, por encargo de mi madre, para hacer algunas consultas a Pedro. Allí se daban los primeros pasos en la Instalación de la Residencia de Universitarios, en el no 6 de la calle Jenner. Encontré, en camisa de rayas amarillas pálidas, y martillo en mano, a Francisco Botella, de quien tenía muchas referencias como el colega inseparable de Pedro en sus carreras de Arquitectura y Ciencias Exactas, y como residente de Ferraz en el curso 1935-36, pero al que aún no conocía. Ambos nos alegramos mucho de nuestro encuentro. Me alojé en casa de mis tíos Mariano y Juana, como a primeros de mayo de 1939.

Algo más detenida fue la siguiente estancia en Madrid, quizás a mediados de agosto. Hice noche en Jenner. Había avisado que me despertaran con tiempo para asistir a la Santa Misa de la Residencia, pero no lo hicieron. Cuando me vestí estaban saliendo ya del oratorio. Como yo manifestara mi inexperiencia en el barrio, alguien me dijo que no me preocupara, pues estaba al llegar Alvaro del Portillo y con él podría cómodamente ir a Misa fuera. Así sucedió. Se presentó un teniente de Ingenieros, de aspecto fuerte y con una sonrisa franca, y fuimos a la iglesia de San Fermín de los Navarros, muy cercana, llevada por Franciscanos. Volvimos a desayunar a Jenner. Otro gran encuentro para mí: Alvaro me trató con extraordinario afecto<sup>25</sup>.

<sup>25</sup> Me resulta casi superfluo incluir aquí una nota biográfica sobre Mons. Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, por ser bien conocida su personalidad. Nació en Madrid el 11 de marzo de 1914. Alcanzó tres doctorados: Ingeniería de Caminos, Filosofía y Letras y Derecho Canónico. Se incorporó a la Obra en julio de 1935. Desde 1939 fue el colaborador fidelísimo del San Josemaría, a cuyo lado estuvo hasta el tránsito de éste al cielo en 1975, siendo durante cerca de 40 años, según expresión de don Alvaro, «como su sombra». Fue ordenado sacerdote en 1944. En 1946 fijó su residencia en Roma, junto con el Fundador de la Obra. Fue consultor de varias Congregaciones de la Curia Romana y participó eficazmente en los trabajos del Concilio Vaticano II. El 15 de septiembre de 1975 fue elegido primer sucesor del Padre. En 1982, al erigir el Papa Juan Pablo II la Obra en Prelatura personal, le nombró Prelado del Opus Dei, y el 6 de enero de 1991 el Santo Padre lo ordenó Obispo. El gobierno pastoral de Mons. del Portillo se caracterizó sobre todo por su fidelidad al mensaje y al espíritu del San Josemaría. Extendió ampliamente la labor de la Obra por muchos países. Bajo su gobierno, el 17 de mayo de 1992, el Papa Juan Pablo II beatificó al Fundador de la Obra, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Falleció repentinamente el 23 de marzo de 1994. Ese mismo día, el Santo Padre acudió a rezar ante sus restos mortales, que ahora descansan en la cripta de la iglesia prelaticia del Opus Dei.

También era aquél un viaje relativamente rápido para consultar algunas cuestiones familiares con Pedro y decidir, finalmente, mi presentación a los exámenes extraordinarios para convalidar los dos años que había cursado durante la guerra en el Instituto de Albacete, y el especial del que se había quedado a medias al acabar la contienda. Con tales viajes iba conociendo a «los amigos de Pedro», según la mencionada frase de doña Emilia. El ambiente de Jenner me gustaba cada vez más.

Al poco tiempo fui a Albacete. Las reválidas de los dos primeros cursos resultaron muy satisfactorias. Pero el ambiente era muy pesimista sobre el curso que había quedado sin terminar. Incluso los profesores nos aconsejaban que no nos presentáramos, pues sería casi imposible aprobarlo. Consulté por teléfono con Pedro y me indicó que me presentara por encima de todo. Le obedecí. En efecto, hubo una escabechina fenomenal. Sólo dos aprobamos todas las asignaturas. Recuperaba así la normalidad escolar, evitando arrastrar el quinto curso quién sabe cuánto, de no haberme presentado. Una vez más comprobaba lo bien que me iba seguir el criterio de mi hermano.

### **A Barcelona, para estudiar**

Por el exilio de mi padre en Oran, no se presentaba fácil la continuación de mis estudios en buenas condiciones. Mis abuelos paternos -los maternos hacía muchos años que habían fallecido- perdieron muchos de sus bienes y negocios por los reveses de la guerra civil. Además, tres de sus hijos casados habían quedado en situación muy precaria como he indicado más arriba. Mis abuelos tenían que echar una mano a los hijos de estos tres matrimonios y debían hacerlo con justicia distributiva. Por ello, me podían ofrecer su casa, comida y una modesta ayuda, pero no estimaban equitativo mandarme solo en otra ciudad donde hubiera Instituto de Enseñanza Media. Tendría que estudiar en Torrevieja y acudir a los exámenes como alumno libre a Albacete, o bien a Orihuela o Alicante. Tras varias gestiones familiares nos pareció lo mejor aceptar el ofrecimiento generoso de Diego Ramírez, único hermano que le quedaba a mi madre, de que me trasladara a su casa, en Barcelona. Y, en efecto, en Barcelona estudié íntegro el sexto año del bachillerato durante el curso 1939-40. Tío Diego, cristiano piadoso y competente periodista -era director de *El Correo Catalán* y presidente de la Asociación de la Prensa de Barcelona-, me llegó a cobrar tal afecto que propuso más tarde que estudiara la carrera en Barcelona, viviendo en su casa y a su costa. Pero resultaba una situación que en la práctica se parecía a una adopción. A esa actitud contribuyó, quizás, que mi tío, el único hombre en su casa -tenía cuatro hijas, todas de menos edad que yo. y se le pasaban las esperanzas de un hijo varón-, encontró en mí algo que tal vez necesitaba psicológicamente. De hecho

---

coincidiáramos en varias aficiones: los temas de política internacional y de historia, teatro, literatura y toros, el afecto por las cosas del mar, pues ambos nos habíamos criado en Torrevieja, y, quizás sobre todo, el fútbol. También me tomó mucho afecto su esposa, tía Pilar. De modo que todos estábamos muy a gusto. Pero tío Diego tenía una personalidad quizás algo absorbente. Por ello, mi madre y Pedro andaban muy dudosos sobre qué decisión tomar acerca del ofrecimiento para quedarme en su casa hasta el final de la carrera. No había prisas para tomar una decisión inmediata. La cuestión podía aplazarse hasta comienzos del verano de 1940.

### **Mi encuentro definitivo con el Opus Dei**

El verano de 1939 había sido intenso y me había puesto en frecuentes contactos con la actividad profesional y apostólica de algunos fieles del Opus Dei. La pequeña llama difusa de la entrega a Dios comenzaba a tomar perfiles más definidos. Lo que había visto en el Fundador de la Obra y en aquellos hombres se me hacía cada vez más profundo. Las virtudes que veía en ellos eran manifestación exterior de sus disposiciones internas de respuesta generosa a las gracias divinas. Esta apreciación me resultaba evidente. En ellos me parecía descubrir las notas de la respuesta a Dios, que sentía en mi interior. Así, fue naciendo la idea de que la Obra era el camino al que Dios me llamaba.

Entre mi madre y mi hermano había muy buena *entente* acerca de cómo ir continuando mi formación humana y profesional y mi vida de piedad. Los últimos encuentros entre ambos habían dado la oportunidad de que Pedro le fuera explicando algunos aspectos del Opus Dei. Ella, al ver en la práctica el buen ejemplo de su hijo mayor, iba cobrando cada vez más afecto por el Padre y por la Obra y me proponía a mi hermano como modelo, cuestión en la que yo estaba completamente de acuerdo. También encontré buena ayuda en tío Diego, cristiano profundamente piadoso y apostólico (además de los cargos profesionales que he mencionado, había sido elegido presidente de la Acción Católica de Barcelona, rama de hombres). Y, sobre todo, el haber conocido al Fundador de la Obra en mayo me había dejado una huella profunda y duradera.

A lo largo de los años, Pedro había ofrecido por mí mucha oración y mortificación, y dedicado generosos cuidados humanos y sobrenaturales. Es muy razonable suponer que Dios Nuestro Señor le había escuchado y que con su gracia había ido preparando mi alma. A trancas y barrancas, en medio de las vicisitudes de la guerra y de la posguerra, desde un estado de alejamiento religioso, había ido cambiando a una vida cada vez más acorde con lo que debe ser la existencia cristiana: prácticas de piedad, lectura espiritual y estudio ordenado. También el Padre había tomado desvelo sacerdotal por la familia de mi hermano y rezado mucho por mi padre y por mí —ya

me lo había dicho en el encuentro en el Real Patronato de Santa Isabel, al comienzo de mayo de 1939-. Finalmente, pienso que Dios se vale también de acontecimientos tan graves como los de una guerra, para hacer que las personas se enfrenten con más hondura ante los misterios de la vida y de la muerte y que, como en casos semejantes al mío, puedan madurar más deprisa que en circunstancias apacibles.

### **Conversación con Pedro en Torrevieja**

Así las cosas, regresé a Torrevieja en las vacaciones de Navidad de 1939-40. Pedro estuvo allí sólo uno o dos días, lo suficiente para explicarme la Obra en toda su entraña. Me dejó un ejemplar de Camino, que se había editado en Valencia tres meses antes, en septiembre. Hablamos extensamente, hicimos un repaso de mis prácticas de piedad y del plan de estudio. Quedamos en que pensara despacio cuanto habíamos tratado. A mi vuelta a Barcelona, alguno de sus amigos tomaría contacto conmigo para que le expusiera mis resoluciones, que no era necesario acelerar. Pedro no quería intervenir en mi decisión, por ser mi hermano mayor, para que yo pudiera actuar con la máxima libertad y con la maduración oportuna, sin ninguna prisa.

Aquella amplia conversación con Pedro me hizo pensar mucho. De algún modo me daba una doble clave: de un lado, me ofrecía la razón honda de la conducta que yo había admirado en él desde los comienzos de la guerra civil. De otro, me orientaba sobre los impulsos que sentía en mi alma desde hacía medio año.

La llamada divina es difícil de analizar. Tengo el vivo recuerdo de que una fuerza interior me empujaba, suavemente, pero con claridad, a entregarme a Dios en el Opus Dei, del que ya había alcanzado un conocimiento teórico y práctico bastante completo a través de las explicaciones de Pedro. Desde luego, cuestión clave era el compromiso de buscar una verdadera santificación cristiana a través del estudio como trabajo responsable, realizado en presencia de Dios. El fundamento de toda la vida cristiana se centraba en el sentido de saberme hijo de Dios, con una misión de servicio a los demás; y todo ello se contemplaba en las circunstancias normales de la existencia cristiana, que se desarrolla en medio del mundo.

Quizás el asunto punzante que se me presentaba era el del celibato apostólico, aunque yo no lo llamara tan técnicamente entonces. Yo me lo había planteado antes, pero ahora la cuestión aparecía en un plano cercano: ya no era un ideal en lejano horizonte, sino una realidad a la vista. Y a los 16 años es bien sabida la facilidad con que el corazón de un chico se inclina por una o dos de las chicas más atractivas con quienes trata. La gracia de Dios me hacía ver, con bastante nitidez, que mi camino era el de elegirle a Él, en una aventura divina, por

encima de todas las criaturas. Se me presentaba, sí, como una aventura, pero al mismo tiempo sentía una seguridad serena, una confianza interior, que no puede venir más que de Dios mismo, que llama. Pienso que no me costó mucho hacerme a la idea de una entrega total, y decidirme a ella libremente, sin traumas, aunque consciente de que aquella decisión implicaba algo muy serio. Y cada vez que consideraba esa elección —decir que sí a la llamada de Dios—, experimentaba un poco de miedo, pero mucha mayor alegría interna.

Pedro volvió inmediatamente a Madrid. Yo me quedé en Torrevieja durante las Navidades, madurando cuanto habíamos hablado. Meditaba en los puntos de *Camino* en medio de la atmósfera tranquila de los días de vacaciones. Pensaba que el paso decisivo podría ser pronto, a la vuelta a Barcelona. Antes de partir de Torrevieja me había decidido seriamente a llevar una vida cristiana plenamente coherente con las exigencias que Dios me pedía, y que se hacían cada vez más claras para mí. No contaba —tal vez impaciencias juveniles— con que en el Opus Dei me harían esperar durante muchos meses para tomar en consideración mi actitud.

#### 4

### **Tiempo para decidir (Enero-Julio de 1940)**

#### **El regreso a Barcelona**

El panorama respecto a mi relación con el Opus Dei se me presentaba despejado, pero tenía que esperar. Pedro no me había manifestado prisa alguna, sino más bien lo contrario. Pasadas las vacaciones navideñas volví a Barcelona. Probablemente a fines de enero o en febrero del 1940 llegó Amadeo de Fuenmayor y me buscó y encontró, pero en cama, con fiebre, por una afección de hígado. Mi madre había ido a Barcelona días antes para cuidarme. En la habitación estábamos los tres. Doña Emilia no sospechaba, obviamente, que Amadeo y yo teníamos un asunto del que hablar. No nos dejaba solos ni un minuto, pues la conversación de Amadeo la tenía encantada. En un determinado momento se ofreció a prepararle la merienda, que él aceptó gustoso, insinuando además que, en efecto, tenía cierta hambre por motivo del viaje, confiando tal vez en un rato intermedio para que pudiéramos charlar. Pero fue tan rápida que en un abrir y cerrar de ojos estaba ya con la merienda, cuando nuestra conversación no había hecho más que empezar. Total, que pasó el tiempo disponible y no tuvimos ocasión de terminar nuestro coloquio, quedando sin que yo le expusiera mi resolución acerca de la Obra. Amadeo tampoco dio muestras de tener prisa. Tal vez, ante alguna muestra de impaciencia por mi parte, al despedirnos apuntó que ya habría otras oportunidades para hablar del asunto.

### **Alvaro del Portillo y mi madre**

Sería poco más o menos al cabo de un mes cuando llegó Alvaro del Portillo. Estuvo en casa de tío Diego conversando con mi madre e intentaron entre los dos localizarme. Yo estaba en clase, pero no pudieron dar conmigo. Cuando regresé a la hora de la comida la encontré emocionada. No consiguió resumirme la larga conversación con Alvaro, al que no conocía de antes. No supe qué es lo que Alvaro le habría dicho, pero mi madre concluyó casi textualmente: «Yo no sé lo que tienen los amigos de tu hermano, pero a mí me gustaría que tú fueses como ellos». Naturalmente, yo sí lo sabía. De todos modos, por el sexto sentido que suelen tener las madres acerca de lo que es bueno para sus hijos, doña Emilia percibía claramente el modo tan delicado y sobrenatural de hablar y de comportarse de los amigos de Pedro.

El viaje de Alvaro fue muy rápido y no pude verle: tampoco en esta ocasión había podido manifestar mi resolución. En fin, debía tener paciencia. Quizás, en la Providencia divina, era mejor que madurase largamente mi decisión con aquellas inesperadas dificultades, que me parecían dilaciones.

### **Pedro de nuevo en Barcelona**

En abril llegó Pedro. Estuvo varios días, pues llevaba un asunto importante: después de muchos inconvenientes, había conseguido de la Embajada de Francia en Madrid el visado para el viaje de mi madre a Oran. Hacía meses que mi padre manifestaba en sus cartas no estar bien de salud y se le notaba triste. Mi madre decidió que su misión entonces era ir a acompañarlo en el exilio. Él la necesitaba más que sus hijos, que gracias a Dios, teníamos un panorama halagüeño. Pedro y yo también la habíamos reafirmado en su decisión. El de mi madre fue un viaje un tanto heroico, desde Barcelona a Madrid, de allí al entonces Protectorado Español de Marruecos, y de éste, en varios autobuses, hasta Oran, muchas veces sin más compañeros de viaje que varones marroquíes y argelinos. En esos trayectos pasó verdadero miedo. Mi padre, al verla llegar, no terminaba de creerlo por la alegría.

Pero volviendo a Barcelona, Pedro y yo hablamos largo y tendido varios días. Aunque por mi parte todo estaba muy claro, Pedro me manifestó que el Padre le había recordado que, como éramos hermanos y me llevaba bastante edad -seguían mediando, naturalmente, los ocho años y medio-, no convenía tomar en firme mi respuesta, para que ésta tuviera todas las garantías de libertad. Tal circunstancia se me antojaba como una nueva dilación. En realidad no lo era. Por un lado, me faltaban unos meses para cumplir 17 años. Por otro, en el Opus Dei se quería tener certeza de la firmeza y constancia de mi decisión, como en los demás casos. No había, pues, prisa. El único que la tenía era yo. Según se verá en seguida, las cosas

resultaron mejor así.

Pedro me presentó a Rafael Termes<sup>26</sup>, de 22 años, a quien faltaba poco para terminar Ingeniería Industrial, y que llevaba en la Obra unas semanas. Lo encontré también simpático e inteligente y me fue fácil sincerarme con él en todo lo que sentía. Quedamos en vernos con frecuencia. Así lo hicimos. Rafael, no obstante ser tan reciente, estaba ya en condiciones de explicarme algunos puntos referentes al espíritu del Opus Dei, al afán de santidad y de apostolado, etc. Fueron muy útiles y alentadoras aquellas conversaciones.

Se esperaba que el Padre acudiera a Barcelona en breve. En esa próxima visita tendría oportunidad de hablar directamente con el Fundador de la Obra y expresarle, si quería, mis disposiciones respecto a mi decisión. Mientras tanto debería seguir esperando.

### **Pido al Padre que me admita en la Obra**

El 12 de mayo, durante la comida en casa de tío Diego Ramírez, me llamó Rafael: el Padre estaba en Barcelona y podía verle en el Hotel Urbis, del Paseo de Gracia. Es fácil suponer la emoción que me invadió. Terminé rápidamente de comer y me despedí de la familia. Era domingo. En esas ocasiones solía salir con tío Diego a ver el partido de fútbol: íbamos a pie desde la esquina de Vía Layetana con la plaza de Urquinaona, donde vivíamos, hasta el campo de fútbol de Las Corts o de Sarrià, según fuera uno u otro equipo de la Ciudad Condal el que jugaba. Nos fijábamos bien en el desarrollo del encuentro; volvíamos también andando a casa (era nuestro fundamental ejercicio físico en la semana), estudiando y discutiendo el *match* y, al llegar, mi tío dictaba a tía Pilar la crónica, que después de cenar llevábamos a la «Hoja Oficial del Lunes» para su publicación. Aquel día mi tío estaba saliente de gripe y no podía ir al partido. Dando por supuesto que yo iría, me advirtió al marcharme:

-Fíjate bien y toma buena nota, pues al regreso hemos de hacer la reseña para la prensa.

No me pareció aquél un momento oportuno para plantear pegos y, sin pensarlo mucho, salí corriendo hacia el Hotel Urbis: ya vería cómo resolver el problema de la crónica futbolística.

Inmediatamente me recibió San Josemaría. Como la primera vez —hacia ya un año de aquel día de mayo de 1939— me trató entrañablemente. Me hizo algunas preguntas para ver si me había enterado bien de lo que supone la llamada a la Obra. Parece que debí de responder adecuadamente. A continuación, en un tono serio, me hizo la pregunta: *¿Te ha coaccionado tu hermano Pedro?*

Por dos veces más me repitió la pregunta en otros términos.

---

<sup>26</sup> Rafael Termes Carrero, como se sabe, es un brillante profesional, que derivó con el tiempo a la dirección de empresas, a la Economía y a la Banca. Ha desempeñado a satisfacción de todos la presidencia de la AEB hasta su jubilación reciente.

Recuerdo que comencé a entrar en ciertos apuros, pues por momentos me parecía que no iba a tomar en cuenta mi petición, mantenida en mi interior cerca ya de cinco meses. Ya no recuerdo las cosas que debí exponer, pero supongo que fueron lo suficientemente significativas para que San Josemaría se cerciorara de que mi decisión era completamente libre y bien madurada, pues por último me dijo: *Ya te puedes considerar de la Obra. Ahora habla un rato con Alvaro, que te explicará algunas cosas.*

Es fácil imaginar mi alegría e, incluso, mi tranquilidad: al fin veía cumplidos un deseo y una ilusión largamente acariciados y mantenidos. Todo esto era para mí formidable. No haría falta aclarar que pedir ser admitido no es lo mismo que pertenecer jurídicamente al Opus Dei. Ha de pasar, por lo menos, año y medio para ser miembro, con arreglo a derecho. Pero la Obra a todos ofrece los adecuados medios de formación ascética, científico-religiosa y humana, los mismos que proporciona a quienes ya pertenecen jurídicamente al Opus Dei, y tiene con todos la misma solicitud y atención. Por ello, desde los primeros momentos nos sentimos dentro de la Obra, con la plena confianza de los hijos en su familia, viviendo la filiación hacia el Padre y la fraternidad con los demás fieles del Opus Dei.

Pasado el tiempo, al recordar aquel encuentro con el Fundador de la Obra, comprendí el exquisito cuidado con que San Josemaría velaba por la libertad en la entrega a Dios, para que ésta fuera sincera y por motivos exclusivamente sobrenaturales. Cuando, en varias ocasiones, le oí decir que en el Opus Dei tenemos una puerta estrecha para entrar y otra ancha para salir, me acordé siempre de aquel episodio del 12 de mayo de 1940, que corroboraba la profunda verdad de tal afirmación.

Acto seguido hablé un buen rato con Alvaro. Siguió explicándome aspectos de la vida en la Obra. Reajustó mi plan de prácticas de piedad, a partir de las que ya hacía habitualmente. Concretó el tiempo que convenía dedicara a la oración mental y me dio algunos consejos para hacerla. Me dijo palabras estimulantes y, finalmente, me aconsejó que hablara periódicamente con Rafael Termes, para que me orientara en cuantas cosas necesitase en esta nueva etapa que comenzaba. Junto con el Padre habían ido también José Luis Múzquiz<sup>27</sup>, ingeniero de Caminos, y Juan Jiménez Vargas<sup>28</sup>, médico, a quienes no conocía y

---

<sup>27</sup> José Luis Múzquiz de Miguel, ingeniero de Caminos desde antes de la guerra, obtuvo más tarde el doctorado en Filosofía y Letras. Fue uno de los primeros en incorporarse a la Obra al acabar la contienda. Recibió el presbiterado en 1944, Junto con Alvaro del Portillo y José Ma. Hernández de Garnica. Muy pronto resultó un colaborador eficaz del Padre, que le confió encargos apostólicos de gran responsabilidad, como Consiliario de la región de España. Fue luego, en 1949, el primer Consiliario de Estados Unidos. Murió en esta nación en 1983 con fama de santidad. Le recuerdo como un trabajador infatigable, completamente entregado a Dios y sacrificado por sus hermanos.

<sup>28</sup> Juan Jiménez Vargas fue de la Obra desde enero de 1933. Al estallar la guerra acababa de licenciarse en Medicina y Cirugía. Había sido interno en el servicio de Fisiología del doctor Negrín, presidente del Consejo de Ministros de la República durante la contienda. Juan Jiménez, tras su paso a la zona «nacional», fue médico de campaña en el frente. Obtuvo la cátedra de Fisiología de la Universidad de Barcelona en 1942. Conocido investigador, fundó la «Revista Española de Fisiología». Ha sido el primer decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra. Después de unos años de prolongada enfermedad, llevada con humildad heroica y profundo sentido y aceptación del dolor y las limitaciones, ha fallecido en Pamplona el 29 de abril de 1997, rodeado del extraordinario afecto y admiración de sus colegas, amigos y discípulos. Dos días después, llegaba desde Roma el Obispo Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Mons. Javier Echevarría, para presidir la concelebración en sufragio del alma de Juan Jiménez. Se celebró en el polideportivo de la Universidad, completamente lleno su aforo (unas 4.500 personas).



que me parecieron algo mayores, pues ambos tenían 28 años. Charlé con el primero de cosas referentes a características y exigencias de la llamada a la Obra. Con ambos tuve ocasión de tratar mucho en años sucesivos.

### **Crónica de un partido de fútbol**

Pasadas unas cuantas horas en el Hotel Urbis, recordé, de pronto, mi compromiso con tío Diego acerca de la reseña del partido de fútbol. Ya había terminado. Me vino un cierto apuro, que comuniqué a Alvaro. Habían acudido también varios estudiantes, entre ellos, Rafa Escolá<sup>29</sup> y Ramón Guardáns, desconocidos para mí hasta entonces. Éste conectó con un amigo suyo, muy aficionado al fútbol. Por teléfono le formulé bastantes preguntas básicas sobre el desarrollo del partido, hasta hacerme una idea relativamente adecuada. Ya era tarde y debía regresar a casa de tío Diego. Durante el trayecto reflexioné sobre los datos y al llegar a casa, sin explicar las circunstancias, comente a mi tío lo que me pareció debió de ser lo ocurrido en el campo de fútbol: busqué fórmulas generales, que no precisaban si lo había visto o no. Quizá sea oportuno aclarar que tío Diego me había nombrado colaborador -sin sueldo- de la sección deportiva del *Correo Catalán*, tal condición, con su correspondiente documento me permitía la entrada -con *a free ticket*- a los campos de fútbol en la zona de Prensa. Por fin, dictamos a mi tía la crónica, que luego llevé al periódico. No quise leer al día siguiente cómo había quedado impresa, ni sacar el tema. Obviamente yo no quería volver sobre el asunto. Así pasaron los días y perdió actualidad. Durante ese tiempo temía que en algún momento surgiera el tema, pero, por lo visto, tampoco mi tío deseaba sacarlo a colación. Nunca más hablamos de él y pude ir respirando tranquilo: la chapucilla resultó sin consecuencias.

### **Mi hermano Pedro**

Aquel 12 de mayo de 1940, Pedro entregaba, de alguna manera, el testigo, o sea, yo mismo: había realizado una excelente carrera de relevos. Con sus años de oración y mortificación por mí había alcanzado del Señor, sin duda, la gracia de mi llamada divina: era todo lo mejor que podía hacer por su hermano en esta vida y para la otra. Dios sabe cuan profundamente agradecido he estado siempre a Pedro. Al mencionar a los primeros hombres que encontré en mis contactos con el Opus Dei he ido poniendo -y lo seguiré haciendo— unas notas biográficas para que el lector tenga, al menos, unos datos y referencias breves. Aunque en un principio no me había propuesto hacerlo con mi hermano, al final, una vez que el Señor se lo llevó ya al Cielo, me ha

---

Por mi parte, he de decir que le he tenido un especial afecto y veneración desde los comienzos, por sus cualidades humanas y su lealtad al San Josemaría y a la Obra, mantenidas de modo ejemplar durante los casi sesenta y cinco años de vida en el Opus Dei. No me cabe duda de que ha sido un santo.

<sup>29</sup> Rafael Escolá tenía entonces 23 años. Ejerció por unos años su profesión de ingeniero industrial en Barcelona y Madrid. Después se estableció en Bilbao, donde fundó y dirigió una empresa de proyectos y construcciones, de gran magnitud, que ha realizado importantes obras en España, buena parte de los países de América del Sur, Pakistán etc. por lo que tuvo un enorme prestigio profesional y humano. Falleció en 1995, rodeado de un afecto profundo y generalizado.

parecido conveniente. He aquí, en nota a pie de página, esa breve noticia biográfica<sup>30</sup>.

### **El piso de la calle Balmes, n.º 62**

A partir del 12 de mayo, Rafael Termes me indicó la conveniencia de buscar un piso, desde donde centrar la actividad apostólica que se había comenzado en Barcelona. A la vista de un plano de la ciudad, me señaló la zona en que interesaba estuviera ubicado. Nos la repartimos entre ambos y comenzamos la búsqueda. Al salir de clase por las tardes me dedicaba una o dos horas a esa gestión: donde veía albaranes, hablaba con el portero que, haciéndome más o menos caso, me daba los datos que le pedía. Al cabo de unos días di por terminada la indagación en mi zona barcelonesa. Entregué a Rafael la relación de los cuatro o cinco pisos que reunían las condiciones que me había indicado. Entre ellos estaba el de la calle Balmes, n.º 62<sup>31</sup>.

Otros cuantos días después Rafael me comunicó que ya estaba alquilado ese piso. Se hizo a nombre de Alfonso Balcells<sup>32</sup>, el único de sus amigos que tenía terminada la carrera, en concreto, de Medicina. Alfonso no era de la Obra, pero comprendiendo la situación, accedió gustoso a que se pusiera a su nombre. Empezamos a usar el piso sin un solo mueble. Rafael llevó pronto una cama de casa de sus padres y algún que otro mueble más. Yo no pude tanto. Sólo llevé algunos objetos y un mapa, sin marco, de cerca de tres o cuatro metros cuadrados, que me había regalado tío Diego. Representaba casi toda la Europa central, a la que mirábamos con la ilusión de que algún día, terminada la guerra mundial, algunos ejerciéramos nuestro trabajo profesional, mientras extendíamos la actividad apostólica del Opus Dei por esos países. No teniendo otros medios con que adornar la casa, lo colocamos provisionalmente en una de las paredes de la que proyectábamos fuera sala de estudio. La mayor aportación al ajuar de la casa fue la llegada de dos mesas y seis sillas para poder trabajar, y la Cruz de palo<sup>33</sup>, que había encargado Rafael para colocarla en la

<sup>30</sup> Pedro Casciaro Ramírez nació en Murcia el 16 de abril de 1915. Entró a formar parte del Opus Dei el 20 de noviembre de 1935. Doctor en Ciencias Exactas y en Derecho Canónico, había cursado ya los primeros años de la Escuela Superior de Arquitectura en 1936. Terminada la guerra, el Fundador de la Obra le encargó diversas actividades apostólicas, como la de poner en marcha y dirigir las Residencias de Universitarios de Samaniego, no 16, en Valencia (1940) y de Abando en Bilbao (1944). Fue ordenado sacerdote en 1946. En 1948 el San Josemaría le envió a visitar gran parte de los países de América, desde Canadá hasta Argentina, para estudiar sobre el terreno las perspectivas de la extensión del Opus Dei por aquel Continente. En enero de 1949 marchó a México para iniciar allí las actividades apostólicas. Estuvo en ese país unos diez años como Consiliario del Opus Dei. Mons. Escrivá le llamó a Italia, donde permaneció aproximadamente otros diez años, primero como Procurador de la Obra ante la Santa Sede y luego como miembro del consejo directivo del Opus Dei en Italia. A comienzos de la década de 1970 volvió a México, donde ha continuado ejerciendo su ministerio sacerdotal hasta su fallecimiento el 23 de marzo de 1995. Fue Prelado de Honor de Su Santidad.

<sup>31</sup> Este piso de Balmes sigue existiendo, con la misma numeración e igualmente dedicado a las actividades formativas del Opus Dei. En la actualidad es, pues, el Centro de la Prelatura con mas años de utilización. Se comprende que tenga yo hacia ese pequeño piso un especial afecto.

<sup>32</sup> Alfonso Balcells Gorina nació en Barcelona en 1915. Durante cerca de dos años soportó injurias y persecución por parte de ciertos religiosos, que pensaban era del Opus Dei, al que calumniaban de constituir una secta herética. Alfonso, con una lealtad heroica hacia sus amigos de la Obra, prefirió sufrir calladamente las calumnias. Dos años después pidió la admisión en el Opus Dei. Ha sido catedrático de Patología General de la Universidad de Salamanca, de la que llegó a ser Rector de 1960 a 1968. En la actualidad vive en Barcelona.

<sup>33</sup> Dos puntos de *Camino* ilustran el simbolismo de esta Cruz: «Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú» (*Camino*, n. 179). «Me preguntas: ¿por qué esa Cruz de palo? —Y copio de una carta: «Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin

habitación destinada a futuro oratorio. Así comenzaba poco a poco, con mucha penuria, como de costumbre, la instalación provisional de las habitaciones.

Y comenzaron las actividades en el piso, que humorísticamente bautizamos con el nombre de «el Paiau». Ya empezado el mes de julio llegó Adolfo Rodríguez Vidal<sup>34</sup>, tarraconense de 20 años. Había ido a Madrid a principios del curso 1939-40 para preparar el ingreso en la Escuela de Ingenieros Navales. Allí conoció a Gonzalo Ortiz de Zárate<sup>35</sup>, madrileño de familia alavesa, dos años menor que él y de su misma carrera. Se hicieron pronto amigos. Gonzalo, reciente entonces en la Obra, llevó a Adolfo por la Residencia de la calle Jenner nº 6 para que frecuentara los medios de formación cristiana que se impartían allí. Al terminar el curso, Adolfo pidió ser admitido en la Obra. Su llegada nos proporcionaba una íntima alegría: en aquellos momentos uno más en Barcelona suponía mucho para los pocos que nos contábamos.

### **Una rápida visita de Chiqui**

Antes de que pudiéramos ocupar el «Palau», José María Hernández de Garnica -entre nosotros familiarmente Chiqui- hizo una visita breve a los que estábamos en Barcelona. Fue hacia el 27 ó 28 de mayo. Yo no lo conocía. Estuve con él pocas horas. Le acompañé a algunas pequeñas gestiones que debía hacer, pero fueron las suficientes para profundizar en algunos aspectos del espíritu de la Obra. Es obvio que en aquellas semanas me fijara con ojos de aprendiz en la conducta de los que ya llevaban años de vida en la Obra.

### **Breve estancia del Padre en Barcelona**

Muy poco después de la llegada de Adolfo, San Josemaría estuvo con nosotros en Barcelona, él solo. Fue un viaje rápido: entre el 27 y el 29 de julio. Prefirió instalarse en el piso de la calle Balmes, aunque estaba todavía en las precarias condiciones a que he aludido. Hizo algunas visitas, que desconozco. Los pocos que éramos ya sus hijos tuvimos ocasión de charlar con él, juntos y cada uno en conversación más personal. En aquella corta estancia nos habló de vida de oración y santificación del trabajo, de espíritu apostólico y del sentido de nuestra filiación divina. Ya habíamos leído y meditado *Camino*, pero

---

Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la carea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella» (Camino, n. 277). El Papa Pío XII concedería más carde indulgencias a quienes besaran o rezaran ante ella una breve oración.

<sup>34</sup> Adolfo Rodríguez Vidal ejerció su profesión de ingeniero naval durante un tiempo y fue ordenado sacerdote del Opus Dei en 1948. Marchó a Chile, donde fue Consiliario del Opus Dei muchos años y realizó una intensa actividad sacerdotal. Ordenado Obispo de Los Angeles (Chile) en 1988, ha pasado a Obispo Emérito en 1994 por grave enfermedad.

<sup>35</sup> Gonzalo Ortiz de Zárate, ingeniero naval, marchó a México en 1949, siendo uno de los primeros en extender la Obra en esa nación. Allí trabajó unos años como ingeniero. Mas tarde obtuvo el grado de licenciado en Historia, materia que explicó en México D.F. Aquejado de enfermedad cardíaca, vino a Pamplona en 1975. Después de una intervención quirúrgica en la Clínica Universitaria, pudo volver a trabajar con bastante normalidad, y fue director del Servicio de Información de la Universidad de Navarra. Murió con ejemplaridad cristiana en 1989.

las palabras del Padre venían a ser su explicación viva. Es fácil de comprender el ánimo que nos infundían.

Al menos a mí no me habló de los motivos específicos de su viaje. Años más tarde me fui enterando parcialmente de ellos, pero no es éste el lugar para mencionarlos, puesto que no fui testigo. Pertenecen a uno de los momentos duros de la historia de las incomprensiones hacia el Opus Dei, que su Fundador sufrió con indecible caridad, paciencia y silencio. Otro motivo, y muy importante, del viaje era estar con los nuevos hijos de su oración y mortificación. Fueron unas horas entrañables las que pasamos con el Padre. Acudieron también a hablar con él algunos pocos estudiantes de la Universidad. Bendijo el piso de Balmes con los ornamentos y objetos litúrgicos prestados por el superior del convento de la Congregación de San Felipe Neri, que durante los meses precedentes había sido mi confesor habitual.

### **Viaje Barcelona-Madrid solo con el Padre**

Pedro había manifestado a mi familia su deseo de que yo pasara una temporada con él en Madrid, ya que hacía más de un año no habíamos tenido oportunidad de estar juntos sino esporádicamente, y él no podía ir a Torrevieja. Pareció razonable que yo fuera pronto, antes de incorporarme al plan familiar acostumbrado de largo veraneo en Torrevieja. Y me dispuse a hacer el viaje a Madrid, aprovechando el regreso de San Josemaría.

Debíamos tomar el tren de la noche, con partida hacia las nueve. No recuerdo si el exprés o el correo. Acompañaron al Padre a la estación Rafael, Adolfo y algunos pocos más que se habían interesado por las labores formativas de la Obra. Hacía mucho calor -finales de Julio-, Habíamos llegado con tiempo al tren. Mientras se acercaba la hora de partida, nos sentamos en las mesas de un bar al aire libre y tomaron unos refrescos —como el calor me ha afectado siempre muy poco, tomé un chocolate caliente con algo, quizá churros—. El refresco sería en realidad la única cena del Padre. Llevaba yo como equipaje dos maletas, una grande con ropa y otra pequeña con libros, que pesaba tanto como la otra. El Padre no llevaba más que una cartera con lo imprescindible para un viaje rápido. Tomó la maleta de libros -me fue imposible disuadirle— y subimos al vagón. Nuestros billetes eran de asiento en un departamento que, por supuesto, dadas las fechas, iba al completo.

#### **«Tú, en Madrid, lo que te dé la gana»**

Cuando el tren se había puesto en marcha, le hice la siguiente pregunta:

-Padre, ahora ¿qué puedo hacer en Madrid? La respuesta fue rapidísima, inmediata:

—*Tú, en Madrid, lo que te dé la gana.* La verdad es que, de

momento, no entendí bien su alcance, pues no llevaba plan alguno, tan sólo la ilusión de volver unos días a la residencia de Jenner para estar, simplemente, con el Padre, con Pedro y los demás de la Obra. Aunque no comprendí la respuesta, se me quedó tan grabada que no la he olvidado.

Después fui entendiendo aquellas palabras: manifestaban espontáneamente su actitud de respeto por la libertad de todos, de manera especial de sus hijos en la Obra. Y también algo realmente admirable, esto es, la confianza que el Padre tenía en nosotros: *me fio más de la palabra de un hijo mío que del testimonio unánime de cien notarios*, le oí después en varias ocasiones. También más tarde fui calando en la hondura teológica de su actitud: se fiaba de la sinceridad de sus hijos, de la integridad de nuestra vida cara a Dios, de que buscábamos el Bien por motivos enteramente sobrenaturales.

En esa perspectiva entendí que *lo que te dé la gana* no es hacer sin más lo que a uno le apetece, sino tener la iniciativa para dirigirse al verdadero Bien, para elegir lo que en cada momento dicta la conciencia recta y sincera, sin complicaciones de formalismos, pero cuidando de formar esa conciencia según las verdades de la fe. Es, en definitiva, hacer el bien con la voluntad decidida de hacerlo, porque es lo que Dios quiere, no porque nos lo impongan o porque se nos antoje.

El amor de San Josemaría por la libertad me impresionó desde el primer momento. Quizá más en aquellos tiempos, en los que no se hablaba especialmente sobre este tema. Se estimaban otros valores, como el servicio y el sacrificio por la Patria, la abnegación en los sufrimientos, la heroicidad hasta poner en peligro la propia vida en defensa de ideales nobles... A San Josemaría, en cambio, le oí siempre hablar de libertad y responsabilidad; de la libertad cristiana, que Jesucristo nos trajo con su redención, de la libertad de los que son y se sienten hijos de Dios; del respeto a la libertad de los demás, dimensión realmente profunda en el amplio espectro de las libertades...

Durante ese viaje Barcelona-Madrid, hablamos algo más en los ratos siguientes al arranque del tren. No mucho después apagaron las luces principales del departamento y se hizo el silencio, pues los viajeros parecían tener cierta prisa por intentar dormir. No sé si lo consiguieron, pero yo sí, sentado feliz en el asiento junto a San Josemaría. Hacia las cinco de la mañana, más o menos, me desperté. Le dije al Padre que haría la media hora de oración mental que solemos hacer los miembros de la Obra al comienzo del día. Le pareció bien, y me manifestó que él ya la había hecho. Por la breve conversación me di cuenta de que también había rezado el Breviario y había hecho varias cosas más. Pensé: -pues ¿cuándo ha dormido el Padre? Los compañeros de viaje del departamento daban muestras de haber dormido muy mal sentados en sus asientos.

Cuando terminé mi oración, hablamos un poco, nada de particular dadas las apreturas del departamento del ferrocarril. Este viaje es el único que he hecho solo con San Josemaría: en adelante ya no he tenido otra ocasión igual.

### **En Madrid**

Llegamos a Madrid el 30 de julio de 1940, hacia las 11,30 de la mañana. Esperaban al Padre en la estación de Atocha Alvaro y Ricardo Fernández Vallespín, ya conocidos por mí. Ricardo conducía un pequeño automóvil, un viejo «Lancia» negro que utilizaba para sus desplazamientos como arquitecto. Fuimos a la Residencia de Universitarios de Jenner, y en seguida el Padre celebró la Santa Misa. Le ayudé como pude, pues era la segunda vez que lo hacía en mi vida. Cuando dudaba o me equivocaba, me indicaba con una seña lo que debía hacer. No me hizo después ninguna alusión a aquella ignorancia.

En cambio, muchos años más tarde, en Roma, siendo ya presbítero, le ayudé en la consagración de un altar y también cometí varios errores. Esta vez, al acabar, me reprendió por no haber estudiado bien antes la ceremonia. A los sacerdotes siempre nos ha exigido que cumplamos con exactitud y amor las rúbricas prescritas por la liturgia de la Iglesia. Se trata de una manifestación más del amor a Nuestro Señor y de la competencia profesional con que todos los fieles de la Obra debemos ejercer nuestros oficios, en el caso de los sacerdotes el ministerio sacerdotal en todos sus aspectos.

Aquellos días que iba a pasar en Madrid se me presentaban como una temporada interesante. Pero no sospeché entonces que se prolongarían veintisiete años, hasta 1967, en que vine a Pamplona, salvados los períodos de un mes y pico en 1945 para ayudar a la instalación del «Carmen de las Maravillas» (la residencia de universitarios en el popular barrio del Albaicín de Granada), el tiempo del servicio militar, cuatro cursos en Roma, entre 1951 y 1955, para hacer los grados en Teología y Sagrada Escritura, y algunas breves salidas más de poca monta. Obviamente, los 27 años en Madrid, durante una prolongada Juventud, han impreso fuertes rasgos en mi personalidad.

## **5**

### **En el corazón de la Obra (Jenner, verano de 1940)**

#### **La Residencia de Jenner**

La Residencia de Universitarios de la calle Jenner nº 6 constituye, a mi entender, un hito importante en la historia del Opus Dei, por ser el centro donde por primera vez vivieron un número apreciable de miembros de la Obra. Tal vez no esté de más advertir aquí que vivir bajo un mismo techo, en centros donde se realiza la labor de

formación del Opus Dei, no es ninguna obligación para sus miembros. De hecho, la gran mayoría viven con sus familias, o en otros domicilios a tenor del ejercicio de su profesión u oficio. Sólo un número reducido viven en esos centros, para ser mejor atendidos en su formación espiritual o teológica, o por razones concretas de actividades apostólicas.

Antes de la guerra civil, en la antigua Academia-Residencia de Ferraz 48-50 no habían vivido más que tres miembros de la Obra: Ricardo Fernández Vallespín, director, y mi hermano Pedro y Paco Botella, como residentes. San Josemaría no llegó propiamente a residir en Ferraz, aunque pasaba muchas horas allí. No hubo realmente una administración llevada por mujeres que se encargaran de las labores domésticas: la madre y la hermana del Padre no se ocuparon de esas tareas en Ferraz, y tampoco las mujeres de la Obra estaban por entonces en condiciones de atender esas necesidades. Sólo había una señora que preparaba las comidas y se ocupaba de la limpieza de forma muy genérica, trabajando unas pocas horas al día.

Buena parte de los cuidados materiales de la casa los atendían el Fundador y los tres que acabo de citar, pues tampoco había dinero para contratar personal. Ellos preparaban desayunos, hacían camas cuando los demás residentes estaban fuera, completaban la limpieza, etc. Los otros miembros jóvenes de la Obra, como Juan Jiménez Vargas, Alvaro del Portillo y José María Hernández de Garnica residían con sus familias y sólo podían echar una mano esporádicamente, sobre todo en días de fiesta o vacaciones, cuando sus obligaciones estudiantiles se lo permitían. Finalmente, había un botones que atendía la puerta y el teléfono algunas horas.

### **Los que vivíamos en Jenner**

Por lo pronto, digamos que éramos unas cincuenta personas. En primer lugar, el Fundador del Opus Dei, su madre Doña Dolores, sus hermanos Carmen y Santiago; Alvaro del Portillo, de cuya personalidad, bien conocida, he dado ya una breve noticia biográfica; Justo Martí<sup>36</sup> abogado de 28 años, a la sazón el director de la Residencia, popular entre los residentes porque recién terminada la guerra civil fue alcalde de su pueblo. Oliva (Valencia); e Isidoro Zorzano, ingeniero industrial, antiguo compañero del Padre durante el bachillerato en Logroño, que en aquel verano era administrador de la Obra y de la Residencia.

Otros residentes eran Ricardo Fernández Vallespín, arquitecto; Juan Jiménez Vargas, médico; José María González Barredo<sup>37</sup> que me

---

<sup>36</sup> Justo Martí Gilabert fue residente de Ferraz 50 en el curso 1935-36, mientras preparaba oposiciones para una de las «salidas» de la carrera de Derecho. Poco después de renunciar a la alcaldía de Oliva (Valencia), su pueblo natal, San Josemaría lo nombró director de la Residencia de Jenner. Fue ordenado sacerdote en 1946 y formó parte de la Comisión Regional del Opus Dei en España. Murió santamente en 1988, después de una vida entregada al ministerio sacerdotal y a los encargos apostólicos en la Obra.

<sup>37</sup> José María González Barredo había conocido a San Josemaría en 1929, siendo estudiante de Ciencias Químicas. En 1931 obtuvo la cátedra de Física y Química del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Linares (Jaén). En 1942 fue catedrático de

parecía muy mayor por sus 34 años y su título de catedrático de Instituto; mi hermano Pedro; Francisco Botella; Vicente Rodríguez Casado<sup>38</sup>, de 23 años, que llegaría a fundar la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla y la Universidad Hispano-Americana de la Rábida; José Luis Múzquiz, ingeniero de Caminos, al que ya me referí en páginas anteriores; Rafael Calvo, de 24 años, valenciano; Francisco Ponz<sup>39</sup>, al que guardamos especial afecto quienes le hemos tenido muchos años como rector en la Universidad de Navarra; Juan Antonio Galarraga<sup>40</sup>, químico y farmacéutico; Jesús Larralde<sup>41</sup>, que tenía 19 años y con el tiempo se convertiría en maestro de farmacéuticos y decano de la Facultad en la Universidad de Navarra. Y seguramente algunos pocos más que ahora no acierto a recordar.

Naturalmente estaban también otros residentes no pertenecientes al Opus Dei, como Emiliano Amann, arquitecto que más tarde proyectaría la casa de retiros de Islabe, Junto a Derio (Vizcaya), y se incorporaría a la Obra; Angel Galíndez, estudiante en la escuela de Ingenieros Agrónomos y años después presidente del Consejo de Administración del Banco de Vizcaya; Carlos Arencibia, químico, que más tarde jugó de delantero centro en el Athletic de Bilbao, aunque sin ficha profesional, tal era su clase futbolística; Rafael Garamendi, que empezó preparándose para el ingreso en Arquitectura y luego cambió su orientación profesional por la abogacía; Alfredo Carrato, más tarde catedrático de Medicina; y algunos otros, como Smith, cuyos nombres se me borran después de medio siglo; que ellos y los lectores me perdonen.

Tres empleadas de hogar, o quizás alguna más, ayudaban a Doña Dolores y a Carmen en las labores domésticas; no sé si vivían en la Residencia, más bien me inclino a pensar que no. Algunas veces he ponderado el trabajo tan ingente que llevaban adelante en Jenner la Abuela y Tía Carmen, con tantos hombres a su atención y tan pocas personas que las auxiliasen.

Aunque era verano, la Residencia estaba casi llena. La razón era que al acabar la guerra, después de tres años con las Universidades

---

Química-Física en la Universidad de Zaragoza. Perteneció al Opus Dei desde principios de 1933, pocos días después de Juan Jiménez Vargas. En 1946 marchó a los Estados Unidos, donde colaboró en los comienzos de la actividad apostólica del Opus Dei. Fue profesor de la Harvard University, de la Columbia University e investigador del National Bureau of Standards. Después de su jubilación regresó a España y murió, tras larga enfermedad, en 1993.

<sup>38</sup> Vicente Rodríguez Casado fue Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Era de la Obra desde abril de 1936. Con su pujanza apostólica y su personalidad franca y simpática fue el primer instrumento para la expansión del Opus Dei en Sevilla y Andalucía Occidental, donde atrajo a la Obra a hombres como Florentino Pérez Embid. Colaboró en el desarrollo de la Universidad de Piura (Perú). Escribió obras relevantes de investigación histórica y formó a muchos discípulos. Falleció en 1990.

<sup>39</sup> Francisco Ponz Piedrafica nació en Huesca en 1919. Fue catedrático de Fisiología Animal de la Universidad de Barcelona y de la de Navarra, donde sucedió en el rectorado al profesor D. José María Albareda, de quien había sido discípulo. Sigue en la Universidad de Navarra como profesor emérito.

<sup>40</sup> Juan Antonio Galarraga Ituarte nació en 1920. Marchó a Inglaterra a realizar investigaciones bioquímicas. Allí fue uno de los primeros en desarrollar la actividad del Opus Dei. Después de ordenarse sacerdote y ejercer el ministerio pastoral durante muchos años en el Reino Unido regresó a España, donde continúa esta misión.

<sup>41</sup> Jesús Larralde Berrio ha sido catedrático de las Facultades de Farmacia de las Universidades de Santiago de Compostela y de Navarra. Fecundo investigador, tiene muchos discípulos en las ciencias farmacéuticas. Permanece como profesor emérito en la Universidad de Navarra, en su tierra natal.



cerradas, la necesidad de cubrir los muchísimos huecos de profesionales producidos por muerte en una y otra zona, y por el exilio, había movido a las autoridades a disponer que, desde octubre de 1939 al octubre siguiente, se desarrollaran dos cursos para todos aquellos que habían perdido escolaridad. Naturalmente, el esfuerzo de los estudiantes se prolongó durante el verano con el mismo ritmo que en el invierno. Además, muchos estaban todavía movilizados y tenían que compaginar sus estudios con el servicio militar. El espectáculo de ver a todos aquellos universitarios estudiar de modo tan intenso en verano resultaba para mí un tanto sorprendente y hasta divertido, puesto que no me afectaba directamente. A veces me inspiraba conmiseración. Alguno que otro comentaba en el desayuno que había pasado la noche de claro en claro para poder terminar de leer el manual correspondiente al próximo examen. No necesitaba hacer demostraciones, pues sus ojeras delataban el esfuerzo nocturno.

### Los que vivían con sus familias

Finalmente, estaban otros cuantos que habían pedido la admisión en la Obra después de la guerra civil y que residían en casa de sus padres. Entre ellos se encontraban Fernando Valenciano<sup>42</sup>, que llegaría a ser ingeniero de Caminos; Salvador Canals<sup>43</sup>, que desempeñaría el oficio de Auditor de la Sagrada Rota Romana; Gonzalo Ortiz de Zárate, futuro ingeniero Naval; José Antonio Sabater<sup>44</sup>, que durante años sería profesor de segunda enseñanza; Alvaro del Amo<sup>45</sup>, que se convertiría en un competente biólogo.

Estos tenían una edad parecida, próxima a los 20 años. Por los mismos meses que los anteriores se había incorporado al Opus Dei Alberto Ullastres<sup>46</sup>, pero era unos cinco o seis años mayor que los otros, y a esas edades las diferencias se notan mucho.

Tampoco vivía aquel verano en Jenner José María Hernández de Garnica, operado hacía poco para extraerle un riñón, afectado por un antiguo accidente y por las vicisitudes de la guerra civil, en la que había padecido encarcelación y condiciones difíciles. Se encontraba, pues, en período postoperatorio y el Padre había aconsejado que, durante un tiempo, permaneciera en casa de su familia, ya que Jenner no reunía condiciones adecuadas para su convalecencia.

<sup>42</sup> Fernando Valenciano Polack nació en 1922. Fue el primero en incorporarse al Opus Dei en Madrid al acabar la guerra civil. Después de muchos años de ejercer su profesión de ingeniero en España, marchó a Roma, donde colaboró estrechamente con San Josemaría en el gobierno de la Obra. Ordenado sacerdote a los 70 años, sigue ejerciendo su ministerio en la Ciudad Eterna.

<sup>43</sup> Salvador Canals Navarrece nació en 1920. Abogado. Marchó a Roma en plena guerra mundial. Allí obtuvo el Doctorado en Urología por la Universidad Lateranense. Ordenado sacerdote a fines de los años cuarenta siguió en Roma, donde murió en 1975 con fama de santidad.

<sup>44</sup> José Antonio Sabater nació en 1921. Es uno de los profesores que comenzaron el Colegio Gaztelueta de Bilbao, primera institución docente promovida por fieles de la Obra para la formación de alumnos de enseñanzas media y primaria.

<sup>45</sup> Alvaro del Amo nació en 1922 en Madrid. Doctor en Ciencias Naturales, después de ampliar estudios fuera de España estuvo en Portugal de 1948 a 1954, donde fue de los primeros en extender la labor del Opus Dei. Luego fue profesor ordinario de Genética en la Universidad de Navarra. Murió en 1985.

<sup>46</sup> Alberto Ullastres nació en 1914. Fue catedrático de Historia de la Economía en la Universidad de Madrid. Es muy conocido por su competencia como economista y por haber sido ministro de Comercio desde el final de la década de los cincuenta a principios de la de los sesenta. Fue después Embajador de España en la Comunidad Económica Europea.

De vez en cuando se veía por Jenner a D. José María Albareda<sup>47</sup>, gran propulsor de la investigación científica en la España de la posguerra como primer secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, durante décadas. Vivía en la Residencia de Investigadores, conocida como la Residencia del Pinar, en los llamados Altos de Serrano.

### Los transeúntes

Aún existían otras causas adicionales para que Jenner estuviera llena. De un lado, quienes habían pedido la admisión en el Opus Dei fuera de Madrid durante el curso 1939-40 hacían cuanto podían por acercarse a la Villa y Corte para estar con San Josemaría y vivir, aunque fuese por unos días, el ambiente de Jenner. Tal convivencia les ayudaba extraordinariamente a profundizar en la llamada divina que habían recibido.

De otro lado, en los meses de agosto y septiembre se organizaron en Jenner la segunda y tercera «Semana de Estudios» o «de Trabajo», que de las dos maneras las llamábamos. Constituían un curso de formación, con clases sobre la doctrina de la Iglesia, sobre la ascética y la liturgia cristianas y sobre el espíritu del Opus Dei, y con lectura y comentarios de diversos textos que San Josemaría había escrito desde los comienzos de la Obra, expuestos por él mismo y por otros de los más antiguos en la Obra.

Algunas veces, a la caída de la tarde, recorríamos los lugares significativos en relación con la historia reciente de la Obra: la casa donde se había establecido la Academia DYA, en la esquina de las calles Luchana y Juan de Austria; los antiguos emplazamientos de las residencias de Ferraz nº 50 y 16; la chocolatería «El Sotaniillo»<sup>48</sup>, en la calle Alcalá, donde San Josemaría se había reunido algunas veces con grupos pequeños de hombres jóvenes, antes de tener un sitio propio donde hacerlo; el Real Patronato de Santa Isabel. También la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles<sup>49</sup>.

Otro lugar adonde íbamos en los ratos libres de aquellas «Semanas» era el Museo del Prado. Allí Vicente Rodríguez Casado nos enseñaba a valorar el arte y la historia. En alguna que otra ocasión, Francisco

<sup>47</sup> José María Albareda Herrera nació en Caspe (Zaragoza) en 1902. Estudió Ciencias Químicas (Zaragoza) y Farmacia (Madrid). Fue catedrático de Agricultura en el Instituto de Segunda Enseñanza de Huesca y luego en dos de Madrid (Velázquez y Ramiro de Maeztu). En Bonn, Zurich y Königsberg se especializó en Edafología, ciencia que introdujo en España. En 1940 fue catedrático de Geología Aplicada en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid. Era del Opus Dei desde 1937. Fue rector de la Universidad de Navarra. Ordenado sacerdote, falleció en 1966, de un ataque cardíaco mientras ejercía el ministerio de la predicación. Los muchos científicos que le trataron resaltan su extraordinaria valía científica y humana, y su gran bondad y humildad.

<sup>48</sup> «El Sotaniillo» justificaba su nombre por ser un semisótano, al que se descendía desde la acera por una escalera. Se hallaba en la calle Alcalá cerca de la Puerca del mismo nombre. Tenía aspecto simpático y acogedor, al mismo tiempo que modesto, con los arcos de la estructura arquitectónica del edificio. En 1940 (y aún bastantes años después) se conservaba tal y como era antes de la guerra. Incluso un veterano camarero recordaba las espaciadas visitas de San Josemaría con hombres jóvenes a comienzos de los años treinta.

<sup>49</sup> El Fundador del Opus Dei oyó con claridad que eran las campanas de esta parroquia las que sonaban a mediodía del 2 de octubre de 1928, inmediatamente después de que Dios le mostrara la Obra que quería pusiera en marcha, para la que le había ido preparando desde hacía unos once años.

Botella y Fernando Delapunte<sup>50</sup> nos enseñaron también las excelencias de la pinacoteca. De los tres aprendí algunas nociones acerca de la historia de la pintura, que me sirvieron para hacer de «cicerone» con los que venían de provincias a pasar unos días a Madrid.

Por mi parte iba de novedad en maravilla, dentro de aquellas jornadas intensas y variadas. Era uno de los más jóvenes. Sólo tenía que oír y aprender, intentar plasmar en mi propia vida el cúmulo de enseñanzas que recibía como en catarata.

Con una u otra ocasión, fueron muchos los transeúntes que pasaron aquel verano por Jenner, y guardo un estupendo recuerdo de todos ellos. Pero su relación resultaría tal vez un tanto prolija para los lectores que no los conocieron.

### **Amigos de San Josemaría**

También vimos por Jenner a algunos eclesiásticos, amigos del Padre, que a su paso por Madrid se alojaban unos días en la Residencia. Entre ellos estuvieron don Antonio Rodilla, que había sido rector del Colegio del Patriarca Juan de Ribera en Burjasot (Valencia), y por aquel entonces era Vicario General de la Diócesis de Valencia. Mons. Xavier de Lauzurica, Administrador Apostólico de Vitoria, y Mons. Marcelino Olaechea, Obispo de Pamplona. Estos y otros eclesiásticos celebraban de vez en cuando la Santa Misa en el oratorio y nos dirigían la palabra, siempre estimulante para nuestra vida cristiana y muy laudatoria para el trabajo sacerdotal de Mons. Escrivá de Balaguer. Me parece que era Mons. Lauzurica, alto y corpulento, el que hacía gemir la tarima de madera del oratorio cuando se trasladaba por ella durante la Misa. Finalmente, don Sebastián Cirac -catedrático de Griego en la Universidad de Barcelona-, que intentaba convencernos de las excelencias de las lenguas clásicas, con resultados dispares entre los residentes. Recuerdo una larga conversación en el comedor acerca del hipérbaton latino, denostado por algunos de nosotros y defendido por aquel docto sacerdote, tan erudito como sencillo.

### **Estructura material de Jenner**

La Residencia ocupaba toda la tercera planta y la mitad izquierda de la primera del número 6 de la calle de Jenner. Era un inmueble de porte señorial, amplio. Por su aspecto arquitectónico quizás fuese construido hacia 1920. Disponía de un espacioso portal, custodiado por un portero de uniforme. Llamaba la atención el ascensor, situado en el hueco de la escalera. Tenía forma de antigua cabina de coche de

---

<sup>50</sup> Fernando Delapunte nació en Santander en 1909. Desde 1933 era ingeniero industrial. En 1929 ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, pero no concluyó sus estudios hasta 1939. En 1949 se trasladó a Roma para colaborar en las obras de la sede central del Opus Dei. Es conocido sobre todo como pintor. Expuso en París, Nueva York, Toronto, Madrid, Barcelona, etc. Falleció en Madrid en 1975.

caballos, con maderas de color caoba, abundante cristalera en los laterales y en la puerta, y con un banco al fondo, almohadillado y tapizado en rojo.

La planta del inmueble tenía la forma de una U chata, siendo la mayor dimensión la del trazo horizontal de la letra, que daba a la fachada de la calle. Tal estructura aparecía completa en la tercera planta. La primera sólo comprendía la mitad. El trazo horizontal de la U podría tener cerca de veinticinco o treinta metros en la tercera planta. En este piso había unas dieciocho ó veinte habitaciones de desigual tamaño, en general amplias. En las esquinas se encontraban, paralelas, dos de 3,5 x 5 metros: en una se había instalado el oratorio, y en la otra una habitación de cuatro camas. Además estaban ubicadas otras piezas como: una salita de recibir; otra multiuso (para círculos de formación, clases, conversaciones, etc); una antigua cocina convertida en taller de pintura de Fernando Delapiente, y otra adaptada para cuarto de herramientas y almacén; dos vestíbulos, uno de los cuales, el más amplio, era usado como sala de estar; y los correspondientes pasillos y cuartos de aseo. Todo lo demás eran habitaciones de residentes: aproximadamente unos trece dormitorios de una, dos, tres o cuatro camas.

En la planta primera izquierda se ubicaban: una habitación pequeña como dormitorio-despacho del Padre; dos comedores (el general y el de invitados); la cocina y un pequeño office; el cuarto de trabajo de la Abuela y Carmen y su dormitorio; el de Santiago Escrivá; la habitación de Alvaro del Portillo; cuartos de aseo y una salita de recibir. En total alrededor de diez estancias.

### **Algunas actividades de Monseñor Escrivá**

La verdad es que me enteraba de pocas cosas a este respecto. Antes de mi llegada a Jenner, San Josemaría realizó algunos viajes a Valladolid, donde tenía honda amistad con un sacerdote, don Daniel Llórente, más tarde Obispo de Segovia, muy conocido por su extraordinaria pericia en la catequesis de niños (falleció en 1971). Don Daniel le había presentado anteriormente a algunos estudiantes. A San Josemaría le oí sentidos elogios de don Daniel. En Valladolid existía un pequeño grupo de miembros del Opus Dei desde hacía no muchos meses: el primero de ellos, Teodoro Ruiz, abogado. Después fueron llegando Juan Antonio Paniagua, entonces estudiante de Medicina; los hermanos Alberto y Ramón Taboada, el primero a punto de terminar Derecho, el segundo estudiante de Ciencias Químicas; Javier Sillo, que iba a comenzar Filosofía y Letras, Antonio Moreno, estudiante de Químicas. Poco después se incorporarían a aquel grupo Andrés Vázquez de Prada y Juan Udaondo, ambos estudiantes de Derecho; etc. Excepto Antonio Moreno, que falleció prematuramente (al cabo de un año aproximadamente), los demás, después de ejercer por algún tiempo sus profesiones respectivas en España, marcharon a diversos

países a iniciar o reforzar las tareas apostólicas del Opus Del. Omito dar una referencia biográfica de ellos para no hacer demasiado minucioso el relato.

Durante uno de esos viajes, el 29 de junio, predicó un retiro espiritual a estudiantes en el Colegio de Nuestra Señora de Lourdes, de los Hermanos de la Salle. Conoció a dos chicos de San Sebastián, Ignacio Echeverría y Jesús Urteaga, que habían ido a hacer el Examen de Estado, reválida de todo el bachillerato, necesaria para el ingreso en la Universidad. Durante el retiro habló a fondo con ellos sobre la necesidad imperiosa de buscar a Dios en las circunstancias ordinarias de la vida. Un par de meses después le pedirían ser admitidos en la Obra.

En Jenner el Padre se ocupaba de la atención espiritual de sus hijos en la Obra, de todos los residentes y de un número muy elevado de hombres, de diversa edad y profesión u oficio, que acudían a su dirección espiritual. Como desde el final de la guerra se había ido extendiendo la labor apostólica por ciudades como Valencia, Barcelona, Valladolid, Zaragoza, Bilbao, San Sebastián, etc., también San Josemaría hubo de ir ampliando la tarea de gobierno de la Obra. Había nombrado ya un incipiente consejo que le ayudara. Alvaro del Portillo fue el Secretario General e Isidoro Zorzano el Administrador. Por lo demás, la actividad del Fundador de la Obra en la Residencia se reflejará también al hilo de los episodios que iré recordando.

### **Las Misas en el oratorio**

Al llegar a Jenner me impresionó cómo San Josemaría celebraba la Santa Misa. Me conmovía a mí y a todos, a juzgar por los comentarios que oía. Me refiero, de un lado, al modo de celebrarla. Se ajustaba cuidadosamente a las normas litúrgicas de la Iglesia. Dentro de éstas, procuraba que los asistentes participaran lo más activamente posible en el Santo Sacrificio. Diariamente se celebraba «dialogada», es decir, no respondía sólo el ayudante, como era usual entonces en las iglesias, sino que todos contestábamos de modo pausado y al unísono. Este modo de celebrar contribuía a compenetrarse muy bien con el misterio eucarístico.

Por otro lado, los ornamentos eran a la vez sencillos y elegantes. Por ejemplo, yo no había visto antes que el celebrante usara casullas góticas, sino las corrientes en aquellos tiempos, las llamadas «de guitarra», por la forma de la parte delantera. En Jenner, con permiso del Obispo de Madrid, se empleaban casullas de ese otro estilo, amplias, que daban especial dignidad al acto sagrado. El altar tenía frontal cambiable, según el color litúrgico del día.

El oratorio era de planta rectangular, con el altar situado ante uno de los lados más largos y algo exento de la pared. Quedaba así como en el centro de la habitación, y los asistentes casi rodeándolo, siempre

cercanos al altar. Sobre éste, estaba un Sagrario de madera plateada, de forma cúbica. Todo el Sagrario se recubría con el conopeo, también cambiable con arreglo al color litúrgico. Sobre el altar estaban la Cruz, metálica, más bien grande, y seis candeleros también metálicos, con hachones que se escalonaban ligeramente ascendiendo hacia la Cruz, y que se encendían los días de fiesta y en las Exposiciones y Bendiciones con el Santísimo. En los días de feria se colocaban y encendían dos candeleros pequeños, entre los seis grandes. Las paredes del oratorio estaban recubiertas de una tela de arpillera más bien oscura, pendiente con pliegues desde un friso de madera, que recorría todas las paredes desde una altura cercana al techo. El friso tenía pintadas las palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 42: *Erant autem perseverantes in doctrina apostolorum, et communicatione fractionis panis, et orationibus.*

Cuando celebraba San Josemaría, con voz clara y las entonaciones y pausas bien marcadas, con un recogimiento y unción indisimulables, la asistencia a la Misa de Jenner incitaba a la piedad sincera y honda. Yo no puedo por menos de testimoniar, a la vuelta de los años, que aquellas Misas del Padre me llevaron al amor a la Liturgia de la Iglesia y a participar en el Santo Sacrificio con actitudes nuevas. Entraba por los sentidos la transcendencia de la acción que se celebraba.

### **Los pantalones de soldado**

En aquel verano del cuarenta en Jenner, que eran tiempos de escasez en los más variados aspectos, sólo estábamos sobrados de una cosa: de ropa militar. Tras la guerra civil, quienes habían cumplido el período en filas, habían ido siendo desmovilizados y sus uniformes quedaban también licenciados. Pero no era fácil utilizarlos para menesteres civiles. San Josemaría, sin embargo, sí les encontró un empleo personal: ocultos bajo la sotana, podía utilizar los pantalones militares que sus hijos en la Obra habían llevado. Especialmente aprovechó unos bombachos, cogidos con presilla o elástico bajo las rodillas. ¿Para qué gastar dinero en hacerse pantalones *ex professo*..

Obviamente, la gente no sabía de aquel ahorro del Padre. Yo me enteré por casualidad, quizá por mi situación un tanto desocupada. Y me enteré de más: los que llevaba eran los que había usado Vicente Rodríguez Casado, que había servido en el Ejército con el grado de sargento de ingenieros (es de advertir que Vicente en aquella época no padecía la gordura enfermiza que le vino después). Los clérigos sabemos que, al andar, el roce de los pantalones bajo la sotana -y antiguamente, también bajo la dulleta— y las genuflexiones desgastan mucho los pantalones por la zona de las rodillas. De ese modo, San Josemaría vivía un aspecto más de *la pobreza de un padre de familia*

*numerosa y pobre*, en frase acuñada por él mismo para designar las características de la sobriedad cristiana que viven los miembros del Opus Dei. En toda familia pobre, antes de tirar las cosas, se les busca otro uso subsidiario y adecuado.

Años después oí a San Josemaría que su aprovechamiento de los pantalones de soldado no debía ser tomado como pauta ni criterio genérico: los sacerdotes deben ir bien puestos en las prendas de vestir exteriores y en las que no se ven. Pero él había hecho bien al vivir la pobreza de ese modo en aquellas circunstancias.

### **Fernando Delapiente**

Fernando trabajó muchas horas en Jenner, donde pasó parte de aquel verano. Si no me equivoco, a la sazón era ingeniero-director de una fábrica de azúcar en Terrer (Zaragoza). Pero su gran afición era la pintura. Una antigua cocina del tercer piso le sirvió como estudio. Pintó allí, entre otros cuadros, un tríptico de la Crucifixión, inspirado en otro clásico del primitivo flamenco Van der Weyden. Fernando Jovialmente lo firmó: «Van der Brücke füsilavk Van der Weyden» (Delapiente «fusiló» -copió- a Van der Weyden). Resultó espléndido y fue destinado como retablo al oratorio de la Residencia de Universitarios de Samaniego, en Valencia, que se abriría poco después, para funcionar en el curso 1940-41. En la actualidad, el tríptico de la Crucifixión se encuentra en uno de los oratorios pequeños del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad (Huesca).

Dada la penuria de artículos industriales, Fernando fabricaba en buena parte sus pinturas, mezclando diversas sustancias, y, con frecuencia, había que estar moviéndolas para que no se secasen o precipitasen. Con su proverbial buen humor, amenizaba mi ayuda en esas operaciones, explicándome cómo en la baja Edad Media y en el Renacimiento, los aprendices que luego llegaron a ser grandes artistas comenzaban por iniciarse en la confección de las pinturas en el taller de un buen maestro. Pero no eran esos mi destino ni mis facultades.

El Fundador de la Obra acudía con frecuencia a ese taller de Fernando para animarle en la tarea, comentar con él cómo iban resultando sus pinturas y orientarle sobre cuáles serían las necesidades para los oratorios y la decoración de los centros de la Obra en proyecto de apertura por diversas ciudades. El carácter alegre de Fernando constituía un cierto atractivo para que también residentes y transeúntes pasaran de vez en cuando a curiosear la marcha de sus cuadros. Nunca defraudaba Fernando con sus ocurrencias divertidas mientras proseguía sin parar en su trabajo.

### **Un recuento en *offside***

Cierto día, a comienzos de la tercera Semana de Trabajo, a la que tuve ocasión de asistir, nos reunimos tres o cuatro de los más recientes

en una habitación que recuerdo perfectamente. No fue con un motivo concreto, sino para comentar algo entre nosotros, todavía bisonños en el Opus Dei. Sin duda, llevados tanto de nuestro entusiasmo como de nuestra curiosidad, nos pusimos a hacer un recuento de cuántos éramos en la Obra. En aquellos momentos la cuestión no era difícil de resolver y podíamos reconstruir la lista con gran aproximación. Y empezamos. Aquí en Madrid están... Y en Valencia..., y en Valladolid..., y en Barcelona... Eran pocas las ciudades por repasar. Total, que llegamos a un número que debía estar muy próximo a la realidad. Y, como quienes han averiguado algo interesante, «sin más asuntos que tratar, se levantó la sesión». A los pocos días el Fundador de la Obra dio una charla de formación sobre humildad personal y colectiva. Nos hablaba de que para preservar la humildad personal, la que cada uno debe esforzarse en vivir como fundamento de todo crecimiento en la vida cristiana. Dios ha querido que en el Opus Dei nos esforcemos por vivir también la humildad colectiva, para evitar el peligro de ser colectivamente soberbios. Y descendía a la explicación clara: *No entiendo por qué, si Juan y Pedro y Andrés, tomados particularmente, tienen el deber de ser humildes, todos juntos han de considerarse en cambio con el derecho de ser soberbios.*<sup>51</sup> Se prolongaba en su explicación, lo que indicaba la importancia que concedía a esta virtud en el espíritu de la Obra.

La enseñanza de aquella charla viene expuesta con precisión en una carta suya de fecha 9 de enero de 1932. En efecto, en ella dice literalmente: *La virtud teologal de la esperanza nos da un aprecio tan grande del premio que nos ha prometido nuestro Padre Dios, que no estamos dispuestos a correr el riesgo de perderlo por falta de humildad colectiva; no queremos que a nosotros se nos apliquen, por haber buscado el aplauso de los hombres, aquellas otras palabras de Jesús: **amen, dico vobis, quia receperunt mercedem suam** (Matth. VI,16): *recibieron ya su galardón. ¡Triste negocio!*, terminaba con una aplicación práctica. No al pie de la letra, pero sí de manera cercana, nos decía: Por eso no divulgamos estadísticas de labores, o del número de miembros, o de frutos alcanzados en nuestros apostolados, cuando sólo sirven para satisfacer la curiosidad o disponer a un sentimiento de autosatisfacción. No nos interesan las estadísticas. No andamos contándonos. Somos los que el Señor quiere<sup>52</sup>.*

La charla del Fundador del Opus Dei me llenó de rubor interior. Obviamente nos habíamos comportado como insensatos. Me pregunté si nuestro Padre habría explicado aquel aspecto importante de esa

<sup>51</sup> Las palabras *en cursiva* están tomadas de una carta de San Josemaría de fecha 31 de mayo de 1954. Pero cuando las leí, recordé que esas palabras eran muy parecidas, casi las mismas que nos había dicho en 1940.

<sup>52</sup> Un párrafo de otro escrito posterior, la carta de 31. V. 19 54, viene a completar otros aspectos de lo que nos hablaba en Jenner: *“Cuando tuviésemos esa debilidad, comenzaríamos a perder la humildad colectiva, y estaríamos en peligro de caer en el espíritu de cuerpo, que es poco ecuménico porque divide”.*



virtud con ocasión de nuestro cálculo de pocos días antes, o si se habría tratado de una mera coincidencia cronológica. Tampoco intenté averiguarlo, ni lo comenté con ninguno de los novatos que nos habíamos reunido. La cosa era muy clara, y lo único importante era rectificar la conducta: el episodio, como otros muchos, quedó grabado en mi memoria.

La siembra silenciosa de oración, penitencia y sufrimientos de San Josemaría, de modo especialmente intenso durante los años de la guerra, cuando su labor apostólica, se vio tan recortada por las circunstancias, había dado su cosecha muy abundante: *No se veían las plantas cubiertas por la nieve. -Y comentó, gozoso, el labriego dueño del campo: «ahora crecen para adentro». -Pensé en ti: en tu forzosa inactividad... —Dime: ¿creces también para adentro?*<sup>53</sup>

Se comprende que la humildad colectiva del Opus Dei no impide comunicar a los organismos de la Santa Sede las relaciones pertinentes para el gobierno universal de la Iglesia. Del mismo modo, la Prelatura del Opus Dei edita en Roma semestralmente el boletín informativo llamado *Romana*. Por supuesto, no es faltar a la humildad colectiva, sino estar en el ámbito del derecho y del gobierno de nuestra Madre la Iglesia. Una vez hechos esos censos y dadas tales informaciones, que no son secretas de ningún modo, se facilitan a la Prensa y a otros medios de información pública, cuando los piden. Por su parte, la Santa Sede, en el *Anuario Pontificio*, publica cada año el número de fieles de la Prelatura, como el de otras instituciones de la Iglesia Católica.

### «Al parapeto»

Uno de los últimos días de la Semana de Trabajo pasé a ver a San Josemaría, que en aquella ocasión nos recibía en la habitación del director de la Residencia. Le conté espontáneamente la situación íntima de mi ánimo y las impresiones de aquellos días. Desde los comienzos había nacido con toda naturalidad la costumbre de que los miembros del Opus Dei hablaran con el Fundador, con sencillez y franqueza, de la marcha de su alma, de sus propósitos, de las alegrías y de las dificultades que pudieran presentárseles en su vida interior y exterior, etc. Era la natural dirección espiritual, en las condiciones específicas de nuestro deseo de buscar la santidad en el cumplimiento de las obligaciones de ciudadanos y cristianos corrientes. El Padre me orientó en las cuestiones concretas de las que le iba hablando, y tuvo conmigo palabras de ánimo y de exigencia amable.

Al final, cuando dimos por terminada la entrevista, me dijo literalmente: *Al parapeto*. El sentido de la frase era muy claro para mí en el contexto general de la época y de las cosas que le había contado. Significaba un estímulo para la lucha ascética personal y se enmarcaba

<sup>53</sup> San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 294.

en el léxico de aquellos tiempos, cuando hacía poco más de un año del final de la guerra y todavía flotaban en el lenguaje los modos de decir tomados de la vida en los frentes. Indicaba firmeza en los propósitos y un horizonte de valentía y optimismo. El hecho de que no haya olvidado esa despedida muestra el efecto estimulante que me produjo.

### **Mi primer retiro espiritual**

No estoy seguro si fue con ocasión de la Semana de Trabajo de septiembre, o más bien algo antes, en agosto, cuando hice el primer retiro espiritual de mi vida. Pero recuerdo bien las dos primeras meditaciones que nos predicó el Padre. La primera versó sobre la llamada universal a la santidad, con aplicaciones concretas a las exigencias de Dios respecto a quienes estábamos allí. Hablaba con tal fuerza, persuasión y autoridad que por primera vez vi con claridad que la santidad, tomada en su sentido fuerte, no era una aspiración utópica, sino una meta posible mediante la gracia de Dios y los medios de santificación.

Como seguramente muchos cristianos, en tiempos anteriores me había imaginado la santidad como un ideal lejano e irrealizable, que sólo Dios concede a esos fenómenos admirables, pero extraños, prácticamente inimitables, que llamamos santos. Bien es verdad que desde mis primeros contactos con el Opus Dei y con la lectura de *Camino* a partir de las Navidades del treinta y nueve al cuarenta, la tarea de la santificación cristiana se me había presentado de manera cada vez más penetrante. Pero hasta aquella meditación de nuestro Fundador no recuerdo haber sentido un deseo tan ardiente, casi estremecedor, ni haber experimentado la posibilidad, más bien la necesidad personal de aspirar sin paliativos a aquella santidad. No sabía cómo plasmar en propósitos concretos aquellos impulsos recibidos al impacto de sus palabras, pero algo quedaba muy claro: no existía otra perspectiva que la de ser santo, y a través del cumplimiento ardoroso de los deberes ordinarios de cada día. Y, finalmente, quedaba claro que esta tarea, ardua en sí, era sin embargo hacedera, puesto que Dios la quería y daba sus gracias para luchar por ella.

Todavía estaba en esa situación, cuando entramos otra vez en el oratorio para la segunda de las meditaciones. Versó sobre la santificación a través del trabajo cotidiano. De igual manera aparecía la necesidad del aprovechar el tiempo, de dirigir hacia el Señor todo el esfuerzo del estudio, realizado en presencia de Dios, considerado no como autoafirmación personal, sino como medio de santificación y de apostolado, como disciplina de vida y como responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Era la primera vez que asistía a un retiro espiritual e ignoraba el modo adecuado de hacerlo, la conveniencia de reflexionar y meditar

sobre los temas y hacer los propósitos pertinentes para, después, en la vida normal, llevarlos a la práctica. Sucedió que, al terminar la meditación, sin más dilaciones, volví a mi cuarto, seleccioné un libro y me puse a estudiarlo intensamente, sentado en el vestíbulo de la Residencia. Al cabo de un rato, alguien me llamó aparte, me explicó cómo se hace un retiro y me hizo entender, por tanto, que debía dejar para después el aprendizaje de la materia de aquel manual.

Acabo de descorrer de intento, con sencillez e ingenuidad conscientes, aquella primera impresión acerca de la predicación del Padre. El testimonio de muchas otras personas concuerda con el mío en expresar, cada uno a su manera, los efectos de la palabra de San Josemaría: penetrante, alentadora, amable y exigente a la vez. La encontraba bien distinta, por su forma y por su contenido, de los no muchos sermones sagrados que había oído en mi vida. Tal vez mi experiencia en ese ámbito era muy escasa, pero la predicación del Padre constituía para mí un género nuevo.

Algo quiero añadir aún. Cuando bastantes años más tarde leí la homilía *Hacia la santidad*, impresa en el libro *Amigos de Dios*, recordé inmediatamente aquella primera meditación de Jenner. Trataban del mismo tema y aproximadamente con los mismos argumentos, aunque la forma oral de la primera iba arropada con la fuerza expresiva de su palabra viva, de su entonación cálida y de sus gestos, que obviamente no puede ofrecer el texto escrito. De tales circunstancias me vienen ahora algunas conclusiones —como es, por ejemplo, la sorprendente madurez espiritual de San Josemaría cuando todavía era joven-, pero no me extendo en ellas para ser consecuente con mi propósito de limitarme en este libro a los recuerdos de lo que sentí en aquellos años mozos.

## 6

### **Ambiente de familia (Continúa el verano de 1940 en Jenner)**

#### **«La Abuela» y «Tía Carmen»**

Cuado llegué a Jenner, terminado felizmente el curso, no tenía a la vista ningunos estudios pendientes hasta que comenzaran las clases en octubre. El estar bastante libre de tareas escolares me deparó la oportunidad de tratar con mucha frecuencia a doña Dolores y a Carmen Escrivá, que se ocupaban de las tareas domésticas de la Residencia. Además, el director de la Residencia me encomendó dos encargos que se prestaban a ello: los arreglos de la casa y la atención del oratorio.

El primer cometido me ocupaba la mayor parte del tiempo. Muchas veces, dirigido por doña Dolores y Carmen, hacía pequeñas reparaciones en el material de cocina, limpieza, etc., que en aquella

época era menos complicado y tecnificado que ahora, pues casi no existían aparatos electrodomésticos.

Una aclaración: en Jenner encontré que los mayores de la Obra llamaban a doña Dolores «Abuela» y que a ella y a Carmen les hablaban de «tú». La razón es que en la mayor parte de las regiones de España, entre la familia, incluidos los abuelos, el trato es ordinariamente de tú. Y *la Obra es una familia, numerosa y de vínculos sobrenaturales*, como muchas veces la ha calificado nuestro Fundador. Cuando los mayores se referían a ellas estando ausentes las llamaban «la Abuela» y, a Carmen, unas veces, «Tía Carmen» otras simplemente Carmen. A mí se me hacía costoso tratar de tú a la Abuela, así como dirigirme a ella de ese modo. Pronto, me acostumbré a llamarla «Abuela», pero nunca de tú, y cuando le hablaba solía emplear fórmulas indirectas para no llamarla ni de usted ni de tú. No sé cómo me las arreglaba. Recuerdo que pensé varias veces consultar a Alvaro del Portillo, que es con quien yo trataba mis preocupaciones personales, pero cuando hablaba con él llevaba otras cuestiones que me urgían más y me parece que siempre se me olvidaba plantearle el asunto, de modo que lo fui resolviendo *ad casum*, como he dicho.

Volviendo al encargo del mantenimiento de Jenner recuerdo, como anécdota, que uno de los arreglos consistió en la instalación de una máquina grande de picar carne en la mesa de mármol de la cocina. Había que practicar cuatro agujeros considerables en el mármol, para sujetar con palometas los cuatro tornillos del aparato. No disponía de ningún tipo de taladrador, ni mecánico ni eléctrico. Hice los taladros con un destornillador grueso y un marrillo, dando suaves golpes con una mano mientras con la otra giraba el destornillador. Obviamente fue un trabajo lento y delicado, que me debió de llevar más de una jornada. De vez en cuando, la Abuela y Tía Carmen iban a ver el progreso de la operación, quizá algo escépticas en los comienzos, pero más esperanzadas cuando los agujeros iban adquiriendo profundidad y la placa de mármol no sufría daño. Me daban ánimo en la paciente tarea. Finalmente, el mármol quedó taladrado y la máquina firmemente instalada.

#### **«Madre, me lo vas a malcriar»**

Como premio por la operación, la Abuela me dio un enorme caramelo, de los llamados «adoquines de Calatayud», que yo no había visto hasta entonces. En realidad, ambas buscaban ocasiones para hacerme comer algo extra, pues estaban preocupadas por mis pocas carnes en aquellos tiempos. Alguna vez le oí decir a la Abuela: «Este chiquito está muy delgado». Nos habíamos trasladado a la habitación pequeña donde la Abuela y Tía Carmen solían pasar las tardes. Serían las cinco cuando me dio el caramelo. Cuando lo introduje en la boca, con intención de partirlo, me di cuenta de la imposibilidad de tal operación por sus extraordinarias dimensiones, y el «adoquín» se me

quedó dentro.

En ese preciso momento entró Mons. Escrivá y se dirigió a mí. El confite me ocupaba toda la cavidad bucal y, al responder, no pude producir sino unos sonidos inarticulados. El Padre, extrañado, preguntó: *-¿Pero qué le pasa a este chico?* La Abuela intervino explicándole la situación. Inmediatamente, el Padre se volvió hacia la puerta, obviamente sin querer entrar más a fondo en la cuestión, y sonriendo dijo: *-Madre, me lo vas a malcriar.* Y se marchó.

El episodio es irrelevante. Atañe al ámbito de una educación disciplinada y a la sobriedad cristiana: no es aconsejable picar entre comidas. En cualquier caso, muestra la sencillez y la naturalidad hogareña de la vida familiar en la Obra.

### **Las tertulias en el cuarto de la Abuela**

En Jenner hubo un gran trasiego de gente en el verano del cuarenta. Los asistentes a las «Semanas de Estudio», y los que se acercaban a Madrid para estar con el Padre, aunque

fuera sólo unos días, llegaban ávidos de conocer todo: personas, noticias de la Obra, lugares donde se había desarrollado la labor apostólica de nuestro Fundador desde los comienzos, etc. Aparte de la atención más estrictamente espiritual, se procuraba satisfacer esos legítimos deseos. Punto de cita para salir a enseñarles tales lugares resultaba ser, con toda naturalidad, la pequeña habitación donde la Abuela y Tía Carmen pasaban la mayor parte de la tarde repasando ropa, manteles, sábanas, etc., y confeccionando los paños necesarios para la Santa Misa.

Mientras unos esperaban a los otros en el cuarto de la Abuela, se entablaban frecuentes y animadas tertulias con ella y Tía Carmen. Sin dejar en ningún momento sus labores, respondían sabia y prudentemente a la lluvia de preguntas que les hacíamos, a veces un tanto indiscretas, acerca de la infancia del Padre, de las dificultades en los años de la guerra, y de muchas cosas más. No mostraban dificultad alguna: sabían responder con inteligencia a unas preguntas y soslayar otras con mucha gracia.

Se hacía evidente el cariño que tenían por todos, incluso por los que veían por primera vez. Era como si nos hubieran conocido desde siempre. Además de las enseñanzas de nuestro Padre, no cabe duda de que las dos contribuyeron con su ejemplo, en gran medida, a configurar el ambiente de familia de la Obra, en unos momentos de gran crecimiento. La Abuela y Tía Carmen eran cariñosas sin melindres, simpáticas sin esfuerzo, comprensivas con nuestras inoportunidades de juventud, muy humanas y sobrenaturales al mismo tiempo, extraordinariamente generosas en darse a todos.

Un día, por citar algún ejemplo de aquellas tertulias en el cuarto de

la Abuela, Amadeo de Fuenmayor entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Estaba haciendo el servicio militar en Vicálvaro, Junto a Madrid. Venía con un breve permiso de fin de semana, con el uniforme de soldado, polainas con botones, ceñidas a las pantorrillas, muy delgado, con la tez muy morena por las horas de instrucción al sol de Castilla en verano, llevando el gorrillo cuartelero de entonces. Hizo un gesto al entrar en la habitación que era todo un poema de expresión gozosa y de sentido del humor. De seguro, pensaría que su atuendo iba a divertir a la Abuela y a Tía Carmen. ASÍ FUE. Les dio una gran alegría y mucha risa. Contó sus graciosas aventuras de cuartel y pasamos —yo estaba presente, por supuesto— un rato agradabilísimo.

Muchos de los que aparecían inesperadamente eran presentados, o ellos mismos se presentaban a la Abuela y Tía Carmen. Y se animaba la conversación con noticias de sus respectivas ciudades, estudios, y los pormenores de su aventurado viaje a Madrid, en una época en que los medios de transporte eran tan precarios.

#### «Una familia numerosa y pobre»

Ya he dicho que ésta es una de las maneras con que Mons. Escrivá de Balaguer describía la Obra. En el verano de 1940 pude observar directamente una de sus manifestaciones. En las horas de trabajo de la Abuela y Tía Carmen vi cómo aprovechaban todo con ingenio, pericia y esfuerzo. Por ejemplo: las sábanas suelen desgastarse y romperse mucho antes por el centro. No era cuestión de comprar otras nuevas. En una familia numerosa y pobre se aprovecha todo. De varias sábanas muy usadas, la Abuela y Tía Carmen hacían una prácticamente nueva. Ponían una pieza en buen estado en la parte más gastada, como un cuadro o rectángulo inscrito en el centro. Pero las costuras estaban tan primorosamente hechas que no se notaban al tacto ni casi a la vista.

Asunto que les llevaba mucho tiempo era el repaso de las camisas. Confeccionaban puños y cuellos para sustituir los ya desgastados, cortando la tela de los faldones y cambiando éstos con otras piezas de tejido lo más parecido posible (en aquellos años nadie mostraba los bajos de las camisas fuera de los pantalones). Y no digamos ya la tarea de remendar los rotos -«los tomates»- de los calcetines de los tiempos anteriores a la aparición de las fibras sintéticas: talones y dedos causaban pronto estragos en esas prendas. El huevo de madera era objeto continuamente usado por la Abuela y Tía Carmen para remendarlas.

Capítulo aparte era la confección y conservación de ornamentos y paños de altar: quedaban bien repasados, planchados y, los que lo requerían, almidonados. Supongo aunque sólo vagamente cuánto habrán aprendido las mujeres de la Obra de esos trabajos y primores de la Abuela y Tía Carmen. Una familia pobre, pero hacendosa y

limpia, sabe sacar partido de cosas que una familia rica tiraría sin más contemplaciones. Este esmero en reparar y hacer durar las cosas es, desde los comienzos, un aspecto relevante del modo de vivir en el Opus Del la pobreza: virtud cristiana que, si va unida a la limpieza y a la pulcritud en el vestir, no se hace notar de modo aparatoso o desagradable para los demás.

### **Isidoro Zorzano**

En Jenner encontré a Isidoro, uno de los pocos conocidos anteriormente, desde aquel día de primeros de mayo de 1939 en la casa rectoral del Patronato de Santa Isabel. Su habitación, contigua al oratorio, con el que se comunicaba por una puerta doble, servía de secretaría de la Residencia, de oficina de la administración económica de la Obra, de dormitorio y de lugar donde se guardaban los vasos y utensilios del oratorio y las vestiduras litúrgicas del sacerdote. No había más espacio. Unos almohadones disimulaban el lecho hasta cierto punto, dándole el aspecto de cama turca.

En aquellos meses, Isidoro —seguramente por el horario especial de verano— entraba a trabajar muy temprano, a las ocho de la mañana, me parece recordar. Tenía su despacho en la Oficina de Proyectos de la RENFE, junto a la estación ferroviaria de Delicias, entonces un barrio de las afueras de Madrid, que requería un largo desplazamiento. Para llegar a tiempo, tenía que levantarse hacia las cinco de la mañana, hora oficial, que serían las cuatro o las tres de la hora solar, pues debía realizar varias tareas. El afeitado de Isidoro era particularmente laborioso: tenía una barba muy dura y una piel extremadamente delicada, lo que se agravaba por la baja calidad de la hojas de afeitar «Toledo», de fabricación nacional con los aceros de la época. Cada día afilaba la hojilla en un vaso liso de cristal humedecido, pues de otro modo hubiera necesitado emplear una hoja nueva por afeitado. Debía dejar su habitación en perfectas condiciones para que después pudiera servir de sacristía y de confesonario. Hacía media hora de oración mental y acudía a una iglesia para asistir a la Santa Misa: en aquella época, la Misa no se celebraba más que por las mañanas.

Una de las características de Isidoro era su esmero en vivir el orden. Yo estaba encargado del oratorio y cada mañana iba a su cuarto un poco antes del comienzo de la oración para dejar ultimada la preparación de los ornamentos para la Misa de la Residencia. Ni un día falló Isidoro en dejar su habitación completamente lista, limpia y aireada. No recuerdo nunca haberle oído la menor alusión a estas molestias de sus madrugones que, sin duda, los ofrecía a Dios con alegría y espíritu de penitencia y mortificación.

Volvió de su trabajo pasadas las tres de la tarde. Comía rápidamente y se entregaba a los trabajos de la administración

económica de la Obra y de la Residencia, en colaboración con la Abuela y Tía Carmen. Había confeccionado un fichero con los cálculos de diferentes menús de comida por cabeza: tantos gramos de arroz, o de lentejas, o de lo que fuera, por residente, a tanto sale cada plato. Había comenzado en la España de la posguerra la época de la escasez de alimentos, y resultaba muy difícil dar una «comida sana y abundante» a los residentes de Jenner. También faltaban otros artículos de consumo doméstico, o eran de baja calidad, pues a las consecuencias de la guerra española se sumaban las de la segunda guerra mundial: no se podían importar. Eran los tiempos que más adelante llamó Juan Jiménez Vargas, con buen humor, «la época anterior al subdesarrollo». La Abuela, Tía Carmen e Isidoro superaron esas penurias con esfuerzo, habilidad y elegancia.

Hay detalles de Isidoro que recuerdo con especial relieve. Entre ellos, algunas expresiones que denotan la delicadeza por vivir el desprendimiento aun en detalles mínimos. Por ejemplo, sabía evitar siempre decir que algo era suyo. Para ello empleaba fórmulas variadas, como «esta pluma que uso», para no decir «mi pluma». O «la habitación donde dormo», en vez de «mi habitación», etc. Me da la impresión de que no fallaba nunca, lo cual denotaba un hábito adquirido tras el esfuerzo continuado.

### **Paseos con «tío Isidoro»**

Aproximadamente al cabo de una semana de residir en Jenner, estaba yo un día en un pasillo preparando una bandeja de cerámica para colgarla en la pared como pieza decorativa. Serían las cuatro y pico de la tarde. Pasó el Padre, se detuvo y me preguntó: —*Pepe, ¿cuándo sales a la calle?* Probablemente me habría encontrado algo pálido. Me quedé pensando en la respuesta: algunos días solía ir a una ferretería situada cerca, en la glorieta de Chamberí, donde me surtía de los medios necesarios para mi encargo: clavos y tornillos, cinta aislante, interruptores, bombillas, etc. El Padre no esperó. Me dijo sin más dilación algo muy parecido a lo siguiente: — *Tienes que salir todos los días a tomar el aire y darte un paseo. Pero no a estas horas* —aquellos eran días en que se hacían sentir en toda su intensidad esas oleadas de calor en Madrid, típicas de principios de agosto-, *sino a la caída de la tarde» cuando el sol no esté tan fuerte.* Añadió algunas pocas frases más que no recuerdo y se marchó.

Pasados unos minutos se acercó Isidoro y me propuso salir todos los días a dar un paseo a la caída de la tarde, cuando el sol no estuviera tan fuerte. Eran unas palabras muy parecidas a las que me había dicho el Padre. No cabía duda de lo sucedido: San Josemaría había encontrado conveniente que Isidoro hiciera lo mismo. Y en efecto, comenzamos a poner por obra lo indicado.

Solíamos dar un paseo más bien corto. Nos citábamos a una hora en



el cuarto de la Abuela. Naturalmente yo acudía unos minutos antes y esperaba. Isidoro me conducía cada día a alguno de los lugares donde el Padre había comenzado su labor con hombres jóvenes: la chocolatería «el Sotanillo», el local de la Academia DYA, Ferraz, etc. Me explicaba la historia del sitio adonde nos dirigíamos y, de paso, me transmitía enseñanzas de nuestro Fundador al hilo de nuestras conversaciones. Tras el breve paseo regresábamos un rato antes de la cena.

### «Hacer de todo el día una Misa»

Un día, cuando llegué al sitio habitual de cita, me dijo la Abuela, con cara sonriente:

-Ha venido tu tío Isidoro y ha dicho que hoy se retrasará algo porque le ha salido un trabajo imprevisto; pero que le esperes, pues de todos modos saldréis.

Y nos echamos a reír. Realmente parecían los paseos de tío y sobrino, pues Isidoro, que tenía 38 años, me doblaba con holgura la edad.

Aquellos paseos con «tío Isidoro» debieron de durar unos diez días, pues, como referiré, otras circunstancias los interrumpieron. Durante ellos Isidoro me explicaba muchas cosas acerca de la Obra. Una tarde, caminando por las calles de Madrid, me exponía la enseñanza del Padre acerca de la Santa Misa como centro y raíz de la vida interior. Isidoro me hablaba de cómo conseguir que todo el día girara en torno a la Eucaristía, de *hacer de todo el día una Misa*, en frase de San Josemaría. Para mí estas explicaciones de Isidoro eran descubrimientos, dados los pocos meses que llevaba en la Obra. En los tiempos que siguieron pude oír, repetidas veces y directamente de labios del Padre, las mismas explicaciones que antes había escuchado de Isidoro, y que se pueden condensar en aquellas palabras que dejó escritas en *Forja*, n. 69: *Lucha para conseguir que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro y la raíz de tu vida interior, de modo que toda la jornada se convierta en un acto de culto —prolongación de la Misa que has oído y preparación para la siguiente—, que se va desbordando en jaculatorias, en visitas al Santísimo, en ofrecimiento de tu trabajo profesional y de tu vida familiar.*<sup>54</sup>

Unos treinta y cinco años más tarde, el Concilio Vaticano II enseñaba, con su autoridad, por ejemplo, que «la Liturgia es la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»<sup>55</sup>, y, también, que «la Synaxis Eucarística» [la santa Misa] es el centro de toda la congregación de los fieles (...). Los presbíteros, consiguientemente, enseñan a fondo a los fieles a ofrecer a Dios Padre la Víctima divina en el sacrificio de la

<sup>54</sup> Y que le habían llevado a concluir en Camino, nº33: Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! ("Nuestra" Misa, Jesús...).

<sup>55</sup> *Constitución IISacrosanctum Concilium*, n. 10.

Misa y a hacer juntamente con ella la oblación de su propia vida»<sup>56</sup>. Al leer estas y otras afirmaciones del Concilio Vaticano II no podía por menos de acordarme de las enseñanzas escuchadas más de veinte años antes de la boca de nuestro queridísimo Fundador.

**«Si somos fieles, pronto iremos al extranjero»**

Otro día, mientras paseábamos por una ancha acera delante de Nuevos Ministerios, me comunicó:

-Ha dicho el Padre que *si somos fieles, pronto iremos al extranjero*.

Hoy la frase puede parecer intrascendente, entre otras cosas, porque ahora es normal que los estudiantes hagan viajes a otros países con toda facilidad. Pero si nos remontamos a aquellas fechas, ofrecía un horizonte realmente nuevo. A causa de la guerra mundial era muy difícil obtener visados: había que justificar infinidad de preguntas, esperar incluso meses y el asunto era todavía mucho más difícil si se trataba de un permiso de residencia. Igualmente resultaba muy laborioso obtener el visado de salida si el solicitante estaba en edad militar, como ocurría con gran parte de los fieles de la Obra. Pero al Padre no le detenían las dificultades. Obviamente, la noticia que me acababa de dar Isidoro constituía un gran aliciente. No se trataba sólo de la expansión por las diversas provincias españolas, sino de comenzar a poner en práctica la dimensión universal del Opus Dei, que era una nota esencial desde su nacimiento.

Muchas veces me he acordado de aquellas palabras del Padre transmitidas por Isidoro. Una de esas ocasiones, hace no mucho, fue una noche de agosto de 1990 en la terraza de la hospedería para peregrinos «Notre-Dame» en Jerusalén. Después de cenar estábamos en tranquila tertulia -aunque acababa de estallar la guerra del Golfo Pérsico con la invasión de Kuwait por la tropas iraquíes- los seis siguientes interlocutores del Opus Dei: Albert Stetnort (nacido en Costa Rica de padres alemanes), Francisco Varo (español, de Córdoba), Gervais Kpan (de Costa de Marfil), Barry Cole (inglés), Miguel Angel Tábet (de Venezuela, de padres libaneses) y yo. Alberto y Barry vivían en Jerusalén desde hacía un año, donde habían comenzado la labor de la Obra. Los otros pasábamos unos meses por razón de nuestros estudios e investigaciones. En cierto momento, al ver la variedad de los allí reunidos, acudieron a mi memoria aquellas palabras: *Si sois fieles, pronto iremos al extranjero*. Y, una vez más, me llené de fe en las palabras de nuestro Fundador, y de agradecimiento a Dios por haberme llamado a la espléndida aventura de la Obra desde mis años mozos.

Otra ocasión ha sido la experimentada por millares de personas el 17 de mayo de 1992, en la beatificación de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer por el Papa Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro, y en la

<sup>56</sup> 'Decreto *tlPresbyterorum Ordinism*, n. 5.

Misa concelebrada de acción de gracias al día siguiente, presidida por Mons. Alvaro del Portillo en el mismo lugar. En ambos actos, una multitud ingente de personas de muchísimos países y de toda condición constituían, en mi recuerdo, una palpable consecuencia del cumplimiento de aquellas palabras del Fundador de la Obra que me había transmitido Isidoro Zorzano el verano de 1940. Para quienes vimos al Opus Dei cuando era pequeño, verlo así de crecido era emocionante.

### **Estudio intenso**

Continuos eran los cuidados de San Josemaría por todos sus hijos. Acabo de mencionar su preocupación por la salud e incluso el buen aspecto de algunos de nosotros, con la indicación de los paseos. Ahora haré referencia a mis estudios.

Llevaríamos unos diez días escasos de paseos, cuando Isidoro y Paco Botella o Vicente Rodríguez Casado -no lo recuerdo bien- me hablaron de la posibilidad de adelantar el séptimo curso del bachillerato y hacer el temido Examen de Estado, todo ello en la convocatoria de septiembre. Faltaba un mes escaso para los exámenes. Por las circunstancias que concurrían no tengo duda de que era una iniciativa del Padre, aunque no me la presentaron expresamente así. El asunto me pareció muy interesante y lo recibí con agrado e, incluso, con entusiasmo, aunque implicaba un notable esfuerzo. Me ayudaron a redactar una instancia al Ministerio de Educación Nacional, que inmediatamente presentamos. Isidoro, Paco y Vicente me hicieron unas pruebas. El resultado fue que tenía una buena base en Letras, pero algunas lagunas en Ciencias. Y comenzó un intenso período de preparación para los exámenes de septiembre que estaban a las puertas. Isidoro fue mi profesor de Ciencias. Después de su retardada comida diaria, íbamos ambos a un cuarto pequeño donde había una pizarra y me explicaba los temas principales de Matemáticas, Física y Química que entraban en los programas de los que debía dar cuenta. La otra parte de la sesión consistía en que yo le expusiera esos temas. Y aquí estaba la prueba para Isidoro. Ya he mencionado cómo él iba un poco corto de sueño por sus madrugones. A ello había que añadir la hora de la clase, el calor del verano madrileño y, finalmente, el tono aburrido de mis exposiciones. Con frecuencia Isidoro era presa del sopor. A mí me daba lástima interrumpirle en sus ligeras cabezadas, hasta que a los muy pocos minutos él se recuperaba del sueño y me reprendía por no haberle espabilado. Yo me excusaba y seguíamos nuestro trabajo, ya sin interrupciones, hasta la hora convenida. Esta situación se repetía no todos los días, pero sí algunos. No hace falta subrayar el esfuerzo y sacrificio que debía representar para Isidoro darme aquellas clases diarias, en medio de sus diversas ocupaciones.

Obviamente, pasaba yo el resto de las jornadas preparando aquellos temas de Ciencias y, por mi cuenta, los demás de Letras, con el

asesoramiento esporádico de Vicente Rodríguez Casado. Las cosas marcharon de este modo durante unas tres semanas, cuando recibí respuesta del Ministerio: la instancia era desestimada, pues había recuperado los tres años de guerra en las convocatorias especiales para revalidar los años cursados en «zona roja» y, por tanto, no se veía motivo para acceder a mi petición. Aunque el Ministerio tenía razón, nos habíamos ilusionado con la idea —pienso que el Padre el primero, por los comentarios que surgieron con motivo de la respuesta a la instancia— de que yo pudiera comenzar los estudios universitarios ya en el curso siguiente. Pero no pudo ser. Me animaron y dejé por unos días el uso preferente de los libros para volver a los alicates, el martillo y las tenazas. Todavía quedaba gran parte del mes de septiembre, antes de comenzar el curso.

### **Alvaro del Portillo y Juan Jiménez Vargas**

Con Alvaro tuve aquel verano un trato frecuente. Solíamos vernos cada semana y tenía con él una conversación en la que le exponía mis planes, propósitos, dificultades, etc. Me daba los consejos, siempre precisos, prácticos, para mejorar en mi vida espiritual y mi comportamiento en general<sup>57</sup>. Naturalmente me explicaba aspectos del espíritu de la Obra, con continuas referencias a lo que había dicho y escrito el Fundador, citando literalmente sus enseñanzas sin titubear, con una prodigiosa memoria que me impresionó desde el principio. Fue una ayuda inestimable en aquellos primeros meses de mi vida en el Opus Dei. Alvaro era siempre comprensivo y, al mismo tiempo, exigente con amabilidad: mezclaba las razones teóricas, alentadoras, con la concreción en los puntos en que debía esforzarme por mejorar o rectificar.

Y atendía también a mi salud física: un día me invitó a hacer algo de deporte, en concreto, a remar en el estanque de El Retiro. Existía un servicio popular de la Delegación de Educación y Descanso del Estado, que alquilaba por una hora, a precio baratísimo -un precio político—, barcas o traineras. Me gustó la propuesta y alquilamos una barca de dos remos. Por mi crianza en Torre vieja, puerto de mar, me consideraba un experto remero. Pero me llevé una sorpresa, pues Alvaro remaba no sólo con más fuerza —era mucho más robusto que yo-, sino también con habilidad. El resultado, para mí inesperado, fue que nuestros rumbos en vez de rectos, eran curvos: él marcaba la parte convexa y yo la cóncava. En cualquier caso, el ejercicio físico y la

<sup>57</sup> Recomienda la Biblia en el *Eclesiástico*, 37,15-16: «Traca a un varón piadoso, de quien conoces que sigue los caminos del Señor, cuyo corazón es semejante al tuyo y te compadecerá si te ve caído. Y permanece firme en lo que resuelvas, porque ninguno será para ti más fiel que él. El alma de ese hombre piadoso ve mejor las cosas que siete centinelas en lo alto de una atalaya. Y en todas ellas ora por ti al Altísimo, para que te dirija por la senda de la verdad». En consonancia con esta experiencia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, de modo espontáneo, como una necesidad obvia, nació en el Opus Dei la costumbre de que los primeros miembros abrieran su alma al Fundador. «Yo no tenía maestro -escribió más tarde San Josemaría-, y fue el Espíritu Santo quien me enseñó». Y Alvaro del Portillo recordaba a este respecto: «Los primeros tomaron voluntariamente -Ubérrimamente- la costumbre de contar al Padre todas sus cosas, de abrir la conciencia de par en par, fuera de la confesión; y, cuando el Padre no estaba, o cuando comenzó a crecer la labor, acudían nuestros primeros hermanos al Director, con la misma apertura de espíritu».

conversación con Alvaro fueron estimulantes.

Por esta causa me apunté al deporte del remo en algunas otras ocasiones, promovidas por Juan Jiménez Vargas. Fueron muy pocas, pero sabrosas. Solíamos ir Juan, algunos de los transeúntes y otros residentes de Jenner. Alquilábamos una trainera de cinco plazas: cuatro remeros y el timonel. Juan era un fiero remando, de modo que en el lado opuesto habían de situarse los dos mejores, pues tiraba más que nadie. Además era incansable. Permanecía la hora sin bajar de intensidad y, cuando alguno mostraba la lógica fatiga, animaba a proseguir el esfuerzo con argumentos variados: era conveniente para la salud forzar algo los músculos y el ritmo del corazón — Juan era especialista en Fisiología Humana—; de otro lado, constituiría incluso una falta de pobreza cristiana desperdiciar aquel breve tiempo mientras el contador del alquiler no paraba. Con tales alicientes, la hora de remo era intensamente exprimida.

## 7

### **La expansión desde Jenner (Otoño de 1940)**

#### **Viajes en tren a provincias**

Con el Padre y los que se iban sumando al Opus Dei, podemos decir que en Jenner 6 se fueron acumulando energías espirituales desde el verano de 1939. Partiendo de allí se habían hecho frecuentes viajes a las principales ciudades del país para extender la labor apostólica. Solían aprovecharse los fines de semana: en los trenes nocturnos del sábado partían de Madrid algunos de los miembros de la Obra. Pasaban el domingo en la ciudad de destino y regresaban el mismo día por la noche, para cumplir sus obligaciones profesionales o asistir a las clases el lunes por la mañana. Don Josemaría Escrivá también hacía con frecuencia viajes rápidos como éstos. De alguno ya he hablado en capítulos anteriores. Todos constituían unas jornadas casi heroicas, pues a la circunstancia de pasar dos noches en tren, generalmente en tercera clase, se añadía que los servicios de ferrocarriles, por aquel entonces, suponían una aventura muy incómoda. Las viejas locomotoras de carbón eran verdaderas máquinas de producir humo y carbonilla, y los vagones, que habían sobrevivido a los destrozos de la guerra, estaban en condiciones lamentables.

Esas condiciones hay que justificarlas, pues los ferrocarriles habían sido objetivo militar de ambos ejércitos durante los tres años de contienda. Por lo demás, el estallido de la segunda guerra mundial hacía imposible importar del extranjero el material que se necesitaba. Todo debía suplirse con la incipiente fabricación o reparación nacional y la producción de carbones de baja calidad. A menudo los trenes se

paraban en cualquier punto del trayecto para que las calderas de las locomotoras tomaran presión y pudieran superar la siguiente cuesta. Pero una cosa ha quedado clara para la historia del Opus Dei de esos años: si no se hubieran realizado aquellas salidas, a pesar de las extremas incomodidades, la expansión se hubiera retrasado mucho, pues las condiciones de viaje tardaron bastante tiempo en ir adquiriendo niveles de confortabilidad.

Aquellas incomodidades eran vividas con alegría, y nadie les daba la más mínima importancia. Formaban parte del conjunto de oración, sacrificios y penitencias, que servían como apoyo a la acción apostólica para que Nuestro Señor concediera sus gracias. Estando reciente todavía el ambiente y el vocabulario de la pasada guerra, se solía llamar «la preparación artillera» a esos medios sobrenaturales que se ponían antes de emprender las aventuras apostólicas (la expresión procedía de las operaciones usuales de las tropas combatientes antes de que la infantería atacara una posición).

Se me ocurre comparar la aludida acumulación de fuerzas espirituales con la supuesta condensación de masa y energía inicial que, según la teoría del *Big-Bang*, dio comienzo al universo en expansión. En efecto, además de las salidas a provincias durante la segunda mitad de 1939 y todo el curso escolar 1939-40, en el verano del cuarenta se abrieron, a partir de quienes vivían en Jenner, tres centros más de la Obra: en Valencia, la Residencia Universitaria de Samaniego; en Madrid, en septiembre, el centro de la calle Martínez Campos nº 15, para la atención apostólica de quienes habían terminado sus estudios; y, en octubre, el chalet de Diego de León, nº 14, esquina a la calle Lagasca.

### **La residencia de Samaniego en Valencia**

Desde el verano del treinta y nueve, la labor apostólica en Valencia había sido muy intensa. Don Josemaría Escrivá predicó varios cursos de retiro espiritual y habló a fondo con bastantes profesionales jóvenes y estudiantes sobre la necesidad de llevar una intensa vida cristiana. De este modo existía ya un buen grupo que había ido pidiendo la admisión en la Obra: José Manuel Casas<sup>58</sup>, Amadeo de Fuenmayor, José Orlandis<sup>59</sup>, Justo Martí, Ismael y Florencio Sánchez Bella, Salvador Moret, Federico Suárez, y algunos más que es seguro se me escapan de la memoria por la sencilla razón de que yo no vivía allí. Y seguían acudiendo otros estudiantes que muy pronto también pedirían ser del Opus Dei, como Emilio Palafox, Vicente Garín, Angel López

<sup>58</sup> José Manuel Casas Torres nació en 1916. Fue uno de los primeros en incorporarse al Opus Dei en Valencia al acabar la guerra civil. Como catedrático de Geografía en la Universidad de Zaragoza, ha realizado importantes investigaciones en la zona pirenaica y ha formado a muchos discípulos en esa rama del saber.

<sup>59</sup> Don José Orlandis Rovira, abogado, nació en Palma de Mallorca en 1918. En 1942 obtuvo la cátedra de Historia del Derecho de la Universidad de Murcia, y luego de la de Zaragoza. Residió en Roma durante buena parte de la segunda guerra mundial, ampliando estudios. Se ordenó sacerdote en 1949. Más tarde fue profesor ordinario y decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra y, después, director del Instituto de Historia de la Iglesia de esta Universidad. Es investigador prolífico sobre Historia del Derecho y de la Iglesia. También ha publicado varios libros de espiritualidad.

Amo, Manuel Botas, etc.

Los frutos apostólicos eran, pues, muy abundantes. El Padre, que había iniciado las gestiones para abrir una residencia de universitarios en Valencia ya en 1936 —gestiones interrumpidas por la guerra-, vio ahora la oportunidad y decidió la ampliación de las actividades de formación cristiana.

Se alquiló una casa antigua, relativamente amplia, que venía a sustituir al pequeño entresuelo de «El Cubil». Éste estaba situado en el número 9 de la calle Samaniego. Cerquísima de allí, en el número 16 de la misma calle, se encontró esa casa mucho más grande. Su estructura era un tanto curiosa, con habitaciones muy desiguales y altos techos en algunas. Por ejemplo, en medio de lo que se habitó como sala de estar, había un pozo auténtico con brocal y agua. Supongo que antes había sido un patio. De todos modos, la nueva casa servía para instalar una modesta residencia de estudiantes, donde comenzar una labor formativa como la desarrollada en Ferraz antes de la guerra civil y en Jenner desde 1939.

Avanzado el verano del cuarenta, marcharon a Valencia Pedro y Amadeo —que acabó sus obligaciones del servicio militar- para instalar la residencia de Samaniego y encargarse de su dirección y subdirección respectivamente. Se había planeado que pudiera funcionar en octubre, y así fue.

### **Los retratos de mis bisabuelos**

Pedro y Amadeo, con los otros de Valencia, hicieron lo imposible para instalar la residencia. Desde luego contaban con muy pocos recursos de toda índole, excepto los sobrenaturales. No pudiendo las mujeres de la Obra encargarse aún de la gestión doméstica, Pedro recurrió a mi antigua aya, Virginia, que había continuado en casa de nuestros padres hasta el final de la guerra. Rondaba los 50 años, de modo que podría tener una cierta experiencia, y por su afecto a la familia y su piedad merecía especial confianza.

Pero no es ése el episodio que quiero ahora recordar, sino el siguiente. Nuestro abuelo Julio, sin duda para premiar de algún modo los buenos oficios de mi hermano durante la guerra, le había regalado dos retratos de sus padres, al óleo, muy buenos y grandes, pintados hacia 1870 y con marcos de la época. El bisabuelo se llamaba también Pedro Casciaro y fue el auténtico inglés, nacido en Gibraltar y educado en Londres. A falta de otros medios para la decoración, Pedro los colocó en la sala de recibir de la residencia de Samaniego. Hacían muy buen *pendant* los muebles de aquella habitación y resolvían el problema de llenar el gran espacio de sus altas paredes.

Lo anecdótico es que meses después, don Julio hizo un viaje a Valencia y fue a ver a Pedro. Mientras le avisaban, lo pasaron a la sala de recibir. Y, naturalmente, se topó con los retratos de sus padres.

Abuelo y nieto conversaron allí muy divertidos, pues don Julio, que tenía bastante sentido del humor, manifestó que había experimentado la sensación de estar casi en su casa. Le cayó bien el *affaire*. Y en esa estancia estuvieron los retratos por un tiempo: yo los vi años después. De lo que no me enteré fue de los comentarios que pudieran hacer los residentes de Samaniego acerca de los retratos de los bisabuelos del director de la residencia.

### **El centro de Martínez Campos**

Ignoro cuándo el Padre dispuso la apertura de un nuevo centro en Madrid donde continuar adecuadamente la labor apostólica que desde años venía haciendo con profesionales jóvenes. Lo cierto es que en septiembre de 1940 unos cuantos residentes de Jenner se trasladaron a un piso, más bien amplio, de la calle Martínez Campos, nº 15 (en la actualidad me parece que es el nº 13). Recuerdo que allá fueron Juan Jiménez, Ricardo Fernández Vallespín, Francisco Botella, Vicente Rodríguez Casado, José Luis Múzquiz y alguno más, entre éstos Alfredo Carrato, que no era de la Obra. Unos ya habían terminado pocos años atrás sus carreras; otros las estrenaban o daban los últimos toques a sus tesis doctorales. Con algunos de los más Jóvenes de Jenner fui bastantes veces para ayudar en la instalación de la casa y para echar una mano en la corrección de las copias de alguna tesis.

San Josemaría iba con frecuencia. Se interesaba directamente por la instalación. Lo vi muchas veces acompañado de Alvaro del Portillo y de José Luis Múzquiz. El centro comenzó rápidamente a servir para su destino y se vio frecuentado por profesionales jóvenes, que ya habían acudido con asiduidad a la antigua Academia DYA o a Ferraz y a Jenner. El Padre comenzó a recibirlos allí. Se puso un letrero en la puerta del piso que decía: Sociedad de Colaboración Intelectual (SOCOIN), de acuerdo con el nombre con que había sido inscrito en el Registro Civil.

Al cabo de meses, a finales de mayo de 1941, en la revista «Qué Pasa», salió un pequeño texto en recuadro, cuyo contenido venía a decir, poco más o menos: «Cuidado con los nuevos herejes: Socoínes, sanmiguelés...» y algunas frases más, breves y confusas ampliaciones de las anteriores. Que yo sepa era la primera vez que se aludía en una publicación a la labor de la Obra. El tono era insultante. El fundador de la revista, Joaquín Pérez Madrigal, un radical de los llamados «jabalíes» por su agresividad durante la Segunda República Española, se había pasado a la extrema derecha al acabar la guerra civil. Este suceso se enmarca en las contradicciones que padeció el Fundador del Opus Dei después de la guerra, que le hicieron sufrir mucho y que soportó con paz, caridad cristiana y visión sobrenatural.

Entonces, como a lo largo de toda su vida, San Josemaría pidió a Dios por los que le calumniaban, a él y a la Obra, llevando a la



práctica la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo: «Haced bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen y rogad por los que os calumnian».<sup>60</sup>

Este centro ya no existe. Le sucedió en su actividad otro más amplio, en la calle Villanueva, nº 15 (también cambiado después en nº 13 por reorganización municipal). Permanece todavía, siendo uno de los más antiguos de Madrid. En él residieron algunos de los que habían vivido en Martínez Campos, que tuvieron la suerte de que San Josemaría lo visitara muchísimas veces y celebrara en él la Santa Misa.

Dio la coincidencia de que en el mismo inmueble de Martínez Campos vivía la familia del actual Obispo Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, entonces todavía niño.

### **Diego de León, 14**

Pero en Jenner quedaba todavía mucha actividad para la cual la Residencia no reunía condiciones, sobre todo por el desarrollo de la Obra en el año y pico que había transcurrido desde el final de la guerra. Era necesario añadir otro lugar apropiado para dos finalidades que el Padre veía claramente urgentes: una, instalar la sede para el gobierno del Opus Dei; la otra, tener un sitio idóneo donde atender mejor a la formación de los más jóvenes en el Opus Dei. En octubre de 1940 se hizo el traslado de algunos muebles desde Jenner a un chalet de la calle Diego de León, número 14, propiedad de los herederos del Marqués de Donadío.

Allí fueron a vivir: el Padre, la Abuela, Tía Carmen, Tío Santiago, Alvaro del Portillo, Isidoro Zorzano, José Orlandis y muy pocos más. Recuerdo haber visto el recibo de alquiler de uno de los primeros meses: estaba a nombre de Isidoro.

Entre los muebles trasladados desde Jenner recuerdo los del comedor de invitados, que pasó a ser el comedor ordinario. Se añadieron otros muchos que eran de la Abuela, de las familias de algunos de la Obra, y de la antigua casa de mis padres en Albacete. Entre estos últimos podrían mencionarse los que desde entonces se encuentran en el vestíbulo que hay Junto al oratorio, el tresillo y varias sillas haciendo juego que se instalaron en el dormitorio y cuarto de estar de la Abuela y Tía Carmen; la mesa de escritorio del primer despacho de trabajo del Padre, una armadura y unas espadas tagalas, que mi hermano Pedro había comprado en subasta en Albacete a don Jorge B.<sup>61</sup>, etc. Pero aquello era insuficiente para la instalación de toda la casa; se fue completando poco a poco con compras de muebles, principalmente de ocasión, según las necesidades más urgentes. Se instaló una oficina, con armarios para archivar el escaso material de

<sup>60</sup> Lc 6, 27b-28.

<sup>61</sup> Véase Pedro Casciaro, *Soñad y os quedaréis cortos*, cit., pp. 158-164.

gobierno del Opus Dei y con una mesa grande, rodeada de una sillería. A esta habitación, que servía también de sala de juntas del Padre y su Consejo, solíamos llamarla «Secretaría».

La Abuela y Tía Carmen se encargaron nuevamente de dirigir las tareas domésticas. Lo fundamental del oratorio, a excepción del retablo, se acabó de montar para la Misa de Gallo del cuarenta. Isidoro y un electricista estuvieron trabajando hasta poco antes de la Misa en la colocación de las lámparas. Pero, como he dicho, al oratorio le faltaba el retablo, que estaba encargado al taller de los hermanos Albareda, aragoneses. El 23 de febrero de 1941, con ocasión de la Santa Misa celebrada por el Obispo de Vitoria Mons. Javier de Lauzurica, quedó definitivamente el Señor en el Sagrario.

Por fin, en 1942 llegó el retablo y se instaló. Era apaisado, con seis cuadros, tres representando a los Arcángeles San Miguel, San Gabriel y San Rafael, y otros tres a los Apóstoles San Pedro, San Pablo y San Juan. En el centro, otro cuadro mayor con una imagen sedente de Nuestra Señora. La obra de los artistas aragoneses cumplía bien sus fines y movía a piedad. Gustó al Padre y a los demás. De todos modos, Fernando Delapiente retocó la cara de la Virgen e hizo nueva la de San Gabriel. Todavía continúa en su sitio.

En el curso 1940-41 no funcionó la calefacción, porque exigía reparaciones para las que no se disponía de dinero y tampoco lo había para su mantenimiento. El invierno del cuarenta al cuarenta y uno fue especialmente riguroso. Las habitaciones de las plantas baja y primera -las dos principales del hotelito- eran de techos muy altos, lo que añadía dificultades para su calentamiento. Los que fueron a vivir tuvieron que pasar muchísimo frío.

### **La sonrisa de Alvaro del Portillo**

Los que vivíamos en Jenner íbamos con frecuencia a Diego de León. Allí nos cruzábamos, entre otros, con Alvaro del Portillo, que desde poco después de la guerra era Secretario General de la Obra. Recuerdo que no dejaba de fijar la mirada cuando se cruzaba con nosotros. No faltaba nunca la sonrisa de Alvaro, franca, llena de cariño, que comunicaba gozo y paz. Constituía como una nota constante ya desde aquellos tiempos, que nunca más le abandonó.

Posteriormente, en los primeros años cincuenta, tuve nueva oportunidad de encontrarme con él muchas veces en Roma, en el Colegio Romano de la Santa Cruz. Don Alvaro continuaba siempre con su sonrisa al vernos. No cabe duda de que era como una manifestación externa, indisimulable, de su auténtico afecto. Pero esa virtud estaba asentada en la reciedumbre y la fortaleza. A mi me reprendió varias veces a lo largo de los años con claridad y caridad. Podría contar algunas de esas reprensiones y correcciones fraternas, pero me obligaría a dar saltos cronológicos de varios años, que

interrumpirían el hilo de la presente narración. Don Alvaro corregía siempre que era necesario, sin dejar pasar el defecto y sin perder nunca el tono sobrenatural y cariñoso: uno quedaba, a la vez, bien apercibido, pero contento y con gratitud.

### **La correspondencia**

Los que disponíamos de más tiempo libre teníamos algunas otras pequeñas y esporádicas ocupaciones en Diego de León. Una de ellas me era particularmente agradable. Solía encargárnosla normalmente Alvaro o José Luis Múzquiz. Se trataba de escribir a los centros de la Obra, repartidos por unas pocas ciudades españolas, contando algunas novedades: anécdotas de la vida en Jenner, breves resúmenes de alguna meditación de nuestro Fundador, noticias que nos llegaban de otras ciudades relativas al desarrollo de las actividades apostólicas...

Eran, en suma, cartas como las que se escriben entre los miembros de cualquier familia. Solíamos dejar en blanco una cara de cuartilla para que Alvaro o José Luis, o el mismo Padre, pusieran al final unas letras más sustanciosas. No constituían una novedad en la historia de la Obra: la correspondencia se había practicado desde los comienzos, no sólo entre los fieles del Opus Dei, sino entre todos los que de una u otra manera participaban de las labores de formación cristiana que se había venido impartiendo desde la Residencia de Ferraz, o durante la guerra civil española<sup>62</sup>. Esas cartas contribuían a mantener la cohesión y amistad entre todos, y a que se viviera a fondo el dogma cristiano de la Comunión de los Santos:

*Hijo: ¡qué bien viviste la Comunión de los Santos, cuando me escribías: «ayer «sentí» que pedía usted por mí» (Camino, n. 546).*

*Otro que sabe de esa «comunicación» de bienes sobrenaturales, me dice: «la carta me ha hecho mucho bien: ¡se conoce que viene impregnada de las oraciones de todos!... y yo necesito mucho que recen por mí» (Camino, n. 547).*

En reciprocidad, en reuniones familiares en Jenner o en Diego de León, leíamos noticias que escribían desde Valladolid, Valencia, Barcelona o Zaragoza, o desde otros puntos de la Península. Tampoco después ha dejado de practicarse esa correspondencia, acomodada al desarrollo numérico y geográfico de la actualidad.

Mientras me ocupaba en la correspondencia y otros trabajillos de secretaría, me impresionaba el intenso ritmo de trabajo de José Luis Múzquiz: no perdía minuto. Hablaba lo preciso, sin entretenerse en temas que no tuvieran que ver directamente con el trabajo concreto encargado. En cambio, no tenía prisa cuando se trataba de la labor apostólica o de aclararnos aspectos del espíritu de la Obra. Nunca mostraba deseo de descansar, o de hacer deporte, o de dar un paseo, a

<sup>62</sup> Cfr., por ejemplo, Pedro Casciaro, *Ibid.*, pp. 153-156.

no ser para hablar con algún muchacho con el fin de ayudarlo a profundizar en su responsabilidad como cristiano y de sus posibilidades de hacer apostolado entre sus amigos y colegas.

### **Caridad y cariño**

Estas cartas familiares son uno de tantos reflejos del calor humano y sobrenatural que el Padre infundió en el Opus Dei, no sin un específico carisma fundacional. San Josemaría fue un hombre que sabía amar. Esto quiere decir que amaba con toda la hondura de un amor sobrenatural y humano al mismo tiempo.

En una meditación de aquellos meses le oí predicar algo que se me quedó grabado. Se refería a la historia de una mujer joven, enferma, cuidada por unas buenas religiosas. Cuando un sacerdote fue a visitarla para atender espiritualmente su alma le preguntó cómo se encontraba. Ella respondió que bien, que estaba muy bien atendida y que no le faltaba nada, pero añadió: «Aquí me tratan con caridad, pero mi madre me trataba con cariño». El Padre tomó pie de esta pequeña historia para explicarnos cómo era nuestra fraternidad en la Obra: llena de amor sobrenatural, de caridad, pero empapada de cariño humano, cariño verdadero, sacrificado, sin gazmoñerías, pero que sale del corazón, que está en los detalles grandes y pequeños, que trasluce el calor al mismo tiempo fraternal, paternal y materno. Tal amor divino-humano configura no sólo la convivencia entre los miembros de la Obra, sino que les da el colorido, la alegría de vivir, la confianza en el arropamiento de los demás, cuando uno se siente necesitado; evitando siempre delicadamente las intromisiones en el terreno de la profesión, de exclusiva responsabilidad personal.

Desde luego esta manera de entender y de practicar la fraternidad me causó honda sensación de seguridad junto al Padre y mis hermanos, desde la primera hora hasta el momento en que escribo estas cuartillas. Se vivió en los comienzos de la Obra, al calor de la presencia física del Padre, y se sigue viviendo al calor de su legado espiritual y humano, en algo que constituye como una herencia familiar. Pero tal sensación no es ciertamente sólo mía, sino que ha sido percibida por quienes han tratado directamente a San Josemaría y a sus hijos espirituales. Es lo que, por ejemplo, le ocurrió a mi madre con «los amigos de Pedro».

### **La alegría junto al Fundador del Opus Dei**

La alegría de don Josemaría Escrivá y de los miembros de la Obra también me impresionó profundamente desde mi primer contacto con el Opus Dei. Lo que yo observaba no era algo meramente natural. San Josemaría había dejado escrito: *La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los*

*brazos amorosos de nuestro Padre-Dios.*<sup>63</sup> Muchísimas veces, entonces y después, le oí al Fundador de la Obra una frase breve, que resume la raíz más honda de la alegría: *Que estén tristes los que no saben que son hijos de Dios.*

San Josemaría, como consta por las investigaciones biográficas realizadas, fue un hombre alegre desde los primeros tiempos en que sintió que Dios le pedía algo —y él era generosísimo en no negarle nada de lo que le pedía-. Su persona rebosaba y contagiaba esa alegría sobrenatural. Estar cerca de él, convivir en tertulias, escuchar su predicación era siempre estimulante. Fue muy exigente en el cumplimiento de las virtudes cristianas, pero esa exigencia estaba impregnada de humanidad y de buen humor. Cuantos le han tratado testimonian que se pasaba muy bien junto a él, al mismo tiempo que se profundizaba en las urgencias de la lucha por la santificación cristiana, no sólo en un plano general y teórico, sino a la hora de la aplicación al detalle concreto de cada Jornada, de cada momento. En medio de las contradicciones que Dios quiso que padeciera para forjar reciamente su alma, Josemaría Escrivá era un hombre a la vez profundo, serio y divertido, porque vivía en cada instante de la fe y del amor de Dios. Entre los muchos carismas sobrenaturales que Dios le concedió, estaba también su buen humor y su gracia humana al decir las cosas.

#### **«Pepe, te estás poniendo como una canica»**

Se me viene a la memoria una pequeña anécdota de casi diez años después del tiempo que estoy narrando: ocurrió a comienzos de 1952, no muchos meses después de mi ordenación sacerdotal. Hacía poco que había llegado yo a Roma y, a mis 28 años, tenía lo que se dice un buen apetito. La *pasta asciutta* cocinada en diversas formas, desde los *spaghetti* hasta los *maccheroni* base de la alimentación en Italia, me engordó ostensiblemente, de modo que la sotana, confeccionada meses antes, resaltaba la «curva de la felicidad».

En un momento en que me encontraba de pie, frente al Padre, me dijo con tono Jovial: *Pepe, te estás poniendo como una canica*. De manera amable, con buen humor, no dejaba de ser una advertencia clara de que moderara mi apetito, en otras palabras, que viviera mejor la templanza en la comida.

Tal alegría sobrenatural no fue patrimonio de unos años ya pasados, sino que sigue vigente, después de más de sesenta y cinco años del nacimiento de la Obra, y tenemos la firme esperanza de que, con la gracia de Dios, seguirá calentando serenamente los corazones de tantos hombres y mujeres que sigan la enseñanza de San Josemaría: *Quiero que estés siempre contento, porque la alegría es parte integrante de tu camino. -Pide esa misma alegría sobrenatural para*

<sup>63</sup> *Camino*, n. 659.

*todos.*<sup>64</sup>

Varias veces oí decir a San Josemaría, explicando el ámbito sin límites de la alegría sobrenatural, esta frase más o menos al pie de la letra: *Padre, y si me abren la cabeza, ¿también tendré que estar alegre? -Sí, hijo mío, también, porque entonces es señal de que Dios quiere que la lleves abierta.*

Sobre la alegría que me impresionó tanto al tratar al Fundador y a los primeros de la Obra he reflexionado después algunas veces. La encuentro en perfecta sintonía con lo que sabemos de los primeros seguidores de Jesucristo, tal como San Lucas nos la describe en el libro de los *Hechos delos Apóstoles*,<sup>65</sup> y con los escritos cristianos de comienzos del siglo II. Recuerdo, entre éstos, por citar uno sólo, el *Pastor de Hermas*, A lo largo de este libro corre un aire de alegría que brota del personaje principal y de todos cuantos integran sus visiones. Es más, tal júbilo acompaña, precisamente, a Hermas tras su conversión y su lucha sincera por perseverar y adelantar en el ejercicio de las virtudes, no obstante sus debilidades.<sup>66</sup>

### **La devoción a la Santísima Virgen**

Otra de las impresiones hondas que recuerdo haber tenido desde mi llegada a Jenner fue la devoción y el amor de San Josemaría por Nuestra Señora. Como en todas las familias cristianas, mi madre me había enseñado, desde muy niño, a rezar a la Santísima Virgen y acudir a Ella en mis necesidades. No obstante, yo no había captado el fondo de la piedad mariana. Recuerdo con mucha gratitud que cuando llegué a Calatayud a comienzos de mayo de 1939 y estuve interno en el Colegio de los Hermanos Maristas, me beneficié de la celebración del Mes de María. En aquel colegio, en la capilla, al terminar las clases de la tarde, se tenía una Exposición del Santísimo con rezo del Rosario y Salve. Día a día me fue penetrando entrañablemente aquella piedad de los Hermanos y de mis compañeros de colegio. Quizá la gracia divina me iba preparando para recibir en mi alma gracias posteriores. Sin embargo no fui muy perseverante en practicar lo que me habían enseñado mi madre y los Maristas.

Pero desde el verano de 1940, la enseñanza constante del Padre acerca de la vida de piedad mariana y su ejemplo ya hicieron cambiar mi actitud negligente. Muchas veces nos repitió el Fundador de la

<sup>64</sup> *Camino*, n. 665.

<sup>65</sup> Cfr, por eJ. *Act* 2,46-47: «Todos los días acudían al Templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón».- *Act* 5,41: «Ellos [los Apóstoles] salían gozosos de la presencia del Sanedrín, porque habían sido dignos de ser ultrajados a causa del Nombre». *Act* 8,39: «Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y no le vio más el eunuco, que siguió su camino con alegría».

<sup>66</sup> Cfr, por eJ., *El Pastor de Hermas*, Visión I, 2,3-: «Y díjome: -¿Cómo estás triste, Hermas? Tú, el paciente y manso, el que está siempre risueño, ¿cómo tienes esa cara de pena y no estás alegre? -Y yo le respondí: Por culpa de una mujer muy buena [la Iglesia], que dice que he pecado contra ella. - Y ella me dijo: ¡En manera cosa tal se corresponde con un siervo de Dios!». Cfr también *P. de Hermas*, todo el Mandamiento Décimo; de él podemos entresacar algunas enseñanzas, como: «Eres un insensato, hombre. ¿No comprendes que la tristeza es el peor de todos los espíritus y el más terrible para los siervos de Dios? No hay espíritu que como ella corrompa al hombre y así expulse al Espíritu Santo», etc.

Obra: *No quiero que me imitéis sino en el amor que tengo a nuestra Señora*. Entre las normas de piedad que nuestro Fundador nos impulsaba a practicar estaba el rezo del Santo Rosario. En Teología siempre se ha dicho que los hábitos se adquieren por la repetición de actos. Y esto es lo que, sin duda, iba ocurriendo silenciosamente dentro de mi alma. Una lectura por los escritos de San Josemaría muestra hasta qué punto vivía él continuamente en presencia de Santa María y deseaba que todos tuvieran a Santa María también constantemente en cuenta en sus vidas. Pero aquí sólo pretendo dejar constancia del impacto que me produjo, desde el principio de estar cerca de él, su devoción mariana, recia y tierna a la vez.

## 8

### **Recuerdos entrañables (Invierno de 1940-41)**

#### **Comienzos del curso 1940-41**

El horizonte apostólico en Madrid se había dilatado notablemente respecto del curso anterior. En la residencia de Jenner habían quedado bastantes plazas libres con la apertura de las dos nuevas sedes de Martínez Campos y Diego de León. Recuerdo algunos de los contenidos del folleto que se editó para dar a conocer la residencia y cubrir las vacantes. En él se indicaban algunas características y datos: Pensión mensual completa = 320 ptas., más un aumento transitorio del 15%.— «En esta Residencia no caben los vagos ni los perezosos...». Y se hablaba de ambiente de familia, de estudio, de libertad y de «comida sana y abundante». Allí permanecíamos, de un lado, los más antiguos, de otro los más jóvenes, los estudiantes; y el tercer grupo, formado por un elevado número de nuevos residentes, hasta completar las plazas disponibles.

Entre los veteranos recuerdo al director. Justo Martí, a Emiliano Amann, Carlos Arencibia, Angel Galíndez, Francisco Ponz, Jesús Larralde, Juan Antonio Galarraga, etc. Había también muchos nuevos, en gran parte del País Vasco: Rafael Amann (hermano de Emiliano), Félix Ifiguez de Onzono, Javier Domínguez Marroquín, José Luis Saracho, Ignacio de Orbegozo...; de otras regiones procedían Vicente Mortes Alfonso, Bernardo García, Francisco Martínez y Magín Ferrer (los cuatro de la región levantina), Luis Fe-driani (de Sevilla), Alberto Frutos, José Ramón Madurga, Alfonso Villuendas e Ignacio Ducay (los cuatro de Zaragoza), Manuel Lancero (asturiano), y otros muchos cuyos nombres se me escapan a la vuelta de los años.

Sin la presencia física del Padre y de los mayores, intentamos que el ambiente fuera el mismo, cosa que no nos parecía fácil. Con la apertura de Diego de León 14 se hizo una redistribución de Jenner. Así, una antigua despensa pasó a ser cuarto de arreglos. En toda

España se agudizaba el período de escasez de alimentos y entró en pleno vigor y rigor la que llegaría a ser célebre cartilla de racionamiento. Con ese documento el Gobierno intentaba hacer más Justa la distribución de los escasos productos nutritivos para que no carecieran de ellos, en la medida de lo posible, los ciudadanos menos acomodados. Se padecían agudamente las consecuencias de la guerra civil, todavía reciente, y de la segunda guerra mundial: era casi imposible la importación de alimentos. Entre las cosas que habían quedado en la antigua despensa encontramos un bote con la etiqueta: «Sucedáneo de la malta». No hace falta explicar que la malta era, a su vez, el sucedáneo del café. No supimos en qué consistía este segundo sucedáneo. Lo que sí sabíamos era cuánto esfuerzo costaba encontrar alimentos y abaratar los precios en aquellos tiempos de pobreza generalizada.

No obstante estas dificultades, se lograba que la actividad en la residencia mantuviera características semejantes a las del período anterior: ambiente de estudio serio, acogedor estilo familiar, atención espiritual a todos los residentes. Como era tradicional desde los tiempos de la residencia de Ferraz, se impartían círculos de formación cristiana y el Padre predicaba algunas meditaciones y hablaba de vez en cuando con cada uno de nosotros. Para celebrar la Santa Misa venía diariamente un capellán. Unas pocas veces la celebró San Josemaría.

Por la penuria general de España, nuestra actividad deportiva se vio reducida casi al fútbol, que practicábamos donde y como podíamos. Jesús Larralde descubrió un descampado cerca del emplazamiento del actual Estadio Santiago Bernabeu. Allí fuimos bastantes veces a jugar. Le llamábamos «el campico Larralde». Entonces esa zona de Madrid estaba medio despoblada. La afición suplía las deficiencias materiales. Otros deportes consistían en remar en el estanque del Redro y en cortas excursiones a pie por los alrededores de Madrid, los días de fiesta. Las excursiones de fin de semana a la Sierra de Guadarrama, ni nos las planteamos aquel año.

### **El Padre y mis estudios en Jenner**

Como el Ministerio había desestimado mi instancia para presentarme a examen del séptimo de bachillerato en septiembre, debía cursarlo en el año académico 1940-41. Ante esa situación cabían varias posibilidades. Una era volver a casa de tío Diego, en Barcelona, que gustosamente correría con mi manutención y estudios, lo cual supondría cierta dependencia de él, condición que no agradaba del todo a mi familia. Otra era cursarlo por libre desde Torrevieja, en casa de mis abuelos paternos. Pero esta opción implicaba un aprovechamiento escolar problemático y un cierto aislamiento. Una tercera posibilidad, acariciada por mi hermano Pedro, era solicitar beca de la Fundación Patriarca Juan de Ribera, en Burjasot (Valencia). Mi buen expediente académico y quizás algunas amistades que darían



informes favorables hacían probable la concesión de la beca. Cuando llegó a conocimiento de San Josemaría que habíamos puesto en marcha esta gestión aconsejó que reconsiderásemos el asunto: el régimen de internado rígido y las exigencias de estudio de la Institución podían no ser lo más adecuado para la libertad personal y para la formación específica en aquellos primeros meses de mi vida en el Opus Dei.

Pedro ponderaba sobre todo las dificultades económicas surgidas tras la guerra, ya que mi padre, exiliado en Oran, no estaba en condiciones de sufragar mis estudios. No sé qué hablarían el Padre y Pedro acerca de todo esto, pero los acontecimientos me hicieron entender después que el Padre, de alguna manera, debió de aconsejar que me quedara en Jenner a terminar el bachillerato y que Pedro, como hermano mayor, corriera con las principales obligaciones respecto del pequeño. Esto significaba, en el fondo, un serio compromiso del Padre mismo respecto a mi situación y una manifestación de la capacidad de gratitud de San Josemaría.

En efecto, yo comprendí más tarde el inmenso agradecimiento por el hecho de que mis padres habían donado sus muebles a la Obra, al enterarse por Pedro de la completa destrucción de la residencia de Ferraz 16. Eran muchos, algunos buenos, pues, además de los que ellos habían conseguido para su casa en Albacete, mi madre había heredado los de sus padres (sus dos hermanos estaban todavía solteros y sin casa), y a mi padre había llegado parte de los de un antiguo piso de mis abuelos en Madrid. Esos enseres habían contribuido a amueblar Jenner y Diego de León, y la biblioteca de mi padre se encontraba ahora en el despacho de nuestro Fundador en Diego de León y otros sitios de la casa.

La proyectada temporadita que iba a pasar en Madrid junto a Pedro, durante el verano del cuarenta, se iba a prolongar de este modo, al menos por ocho meses, lo cual me agradaba, pues suponía estar cerca del Padre, en el corazón de la Obra. Me encontraba, sin embargo, como único estudiante de bachillerato en medio de universitarios, pero la verdad es que esa circunstancia no me produjo serios complejos.

### **Final del bachillerato en el Instituto Ramiro de Maeztu**

El año académico 1940-41 lo hice como alumno oficial del Instituto Nacional Ramiro de Maeztu, en el séptimo y último curso del bachillerato de entonces. Pedro, que había dado clases en dicho Centro durante el curso treinta y nueve al cuarenta, hizo las gestiones pertinentes para mi admisión. Me encontré con un nivel escolar y humano muy selecto, tanto por el profesorado como por los compañeros de clase. Pero pienso que me adapté sin dificultad.

Había excelentes profesores. Viene a mi memoria, en primer lugar,

don Tomás Alvira<sup>67</sup>, catedrático de Ciencias Naturales. Tenía unas cualidades pedagógicas excelentes y un trato humano con los alumnos excepcional, sin menoscabo de las exigencias de su difícil asignatura de aquel curso, la Geología —con muchas lecciones de Cristalografía, tratado hartamente áspero si no hubiera sido por las cualidades de don Tomás—, Discípulo y colega del profesor J. M. Albareda, fue también investigador de la Ciencia del Suelo. Don Tomás se dirigía espiritualmente desde hacía años con San Josemaría. Había formado parte del pequeño grupo que se aventuró junto al Padre en el paso por los Pirineos hasta Andorra a fines de 1937. Estaba muy compenetrado con el mensaje espiritual del Opus Dei y sentía, al mismo tiempo, una clara vocación matrimonial, que igualmente el Padre veía para él.

Tomás contrajo matrimonio en 1939. Años después, cuando en el itinerario jurídico de la Obra, la Iglesia abrió la posibilidad de que las personas casadas pudiesen pertenecer al Opus Dei para buscar la santidad en el desempeño de sus obligaciones familiares y profesionales, Dios llamó a la Obra a don Tomás, siendo uno de estos primeros miembros. Y además le concedió la gracia de que su esposa pronto se incorporara también a la Obra, y que seis hijas y dos hijos pidieran asimismo ser admitidos en el Opus Dei. ¡Dios sabe más y hace las cosas mejor de lo que nosotros planeamos!

Otros insignes profesores que tuve en el Ramiro de Maeztu fueron: don Luis Ortiz Muñoz, consumado latinista y director del Instituto, de trato humanísimo con los alumnos; don Lorenzo Vilas, pausado, inteligente y amable, que nos explicaba una asignatura un tanto peculiar del plan de estudios de entonces, mezcla de Química y Física y de iniciación a las ciencias aplicadas a la Industria, el Comercio y la Economía; más tarde fue catedrático de Universidad, me parece que en la Facultad de Farmacia de Madrid, y director general de Enseñanza Media, allá por los finales de la década de los cincuenta. La Historia de la Literatura española nos la explicó el profesor Allué Salvador, cordial y comprensivo, hombre brillante y experto tanto en aquella asignatura como luego en los más altos cargos de las Cajas de Ahorro.

### **Atletismo y deportes**

No me alargaré describiendo a todos los profesores que tuve en aquel curso, pero no quiero omitir al profesor de Gimnasia, el atleta Guevara, antiguo plusmarquista de barra castellana, que además dominaba gran parte de las modalidades del atletismo, especialmente los lanzamientos de disco. Jabalina y peso. Tenía entonces 36 años, y poseía una musculatura y una fuerza física que nos impresionaban.

---

<sup>67</sup> Tomás Alvira nació en 1906. Además de su puesto docente en el Instituto Ramiro de Maeztu, fue investigador de Edafología. Al llegar a la edad de jubilación, se dedicó con entusiasmo y eficiencia a una amplia labor pedagógica en calidad de director de la escuela de Pedagogía de la institución privada Fomento de Centros de Enseñanza. Falleció en Madrid en 1992, con las manos llenas de buenas obras en favor de los demás.

Sobre todo, desplegaba una poderosa fuerza de atracción para el atletismo. Es verdad que mi afición a este rey de los deportes partía de antes, casi de la infancia. Momento relevante había sido la película *Olimpiada*, que vi en una sesión especial para estudiantes, durante mi estancia en Barcelona. Trataba de la Olimpiada de 1936 celebrada en Berlín. Es una de las películas que más me gustaron en mi juventud y más efecto me produjeron. Pero aquella afición, hasta entonces más bien teórica, se convirtió en práctica gracias al adeta Guevara: saltos de longitud y altura, carrera de cien metros lisos —especialidad que me facilitó ser también veloz extremo en el fútbol—, lanzamiento de jabalina y disco fueron las modalidades que más ejercité bajo las orientaciones de Guevara, el gran maestro en atletismo.

Finalmente, aunque no me dio clases, no se puede hablar del Instituto Ramiro de Maeztu en aquellos años sin recordar al otro profesor de Latín, don Antonio Magariños. Era el director de Estudios, cometido que desempeñó con dedicación ejemplar: cuando los alumnos llegábamos corriendo a las clases de la mañana, don Antonio ya estaba en el vestíbulo. A la hora del recreo o deportes, allí se encontraba entre nosotros, accesible en todo momento. Animó el equipo de baloncesto, que entonces se constituyó con los alumnos más altos y hábiles de los últimos cursos. Este deporte llegó a ser muy pronto un elemento importante para mantener el contacto con los antiguos alumnos y el espíritu del Instituto Ramiro de Maeztu: durante años, los más sobresalientes exalumnos en este deporte continuaron jugando en el equipo del Instituto y tomando parte en competiciones de nivel cada vez más alto. Ahí tuvieron su origen el conjunto del «Estudiantes», uno de los más clásicos y prestigiosos de la primera división del baloncesto español y, más tarde, la construcción del polideportivo «Antonio Magariños».

### **Viaje de fin de bachillerato**

Al terminar felizmente el curso, y antes del arriesgado Examen de Estado, durante una semana, los de séptimo hicimos un viaje de final de estudios. Dirigió la expedición el profesor Allué, atento a nosotros, que nos portamos con formalidad quizás por encima de nuestras edades. Visitamos sobre todo Galicia, que yo desconocía por completo. Quedé admirado principalmente de la arquitectura de Santiago de Compostela y del verdor de las tierras y colinas gallegas, en contraste con la sequedad de la Mancha y de las costas de Alicante y Murcia, donde me había criado.

En Galicia pude conectar con los hermanos Alberto y Ramón Taboada, a quienes había conocido en Jenner durante el verano anterior. En el viaje dispuse de una tarde libre. Estuve con ellos haciendo un rato de oración con *Camino* en las afueras de Vigo, con la vista sobre el mar y el monte Castro. Tanto para ellos como para mí, constituyó una estupenda experiencia en una reglón de España donde

todavía no existía ningún centro de la Obra. Ahora puede parecer algo sin relevancia, pero en aquellos momentos, para nosotros era vivir juntos uno de los aspectos de la aventura en que hacía un año nos habíamos embarcado.

### **La instalación de Diego de León**

En el hotelito de la calle de Diego de León no 14 se entró en octubre. Había mucho por hacer en una casa que había sufrido los lógicos descuidos de tres años de guerra. Las preferencias fueron para el oratorio, la habitación de la Abuela y Tía Carmen, la planta baja de recepción, y algunos de los dormitorios. Pronto se echaron encima las fiestas de Navidad. El Padre puso empeño e ilusión para que se terminara lo fundamental del oratorio, de modo que se pudiera celebrar la Santa Misa lo más dignamente posible. El esmero se acentuó cuando se acercó la Misa de Gallo.

A la meditación precedente a la Misa de la noche de Navidad acudimos los pocos que habíamos quedado en Jenner durante las vacaciones y, quizás, también algunos del centro de Martínez Campos. Si no me falla la memoria, el Padre nos dirigió la meditación y celebró la Misa. Al día siguiente volvimos allí muchos de Jenner para asistir a una tertulia familiar y celebrar la Navidad. Aunque a medio instalar, la sede de Diego de León comenzaba a prestar valiosos servicios.

### **Juan Jiménez y los más jóvenes**

El Padre se cuidaba muy especialmente de los más recientes y jóvenes en la Obra. Incluyó en esta designación a unos cuantos que residíamos en Jenner y a otros que vivían en casa de sus padres en Madrid. Varias veces por semana nos juntábamos en Diego de León hacia las seis y media de la tarde. Con idea de combatir el frío, acentuado por la falta de calefacción en la casa, y para contribuir a hacernos más recios, Juan Jiménez Vargas nos concentraba en el jardín a la hora convenida: ¡fuera abrigos, chaquetas, y corbatas! Y una intensa tabla de gimnasia, alternada con rápidas carreras, eran suficientes en pocos minutos, para desentumecer los músculos, activar el corazón y entrar en calor. Terminado el curso, Juan Jiménez, que hacía investigaciones en la ciencia de la Fisiología Humana, publicó un libro sobre gimnasia y ejercicio físico. Quizá sus teorías sobre esa materia debieron de tener cierta confirmación experimental en nosotros y en la buena salud que nos procuró.

Después del intenso ejercicio físico, venía un somero lavado y a merendar. Tía Carmen tenía preparado lo que podía y le dictaban su ingenio y experiencia. Si había sobrado algo de la comida, lo aprovechaba, debidamente reelaborado y con las adiciones pertinentes. La merienda era rápida, tomada generalmente de pie en el comedor grande. Después teníamos una charla de formación sobre algún aspecto del espíritu de la Obra.

Poco antes de las ocho salíamos corriendo hacia Jenner -era cuestión de minutos por las calles casi sin circulación del Madrid de entonces- para estar a tiempo de atender las actividades de formación doctrinal con los estudiantes, que solían concentrarse en la hora y pico anterior a la cena. Allí teníamos organizados bastantes círculos de estudio, a los que acudíamos con residentes y con amigos que deseaban participar en tales medios de formación cristiana. Se completaban con animadas y breves tertulias, donde comentábamos con sentido cristiano las noticias nacionales e internacionales, de modo especial las concernientes a la segunda guerra mundial y las aventuras de la vida estudiantil en las diversas Facultades de la Universidad y Escuelas Superiores.

### **Los ratos con la Abuela y Tía Carmen**

Durante el curso 1940-41, en el Instituto Ramiro de Maeztu terminábamos las clases de gimnasia y deporte, y las prácticas de algunas asignaturas, hacia las cinco de la tarde, y salíamos disparados. De mis colegas de clase, la mayoría castizos madrileños, aprendí pronto el arte de subir y bajar de los tranvías en marcha. Eran modelos antiguos, con plataforma sin puertas. Es más, estaba muy mal visto entre nosotros subir o bajar en la parada, como si se tratase de un prejuicio burgués o de algo afeminado (tales eran los pareceres de aquellos tiempos). Al terminar la tarea en el Instituto miraba si bajaba calle Serrano abajo alguno de aquellos tranvías, y lo tomaba al estilo que había aprendido. Al cruzar por Diego de León, me apeaba por el mismo procedimiento. Si no se veía tranvía, corría calle abajo. De cualquier modo tardaba muy pocos minutos en llegar al número 14 de Diego de León.

Disponía entonces de una hora larga hasta que llegara Juan para la tabla de gimnasia y las carreras por el jardín. Ese tiempo lo aprovechaba para acercarme al cuarto de la Abuela y Tía Carmen y ver si había algún arreglo pendiente. Continuaba así mi oficio del verano en Jenner. A veces podía arreglar la avería allí mismo, cuando se trataba, por ejemplo, de una plancha eléctrica, una máquina de coser o un aparato de luz. Otras veces me acompañaba Carmen a la cocina, al planchero, o a la despensa, donde se encontrara el desperfecto, o donde fuera necesario hacer alguna modificación para instalar algún utensilio. Constituían buenas ocasiones para disfrutar de su trato.

En una ocasión me hice un siete en el pantalón debajo de la rodilla. Acudí inmediatamente a Carmen para enseñarle lo que me había ocurrido. Me dijo:

-Busca rápidamente unos pantalones y tráeme esos que te los arregle. Así lo hice.

Mientras continuábamos con Juan y sus tareas, reconstruyó un

verdadero tejido en el siete, de modo que apenas se notaba, ni siquiera fijándose bien de cerca. Es fácilmente comprensible qué estimulantes me resultaban aquellos pequeños episodios, máxime cuando entonces mi madre se encontraba en Oran, acompañando a mi padre exiliado. Tal vez por esto mismo, la Abuela y Tía Carmen extremaron sus atenciones hacia mí.

### **La muerte de la Abuela**

Aquellos encuentros con la Abuela y Tía Carmen se prolongaron desde octubre hasta días antes del fallecimiento de la Abuela.

La enfermedad fue corta. Más o menos, cuando se acercaba el fin de la primera mitad de abril se le apuntó una gripe. Pasaron unos pocos días y no se recuperaba. Su estado empezó a preocupar, pero no se pensaba que pudiese degenerar en algo grave. Sin embargo, al final empeoró. El médico diagnosticó una neumonía doble, en aquellos tiempos muy peligrosa —no se habían descubierto los antibióticos—. El 20 de abril, el Padre se despidió de la Abuela preocupado por el sesgo de la enfermedad, aunque el médico había desestimado un desenlace fatal. José Orlandis recuerda que al salir del cuarto, San Josemaría dijo a algunos que estaban cerca: *Encuentro a la Abuela mal. Pero están esperando cincuenta sacerdotes y mi obligación es ir a atenderles*<sup>68</sup>.

Y partió para Lérida, donde se había comprometido a dar unos ejercicios espirituales al clero de la diócesis, incluido el Obispo. Sabía del riesgo de la enfermedad, aunque tuviera la esperanza de su recuperación. De todos modos, con el corazón deshecho, dejó a su madre para atender a los sacerdotes, con la resolución, heroicamente aceptada, de que Dios le pedía dar ejemplo, anticiparse, a lo que a lo largo de los tiempos sucedería a no pocos de sus hijos, que por el servicio de Dios y de las almas no podrían estar a la cabecera de sus padres en sus momentos críticos. Esa convicción y resolución se la oí contar más tarde al mismo Padre en intimidad y siempre hondamente conmovido.

Dos días después, el 22, fallecía la Abuela en su habitación. Nos sorprendió a todos. No podíamos pensar que el Señor se la iba a llevar tan repentinamente, pues antes de contraer la gripe, la Abuela se encontraba muy bien. Pero el hecho es que la neumonía en lugar de ceder se agravó y, en cosa de muy pocos días se produjo la crisis. Antes de que lo supiese, en medio de los ejercicios espirituales al clero en Lérida, San Josemaría predicó una meditación sobre la madre del sacerdote, en la que vertió, en bien espiritual de los asistentes, su propia y ajena experiencia. Alvaro del Portillo avisó por teléfono al Padre del fallecimiento de la Abuela.

En una carta de 1956 San Josemaría cuenta aquellos momentos: *En*

---

<sup>68</sup> Cfr José Orlandis, *Años de juventud en el Opus Dei*, Madrid, Ed. Rialp. 4a edic. 1994, p. 126.

*1941, dejé a mi madre muy enferma en Madrid, para ir a Lérida a dar un curso de retiro a sacerdotes diocesanos. No conocía la gravedad, porque los médicos no pensaban en la muerte de mi madre fuera inminente, o que no pudiera curarse. Ofrece tus molestias por esa labor, que voy a hacer pedí a mi madre al despedirme. Asintió, aunque no pudo evitar decir por lo bajo: ¡este hijo! (...). Ya en el seminario de Lérida, donde estaban de retiro los sacerdotes, acudí al Sagrario: Señor, cuida de mi madre, puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes. A mitad de los ejercicios, a mediodía les hice una plática: comenté la labor sobrenatural, el oficio inigualable que compete a la madre junto a su hijo sacerdote. Terminé, y quise quedarme recogido un momento en la capilla. Casi inmediatamente vino con la cara demudada el obispo administrador apostólico, que hacia también los ejercicios, y me dijo: don Alvaro le llama por teléfono. Padre, la Abuela ha muerto, oí a Alvaro. -Volví a la capilla, sin una lágrima. Entendí enseguida que el Señor mi Dios había hecho lo que más convenía: y lloré, como llora un niño, rezando en voz alta -estaba solo con Él- aquella larga jaculatoria, que tantas veces os recomiendo: fiat, adimpleatur, laudetur... iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen. Desde entonces siempre he pensado que el Señor quiso de mi ese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esta labor<sup>69</sup>.*

Velamos a la Abuela con todo el cariño y agradecimiento de que fuimos capaces. Se colocó el féretro en el oratorio de Diego de León. El Padre regresó inmediatamente. Por la dificultad de comunicaciones aceptó el ofrecimiento del automóvil de Juan Antonio Cremades, a la sazón gobernador civil de Lérida, amigo suyo desde los tiempos de estudiantes en la Facultad de Derecho de Zaragoza. Pero el coche tuvo avería y llegó a Madrid hacia las dos de la madrugada del día 23. Por la mañana fuimos pasando a darle el pésame, casi sin palabras. Fueron momentos muy sentidos.

Recuerdo que el Padre nos fue recibiendo en el vestíbulo de acceso al oratorio. Era la primera vez que le veía llorar y también la primera que me dio un abrazo prolongado, largo, como colgándose de mis hombros. Apenas hubo palabras. No hacían falta. No le dije más que ¡Padre! Y él casi nada más que ¡Pepe! ¡La Abuela era tanto, tantísimo, para él y también para cada uno de nosotros...!

En aquellos momentos comprendí mejor que antes hasta dónde llegaba el amor y el corazón del Padre, lo mucho que quería a su madre y lo mucho que nos quería a nosotros, a todos y a cada uno de sus hijos, en los que muy hondamente encontraba el consuelo para su corazón, verdaderamente deshecho. También entendí mejor la entrañable paternidad de nuestro Fundador, y pienso que desde

<sup>69</sup> Beato Josemaría Escrivá, carta de 8 de agosto de 1956.

entonces le quise aún más.

### **El legado de la Abuela**

La Abuela había muerto prematuramente, a los 64 años. La recuerdo con su aspecto lozano: la cara tersa, sin una arruga, tal y como la había conocido dos años antes,- aparentaba menor edad de la que tenía. Siempre la vimos serena, ocupada en las tareas domésticas - en nuestra atención-, amable y cariñosa. Muy agradable conversadora, con gracia en sus dichos y en su habla muy aragoneses; con un fino sentido del humor, siempre lleno de caridad y de interés por todos y cada uno. De acendrada piedad, sin ostentación. Con un criterio certero al juzgar la bondad de las acciones. Eran patentes su vida de fe y su reciedumbre ante las adversidades o ante las simples molestias y dificultades ordinarias de la vida, con una probada capacidad de sacrificio.

El aire de familia propio de los centros del Opus Dei debe mucho a la Abuela y a Tía Carmen. Ellas están en el trasfondo de muchos aspectos y detalles hogareños, que han venido a ser patrimonio de las costumbres de la Obra: comenzaron en el ambiente del hogar paterno del Fundador del Opus Dei, y se continuaron y desarrollaron en la convivencia junto a la Abuela. Su casa de Madrid constituyó el primer lugar donde se iniciaron tradiciones de orden, cuidado por los objetos y muebles del hogar, limpieza, elegancia y sencillez en las formas de comportamiento. Ése es el legado de la Abuela. La queríamos todos muchísimo.

Desde hace años encomiendo a la Abuela las pérdidas de objetos queridos o necesarios. Siempre los he vuelto a encontrar, en circunstancias que parecían imposibles. Sería prolijo escribirlas. Las últimas pérdidas recuperadas han sido el libro de la *Liturgia Horarum* (el Breviario), regalo de Mons. Alvaro del Portillo cuando era Prelado del Opus Dei, y el pasaporte, en vísperas de un viaje al extranjero. El primero, obviamente muy apreciado<sup>70</sup>. El segundo me ocasionaba la cancelación o retraso de un viaje ya organizado, con días y horas de conferencias ya comprometidas. Que el lector haga lo que guste cuando pierda algo querido, pero le sugiero la opción de acudir a Doña Dolores Albas, madre de San Josemaría.

### **La figura de Tía Carmen**

No puedo dejar de describir cómo era Carmen. Poseía una extraordinaria finura y elegancia espiritual y humana. Sin pertenecer a

<sup>70</sup> El lector me excusará si cuento la pérdida del libro de la *Liturgia de las Horas*. Un sábado por la tarde saqué a pasear cerca de Pamplona a mi madre, de unos 87 años. Al regreso, para ayudarle a subir al coche, dejé el libro en la capota y partimos. Por la noche eché de menos el libro. Volví al día siguiente a rastrear el lugar: nada. Pregunté en el pueblecito cercano, Setoain: nada. Fui al siguiente pueblo, Errea. Aquí ya me dieron noticia: uno del pueblo lo había encontrado, pero no regresaría hasta el sábado. Volví y me explicó que en una curva pronunciada vio las huellas extrañas de unas caballerías que se adentraban en una zona de apretada vegetación. Le llamaron la atención, paró el coche y siguió las huellas. A unos metros de la carretera encontró el libro abierto. Pensó que podría ser del sacerdote que había visto antes con su madre, y lo recogió. Inmediatamente después de recogerlo comenzó a llover con fuerza.



la Obra, practicó una entrega generosísima desde que San Josemaría le pidió su colaboración, especialmente al acabar la guerra española. Tal entrega supuso un sacrificio completo de sus planes diarios y a largo plazo. Sabía que, en aquellos años, las mujeres de la Obra no podían encargarse aún de la administración doméstica de los centros por ser todavía escasas en número y porque las viviendas, normalmente alquiladas, no reunían las condiciones razonables de instalación y de separación. Ella, primero junto con la Abuela y después sola, suplió esa tarea, imprescindible para dar el aire de familia querido por Dios para el Opus Dei. Dios premiaba sin duda su sacrificio escondido con un gozo interior que se traslucía por fuera.

Nos quería a todos con un cariño maternal, sin zalamerías, con reciedumbre, estando muy en su sitio. Excelente conversadora, al mismo tiempo que con sobresaliente pericia y capacidad de trabajo y de gobierno doméstico, llegaba a todo y administraba con el afán y economía de una madre de familia numerosa y pobre. Renunció a formar un hogar -tuvo varias y buenas proposiciones de matrimonio— exclusivamente por corresponder a la necesidad que veía, en la presencia de Dios, de ayudar a su hermano Josemaría y por servir a Dios del modo que estimaba mejor. Nunca agradeceremos lo suficiente la ayuda que la Abuela y Tía Carmen prestaron a los hombres y, quizás todavía más, a las mujeres del Opus Dei. Quienes, como yo, tuvimos la suerte de ver esto con nuestros propios ojos no podemos por menos de estar profundamente agradecidos y admirados. A fuer de sincero, confesaré que, desde que murió Tía Carmen en 1957 a ella y a la Abuela las encomiendo por sus nombres junto con mis padres, todos los días en el *memento* de la Santa Misa, aunque estoy persuadido de que no les hacen falta tales sufragios.

### **El trato con San Josemaría**

Durante el curso 1940-41 el trato con San Josemaría se hacía más espaciado que en la época de Jenner cuando vivía junto con nosotros en la Residencia. Pero el sabía dar siempre el tono cariñoso a los esporádicos encuentros personales, muchas veces un mero cruce por un pasillo de Diego de León 14. El Padre siempre nos tenía en cuenta. Quiero decir que no nos dejaba pasar sin dirigirnos la mirada y decirnos alguna cosilla que nos animara a mantener la presencia de Dios y a ofrecer lo que estábamos haciendo o sencillamente, que contribuyera a hacernos amables las circunstancias de la vida. Tenía el don de la ocurrencia inmediata y oportuna, llena de sentido sobrenatural y de gracia humana.

Aunque sucediera unos doce años después de la época que estoy narrando, no me resisto a recordar una divertida anécdota de mi estancia en el Colegio Romano de la Santa Cruz. Debió de ocurrir en 1953. En la sede central de la Prelatura en Roma hay un vestíbulo alargado, llamado «Gallería della Campana». Un día entraba yo por

uno de sus extremos mientras el Padre entraba por el opuesto. Nos íbamos acercando y, al cruzarnos, me dijo, creo que literalmente: - *Pepe, Tú no eres bajo. No vamos a decir que eres alto. Pero no eres bajo, no te preocupes.* Obviamente, estas frases iban acompañadas de la entonación de su voz y de su gesto. Me hicieron mucha gracia porque la tienen y por lo inesperado. Yo podía suponer que me iba a decir qué sé yo, pero no aquello. Mostraban el cariño del Padre por uno de sus hijos y el deseo de animar, aun en las cosas más corrientes y triviales,

### **El sacrificio escondido de Isidoro Zorzano**

Desde mis paseos con Isidoro y sus clases de Ciencias en el verano anterior, lógicamente yo guardaba una gran consideración a Isidoro: ¡cómo había sabido acomodar sus muchos quehaceres a mis necesidades! También me habían llamado la atención otras virtudes, como su desprendimiento, su humildad y su fidelidad al Padre, perceptible de continuo. Isidoro constituía para mí un ejemplo bien cercano y práctico de cómo avanzar en el espíritu del Opus Dei. Quizás por esto me impresionó una cosa que dijo de él nuestro Fundador a dos o tres, en Diego de León, en lo más crudo del invierno de 1940-41. No recuerdo a propósito de qué asunto, nos manifestó discretamente que Isidoro estaba llevando, como mortificación, una gabardina sin forro en vez del abrigo, no obstante la crudeza de aquel invierno y ser muy sensible a los fríos.

Con tales mortificaciones, Isidoro seguía la práctica, plurisecular en la Iglesia, de imitar de algún modo la vida de sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, culminada en la Pasión. Igualmente había captado, con hondo sentido cristiano, la necesidad de hacer penitencia por los propios pecados y por las ofensas a Dios que hacemos las criaturas humanas. Pero, naturalmente, aquella era una de las múltiples mortificaciones y sacrificios de Isidoro que yo iba descubriendo. Me di cuenta entonces de otras. Había observado su indefectible orden durante el verano anterior: cómo siempre, sin fallar ningún día, Isidoro dejaba la habitación primorosamente limpia, ventilada, con la cama turca hecha, en fin, todo en perfecto orden. Del Fundador de la Obra había aprendido muy directamente a hacer, con perfección humana y sentido sobrenatural, sacrificadamente, las tareas ordinarias, esto es, a santificarse en el gustoso cumplimiento de los grandes o pequeños quehaceres y obligaciones. Ése es el camino que Isidoro había asimilado bien de la enseñanza teórica y práctica del Padre.

### **Primera aprobación jurídica de la Obra**

El 19 de marzo de 1941 el Opus Dei fue aprobado como Pía Unión por el Obispo de Madrid, don Leopoldo Eijo y Garay. Desde su fundación en 1928, el Padre había contado con la bendición y aprobación del Obispo de esta diócesis, donde había nacido la Obra.

Sabido es que las características esenciales del Opus Dei no encajaban en el Código de Derecho Canónico entonces vigente. El Padre se resistía a que las aprobaciones canónicas pudieran desdibujar tales características propias. Pero ante el desarrollo de la Obra, y las graves calumnias que se propalaban contra San Josemaría y los instrumentos apostólicos que llevaban adelante los fieles del Opus Dei, se hacía cada vez más urgente la necesidad de adquirir una aprobación. Por eso decidió aceptar la aprobación mencionada a instancias del señor Obispo. Sin embargo, para evitar posibles perjuicios posteriores para la forma jurídica definitiva, pidió a don Leopoldo que, al aprobar la Obra, no la erigiera canónicamente, a lo que se avino el señor Obispo, pues comprendió las razones que San Josemaría le había expuesto.

San Josemaría nos llamó a los que estábamos en Madrid para darnos a conocer la aprobación. Acudimos a Diego de León, y nos explicó la significación de aquel paso jurídico. Nos invitó a dar muchas gracias a Dios y a la Iglesia, y de modo particular al Obispo de Madrid. El Padre estaba visiblemente alegre por el acontecimiento.

Me viene a la memoria que algunos de los más jóvenes comentamos a la salida que aquello debía de tener su importancia por la alegría del Padre y por lo que nos había explicado. Pero a nosotros nos parecía muy lógico y natural eso que había hecho nuestra Madre la Iglesia por nosotros, que nos habíamos entregado a Dios para ponerle en el centro de nuestro trabajo profesional, en la entraña de todos los afanes nobles de los hombres. Más tarde me fui dando cuenta de la insensatez de tal reacción, comprensible por nuestra escasa edad e ignorancia acerca de las cuestiones canónicas; aunque en el fondo, y teniendo en cuenta esas circunstancias, quizás tampoco dejáramos de tener una migaja de razón. Por lo demás, en nuestra existencia en el Opus Dei, ese paso en su itinerario jurídico, como los demás que con el tiempo irían sucediendo, no cambiaba en nada los modos de vida, ni las características de la entrega ni de las tareas apostólicas que veníamos realizando.

## 9

### **En plena actividad (Verano y otoño de 1941)**

#### **Haciendo de «cicerone»**

El verano de 1941 en Jenner se presentó diferente del anterior: la Residencia no estaba tan abarrotada, pues los cursos intensivos en la Universidad habían terminado, y no se desarrollaron allí las Semanas de Trabajo. Sin embargo se asemejó en las llegadas, muy frecuentes, de muchos que se habían incorporado al Opus Dei en otras ciudades.

Terminado el séptimo curso del bachillerato y superado el Examen de Estado en julio, estaba en condiciones de atender algunas

actividades que se desarrollaban desde la Residencia de Jenner. Una de ellas ya la había ejercitado el verano anterior, aunque en el de 1941 tuvo un desarrollo mayor: fue la de acompañar a quienes venían a pasar unos días junto al Padre y enseñarles los lugares históricos, donde nuestro Fundador había desarrollado su labor con estudiantes y otros hombres jóvenes antes de la contienda española. Ya mencioné esos sitios más arriba, en el capítulo quinto.

### **La estación de Atocha**

Además de hacer de «cicerone», me ocupé de facilitarles los billetes de ferrocarril para el retorno a sus ciudades. En esa «época anterior al subdesarrollo», había que recurrir a trucos sólo conocidos por los que ya íbamos adquiriendo veteranía en la Villa y Corte. Tal era, por ejemplo, la relación con un cierto individuo que trabajaba en un pequeño negocio particular, un quiosco en el vestíbulo de entrada de la Estación de Atocha donde vendía periódicos y revistas, libros, tabaco y cosas por el estilo. Este hombre gozaba de algunas amistades que le hacían el favor de facilitarle billetes, cuando en la temporada de verano eran muy difíciles de conseguir. Había que ganarse al del pequeño negocio, caerle bien con alguna propinilla de paso, para que la cosa anduviera más fluida. No quiero, obviamente, especificar más detalles. Quizás mi amigo de la entrada de Atocha llegara a pensar que yo también tenía mi pequeño negocio. Como puede suponerse, esta actividad me llevaba bastante tiempo; lo peor es que debía hacer bastantes cuentas y la aritmética no ha sido nunca mi fuerte.

### **Momentos ocasionales con San Josemaría**

Estas ocasiones en las que pude ver al Padre se produjeron sobre todo con motivo de los encargos de oficina en la «Secretaría» de Diego de León, a los que ya hice referencia en el capítulo séptimo<sup>71</sup>.

Otra tarea en la que anduve metido consistía en fichar la biblioteca instalada en Diego de León, que se enriquecía con nuevos volúmenes. Como es de suponer, el trabajo llevaba tiempo, sobre todo a los inexpertos que lo realizábamos, pues nos presentaba frecuentes dudas, aunque de poca monta.

Mientras andábamos en estas actividades era frecuente que viéramos al Padre, momentos que nos llenaban de ilusión, pues siempre tenía alguna palabra de cariño y de orientación para nosotros. Del mismo modo, servir de guía a los transeúntes era también ocasión de estar con el Padre. Él aprovechaba aquellos cortos encuentros con sus hijos para hablarnos, aunque fuese brevemente, de puntos básicos del espíritu de la Obra, a propósito de pequeños episodios, o de lo que le contábamos. Por ejemplo, una puerta cerrada con cierta violencia era motivo para que nos enseñara a poner amor de Dios y cuidado

---

<sup>71</sup> Apartado «La correspondencia».

humano en las acciones más menudas, a través de las cuales se construye la santidad que Dios quiere de nosotros. La anécdota de un encuentro casual la aprovechaba para mostrarnos cómo debíamos tener un punto de mira apostólico hacia todas las personas con las que nos cruzamos en la vida, porque *de cien almas nos interesan las cien*—algunas veces lo dijo—, a todas hay que intentar acercarlas a Cristo. Las incomodidades de los viajes en los trenes de aquellos tiempos eran también ocasión para hablarnos del espíritu de sacrificio, *hecho con alegría y buen humor*, por amor de Dios, con el que debíamos afrontar cualquier dificultad. Lo nuestro es un *ascetismo sonriente*, que nunca nos hace perder el buen humor, *que sabe hacer endecasílabos, poesía heroica, de la prosa de cada día*.

### **El centro de María de Molina**

San Josemaría desplegó, como siempre, gran actividad en Madrid e hizo frecuentes viajes, sobre todo para estar con los nuevos hijos que Dios le iba concediendo para la Obra. En efecto, a lo largo del curso 1940-41, bastantes hombres jóvenes se sumaron a nosotros, y no cabíamos ya en los centros de Madrid. No era suficiente con el centro de Martínez Campos. Había un grupo de profesionales recientes que no tenían sitio allí ni les era apropiada ya la residencia de estudiantes de Jenner. Hacía falta un lugar para ellos. A fines de verano se dispuso uno suficientemente amplio al unir dos viviendas de la misma planta, en un inmueble de reciente construcción, en la calle Núñez de Balboa 115, esquina a María de Molina. A principios del curso 1941-42 estaba ya funcionando. José Orlandis cuenta anécdotas de los comienzos de este centro, que reflejan bien la vida de sus habitantes<sup>72</sup>.

Allí fueron a vivir algunos de los que hacía poco habían acabado sus carreras, como Amadeo de Fuenmayor, José Orlandis, Vicente Rodríguez Casado y Angel López Amo, junto con otros que ya llevaban algo más de vida profesional, como José María González Barredo, Francisco Botella o Rafael Calvo, si no me engaña la memoria. Frecuentó este centro Manuel González-Simancas Lacasa, conocido entonces, entre los que estábamos en Madrid, como Manolo Lacasa. Pronto pediría ser admitido en la Obra y pocos años después terminaría Arquitectura. La sede de María de Molina constituyó, pues, otro punto de ignición, de afán apostólico, en medio de un ambiente de intenso trabajo profesional. Durante el verano se hicieron los preparativos e instalación.

### **El primer Centro de Estudios**

La solicitud de San Josemaría por sus hijos, a impulsos del Espíritu Santo, no tenía límites. Le preocupaba la formación espiritual, apostólica, humana y doctrinal-religiosa de todos aquellos estudiantes jóvenes que se habían ido incorporando a la Obra. En el verano de

<sup>72</sup> Cfr José Orlandis, *Años de juventud en el Opus Dei*, cit. pp. 128-136.

1941 se terminaron de disponer las cosas para que, desde octubre, comenzara a funcionar el primer Centro de Estudios. Su finalidad, como la de todos los que después irían instalándose en los más diversos países del mundo, era ofrecer un período de más intensa formación espiritual, humana y científico-religiosa a los miembros jóvenes del Opus Dei, proporcionarles un conocimiento profundo y práctico de las exigencias de su específico camino vocacional en medio del mundo, y facilitarles el cumplimiento de su misión apostólica. El Padre veía con claridad que nuestra formación filosófico-teológica debía estar, por lo menos, al nivel correspondiente a la formación profesional civil, para vivir -en frase suya- *con piedad de niños y doctrina de teólogos* la fe cristiana, según los designios de Dios.

Para ello quería tenerlos lo más cerca posible, especialmente en ese comienzo. Muchas veces, en años posteriores, he relacionado con ese propósito del Padre las palabras que reporta el Evangelio de San Marcos: «Y eligió [Jesús] a doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar»<sup>73</sup>.

El hotelito de Diego de León parecía reunir las condiciones necesarias para empezar. Además de las plantas primera y segunda — de alguna manera señoriales y aptas para la recepción de visitas, con oratorio, sala de reuniones—oficina, un comedor amplio y otro pequeño para invitados—, disponía de una planta semisótano, grande, donde ubicar cocina, planchero, almacén, etc., para los trabajos de la gestión doméstica, con entrada independiente por la calle Lagasca, n° 116. En una tercera planta, bien iluminada, podían instalarse unos cuantos dormitorios, la mayoría con varias camas, una amplia sala de estar y un aula-biblioteca. Al inmueble se sumaba el pequeño espacio ajardinado, donde habíamos hecho gimnasia dirigidos por Juan Jiménez Vargas. En resumidas cuentas, ofrecía la posibilidad de comenzar la labor de formación profunda de un número aceptable de nuevos miembros de la Obra.

Así, en Diego de León 14, en octubre de 1941, pudieron alojarse los alumnos del primer Centro de Estudios, bien cerca del Padre y con la inestimable asistencia de Tía Carmen para dirigir las labores domésticas de toda la casa. Algunas de las primeras mujeres de la Obra, acudiendo desde fuera a determinadas horas, podían también ayudar a Tía Carmen en la labor, mientras ellas, todas Jóvenes, aprendían de su experiencia cuanto era oportuno para su tarea futura de administrar los centros del Opus Dei, de hombres y de mujeres.

Como alumno de este primer Centro de Estudios estuve en él, pero sólo durante el primer trimestre. Al terminar las Navidades me incorporé de nuevo a Jenner. El Padre nombró director de aquel

---

<sup>73</sup> Mc 3, 14.

Centro de Estudios a mi hermano. Luego conviviría por última vez con Pedro durante los trimestres segundo y tercero del curso 1943-44 en el Colegio Mayor Moncloa de Madrid, donde, de nuevo, él fue también director y yo residente, a mitad de mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. Posteriormente no he coincidido con él en la misma casa, a excepción de días esporádicos en varios lugares.

Por lo mucho que le debo en los planos sobrenatural y humano, me siento movido a trasladar aquí algunos párrafos del fax que me envió el Vicario Regional de la Prelatura en México, a las pocas horas del fallecimiento de Pedro: «México D.F. 24 de marzo de 1995.- Muy querido Pepe: (...) Anoche a las 22:40 se nos fue al Cielo. Poco antes nos encontrábamos muchos en la Basílica de Guadalupe en la Misa por Don Alvaro, que presidía el Cardenal Corripio. Cuando le dije antes de la Misa que Don Pedro estaba muy grave pidió que en la oración de los fieles hiciéramos una mención especial por él. Al terminar la Misa fui deprisa a su casa. Llegué cuando faltaba una hora para que el Señor se lo llevara. Todo ese día se le acompañó con especial cariño, rezando a su lado para confortarle. Aunque estaba poco consciente, oía lo que se le decía. Hacía, por ejemplo, intentos de persignarse cuando le daban la absolución. A partir de las 5 p.m. entró en coma. Tuvo en sus manos en todo ese tiempo un rosario y el crucifijo que le regaló nuestro Fundador cuando pidió la admisión en la Obra, que le acompañó toda su vida y que conservaba como un tesoro. Estaba además preparadísimo y purificado por la manera tan heroica y sobrenatural con que llevó la enfermedad hasta el final (...). Después de su fallecimiento celebré la primera Misa y llamé por teléfono al Padre: me dijo que ya teníamos otro santo en el Cielo, que le encomendáramos con mucho cariño y nos encomendáramos a él. A las pocas horas ya teníamos una carta suya que nos llegó por fax. En resumen, el Padre nos decía que esta coincidencia de fechas [Pedro murió, como Alvaro del Portillo, el 23 de marzo, un año después] era señal de que el Señor le había estado cuidando todo ese tiempo y que Don Alvaro le había recibido personalmente en el Cielo. El Padre se refirió a ese descanso eterno de Don Pedro -hijo fidelísimo de nuestro Padre- que, para él, es un Cielo muy grande, al lado de nuestro Padre y Don Alvaro, por haber estado muy unido siempre a quien hacía cabeza en la Obra; también nos decía que recientemente Don Pedro había manifestado su deseo de poder ver cara a cara a la Trinidad Beatísima, que la Virgen ya le había concedido. Finalmente, el Padre nos animaba a todos a tomar su relevo, el de la fidelidad total, para hacer la Obra como la hizo él, dejándose toda la vida en esto.— El funeral fue en la parroquia de la Santa Vera Cruz. Muchísima gente le acompañó durante casi siete horas. Desfilaban personas continuamente para besarle y pasar rosarios y otros objetos por sus manos. El ambiente era de un inmenso cariño y agradecimiento, con la emoción que suponía para todos recordar que Don Pedro se había gastado hasta

el final y allí estaba parte de los muchos frutos de su entrega generosa y total a la vocación. En la homilía me referí a que ahora desde el Cielo sí podía decir lo del «Soñad y os quedaréis cortos», porque ya lo estaba viendo en Dios. Cuando salía el féretro, todos le despidieron con un atronador aplauso (...). Con su marcha al Cielo se ha cerrado una época única y singular de la historia de la Obra en esta Región. El Padre se ha referido a que desde el Cielo nos ayudará mucho a todos en la vida interior y en la labor apostólica para poder llegar a muchas más personas (...). Rafael Fiol».

Pero volvamos al recuerdo de Diego de León, 14. El Centro de Estudios empezó con pocos alumnos. Entre ellos recuerdo a Jesús Arellano<sup>74</sup>, José Ramón Madurga<sup>75</sup>, José Javier López Jacoíste<sup>76</sup>, Vicente Garín<sup>77</sup>, Ignacio Echeverría<sup>78</sup>, ... No quiero citar más, pues la memoria se me cruza con los del segundo curso, con quienes conviví todo el año académico siguiente 1942-43.

### Las atenciones del Padre a los del Centro de Estudios

El primer trimestre del curso 1941-42 fue entrañable para mí. El Padre nos dio muchas meditaciones y nos explicó a lo largo de otras tantas tertulias muchos puntos del espíritu del Opus Dei. El fundamento de todo estaba en el sentido de la filiación divina, es decir, captar y vivir la realidad gozosa de ser hijos de Dios. A partir de este fundamento, nos sería más fácil alcanzar una vida de oración en medio de las ocupaciones ordinarias de cada cristiano, progresar en la unión con Cristo Nuestro Señor y con cada una de las Divinas Personas. Debíamos llegar a ser *contemplativos en medio del mundo*» de modo que mantuviéramos una constante presencia de Dios a lo largo de cada jornada, realizando cualquier actividad -estudio y descanso, trabajos materiales y trato amistoso con nuestros compañeros de trabajo— con sentido sobrenatural y afán apostólico. Así, poco a poco, todo el día se convertiría en oración: las diversas actividades no serían obstáculo para mantener esa presencia activa de Dios, sino, al contrario, serían medio de encontrarnos con Dios. Cada día se integraría así en una *unidad de vida*, fundiendo en un todo indisoluble la contemplación, el trabajo y el descanso, las tareas apostólicas, las alegrías y las contradicciones, etc.

<sup>74</sup> Jesús Arellano Catalán nació en Corella (Navarra). En 1946 fue catedrático de Fundamentos de Filosofía en la Universidad de Sevilla, donde ha desarrollado una honda labor científica y humana, y donde permanece como profesor emérito. Tiene muchos discípulos en esa rama del saber.

<sup>75</sup> Nacido en 1922, Ingeniero industrial, amplió estudios de su especialidad en Dublín, donde comenzó la labor del Opus Dei. Después de su ordenación sacerdotal, marchó al Japón para iniciar las actividades de la Obra en ese país, donde continúa en la actualidad.

<sup>76</sup> José Javier López Jacoíste nació en 1921. Notario y catedrático de Derecho Civil en varias Universidades. Autor de estudios en esa especialidad. Vivió muchos años en Galicia. Desde hace tiempo reside en Madrid.

<sup>77</sup> Vicente Garín, valenciano, nacido en 1923, químico, es un renombrado profesor de segunda enseñanza, a la que ha dedicado toda su vida. Ha ejercido su labor docente en el Colegio Gaztelueta de Bilbao, del que ahora es profesor emérito.

<sup>78</sup> Químico, natural de San Sebastián, marchó a Argentina en 1949, después de ser ordenado sacerdote. Allí sigue en el ejercicio de su ministerio.



Y junto con la vida de oración, que hace posible el logro de la *unidad de vida*, el espíritu de penitencia y de mortificación y de sacrificio en los quehaceres pequeños o grandes de cada día, *ofreciendo a Dios las contrariedades de la jornada*. En esta línea íbamos profundizando en el valor santificador del trabajo ordinario, quicio de la espiritualidad del Opus Dei y de su mensaje teológico y apostólico.

### **Algunos aspectos de la vida en el Centro de Estudios**

Preparábamos la celebración diaria de la Santa Misa con rigor litúrgico y cantos, que ayudaban a vivir hondamente el santo Sacrificio. Un piadoso sacerdote, don Enrique Masó, muy amigo de San Josemaría y muy perito en música sacra, fue nuestro profesor de canto. Estaba muy contento por el interés que poníamos en las clases, aunque en un principio hubo de esforzarse para que alcanzáramos un cierta sensibilidad y gusto musical, de los que muchos carecíamos. En los comienzos, nuestras voces aporreaban fuertemente sus oídos, pero pronto fuimos entrando en más matizados tonos. Quizás fuera él quien compuso o retocó la música para el Salmo II, que cantábamos los martes a continuación de la Misa. Don Enrique oficiaba también la Exposición y Bendición con el Santísimo en las solemnidades litúrgicas, e incoaba el canto de la Salve los sábados.

Las clases de formación doctrinal-religiosa corrían a cargo de diversos profesores, todos de excelente valía intelectual, y de otros sacerdotes amigos del Padre. Se me han quedado especialmente grabadas las de don José María Bueno Monreal, años después Cardenal Arzobispo de Sevilla, que fue nuestro profesor de Teología Fundamental y Apologética. Explicaba reposadamente las pruebas aristotélico-tomistas acerca de la existencia de Dios, y exponía sin alterarse las aporías de «los adversarios» a los fundamentos filosóficos y teológicos de la fe cristiana. Cuando hice las prácticas como alférez de complemento de Infantería en 1946-47, estuve varios meses en Jaca (Huesca), siendo a la sazón don José María Bueno Obispo de Jaca. Fui a visitarlo algunas veces. Me recibió cariñosamente y me habló del profundo afecto y admiración que sentía por nuestro Padre, al que consideraba, más que como amigo, como su hermano mayor.

Duras se me hicieron las clases de Lógica. Más interesantes las de Metafísica, en las que contábamos con las intervenciones de Jesús Arellano, que por entonces cursaba los últimos cursos de Filosofía pura en la Universidad.

Conjuntábamos aquellos estudios filosóficos y teológicos con los de nuestras respectivas Facultades y Escuelas Superiores, y con el apostolado con los compañeros de clase y los amigos. Una vida intensa, en la que era preciso aprovechar al máximo no digo ya las horas, sino los minutos. Pero el Padre nos daba ánimos con sus

frecuentes subidas a la tercera planta, donde se desarrollaba la mayor parte de nuestra vida cuando estábamos en casa.

Hasta que en 1944 fueron ordenados los tres primeros presbíteros del Opus Dei, procedentes de miembros numerarios, San Josemaría era el único sacerdote. No quería confesarnos por delicadeza, para que el secreto del Sacramento no gravitara en ningún aspecto en el gobierno y en la dirección espiritual que nos impartía. Es conducta que mantuvo siempre. Nosotros acudíamos a los confesores que queríamos y encontrábamos más a mano. Se solía decir «confesarse con el padre Topete», es decir, en frase de la época, el primer confesor con quien uno se topa. Recuerdo que durante mi estancia anterior en Jenner solía ir a la cercana iglesia de San Fermín de los Navarros, donde los buenos padres franciscanos atendían muy bien los confesionarios.

Cuando comenzó el Centro de Estudios, el Padre se ocupó de darnos facilidades para no tener que emplear un tiempo en ir y venir a las iglesias, si no queríamos. Invitó a administrarnos este Sacramento a Fray José López Ortiz, O.S.A., íntimo amigo suyo, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad, y años más tarde Obispo de Tuy-Vigo, y al Padre Agullar O.R, que había estudiado Arquitectura antes de ingresar en la Orden de los Dominicos, también amigo suyo. Ambos conocían bien el espíritu y la naturaleza de la Obra y, por tanto, estaban en condiciones de ayudarnos en nuestro camino.

A lo largo de los años, San Josemaría nos indicó infinidad de veces que podíamos acudir al confesor que «nos diera la gana» en cualquier iglesia; teníamos una libertad sin límites para hacerlo, como todo fiel cristiano en la Iglesia Católica. Es la doctrina y praxis que hemos seguido siempre, también ahora cuando la atención sacerdotal dentro de la Prelatura nos ofrece facilidades por la relativa abundancia de sacerdotes y, sobre todo, por su disponibilidad para atendernos en cualquier momento. De hecho, los fieles del Opus Dei, nos confesamos con los sacerdotes de la Prelatura, que viven nuestro mismo espíritu; y, si es posible, con el mismo, para que nos pueda ayudar con mejor conocimiento de nuestras circunstancias personales.

Recuerdo una anécdota. Un día en que iba a salir de Diego de León, me dirigí al oratorio para despedirme del Santísimo, como de costumbre, y me encontré en el vestíbulo que hay delante del oratorio al Padre con otros dos o tres. Me acerqué a saludarlo y entendí que no estorbaba si me unía a ellos. San Josemaría estaba hablando del Sacramento del perdón. Vino a decir que era una experiencia probada que cuando, por descuido, uno retrasa la Confesión, es casi seguro que desde ese momento comienza a ceder en la lucha ascética, a aflojar en el ejercicio de las virtudes y en el cumplimiento de sus deberes cristianos. Para tratar de cerca, con intimidad al Señor, debíamos tener la delicadeza de lavar con frecuencia el alma: como medida práctica,

una vez a la semana, o cuantas nos pareciera que hacía falta. No era una recomendación pasajera: a lo largo de toda su vida, San Josemaría ha enseñado la utilidad espiritual de la confesión frecuente, para *hacer de hijo pródigo*, con la seguridad de encontrar siempre el perdón de nuestro Padre Dios.

### **Comienzo de curso en la Universidad**

Como la generalidad de los estudiantes, comencé las clases en la Universidad con gran ilusión. Quizás más que de ordinario a causa de que el año anterior había estado en la Residencia de Universitarios como único estudiante de bachillerato. Después de pensar y consultar a no sé cuántas personas, opté por emprender la carrera de Filosofía y Letras.

A mí me gustaba, sobre todo, la aviación. Durante los años de la guerra española le llegué a tomar una afición enorme. Incluso conseguí una carpeta con las fichas técnicas de los aviones de guerra empleados por ambos bandos. La carpeta había sido editada, con difusión restringida, por el mando del Aire del Gobierno de la República, para información de sus pilotos y de los oficiales de las baterías antiaéreas. Junto a Albacete estaba el aeródromo militar de «Los Llanos», que se transformó en escuela de pilotos de la «zona roja». Los cadetes paseaban por las calles de la ciudad en las horas libres y a veces, podía charlar con ellos. Llegué a conocer las características de los aviones de combate y hasta hice algunas maquetas en madera. Mi ilusión era llegar a ser ingeniero aeronáutico y crear, tal vez un día, prototipos de aviones.

Pero, a la hora de elegir carrera, pienso que Dios me dio a entender la realidad de mis circunstancias, económicamente precarias estando mis padres en el exilio. El ingreso en las escuelas superiores de ingeniería era largo y caro. No podía permitirme ese lujo. Consideré que la carrera de aviación era una quimera y me decidí por estudiar Filosofía y Letras, un área de conocimientos a la que también tenía gran afición. Ni siquiera planteé a nadie esta ilusión por la ingeniería aérea; me pareció superfino hacerlo y quedó sepultada en los sueños de adolescencia. Opté, pues, por la carrera de Letras, cuya Licenciatura constaba entonces sólo de cuatro cursos y exigía menguados costos.

Todavía estaban en restauración los edificios de la Ciudad Universitaria de Madrid, muy dañados porque el frente había estado detenido allí mucho tiempo. De este modo, por estrechez de locales, las clases de la Facultad se tenían en las aulas del viejo caserón de la calle San Bernardo, de tres a siete de la tarde. Después de Navidades, viviendo de nuevo en Jenner, estuve más cerca de la Universidad: una rápida carrera, atravesando las calles en diagonal, me colocaba allí en

pocos minutos. No había aparecido, ni muchos menos, la costumbre del *footing* pero algunos ya lo practicábamos como medio de transporte bien económico.

Años más tarde, mi hermano Pedro me expuso su teoría sobre el deporte. Él lo clasificaba en intransitivo y transitivo. El primero se practica cuando no existe una necesidad urgente ni necesaria; por ejemplo, el actual *footing* o *joggig*, que él describía como el marchar corriendo a un sitio donde no hay necesidad de ir. En el transitivo se puede encuadrar éste de marchar corriendo a clase, porque hay que ir, y de ese modo se llega antes y de modo muy barato.

El plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras consistía entonces en dos ciclos bien diferenciados: dos años de estudios comunes y dos de especiales. En el primer ciclo, todas las asignaturas eran obligatorias, sin más salvedad que la opción entre griego o árabe, y entre inglés o alemán. Opté por el árabe (quizás por parecerme más exótico) y por el alemán (porque ya había estudiado algo de inglés en el bachillerato y de la lengua germánica no tenía ni noción). Los comienzos de las clases de alemán fueron casi dramáticos para mí, pues mis compañeros ya lo habían estudiado en el bachillerato. El árabe tuvo una repercusión definitiva en mi dedicación, años más tarde, ya ordenado sacerdote, a los estudios de Sagrada Escritura, que han marcado fuertemente mi trabajo científico en los últimos cuarenta años. En efecto, la estructura de la lengua árabe es clave para entender las demás lenguas semíticas, como el hebreo y el arameo, imprescindibles y básicas para los estudios bíblicos.

### **Los maestros en la Facultad de Filosofía y Letras**

No obstante las bajas que la guerra civil había ocasionado en el claustro de profesores, todavía no reemplazadas, la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid se esforzaba por recuperar el alto nivel universitario que había alcanzado en los años anteriores a la contienda. Ya no estaban algunas figuras prominentes como José Ortega y Gasset o Claudio Sánchez Albornoz, por ejemplo. Pero continuaban algunas otras como Miguel Asín Palacios, Manuel García Morente y, de alguna manera, Xavier Zubiri. Otros, algo más jóvenes, comenzaban a resplandecer con luz propia, de modo que, al comenzar el curso 1941-42 en la Facultad de Letras encontré excelentes profesores.

Sin duda el que me imprimió una orientación científica mayor en aquellos años Juveniles fue don Emilio García Gómez<sup>79</sup>, catedrático de Lengua Arabe, discípulo de Asín Palacios y continuador brillante de la escuela de arabistas españoles. Más tarde, durante muchos años, fue director de la Real Academia de la Historia. Sus clases me

---

<sup>79</sup> Don Emilio García Gómez nació en 1905 y falleció en 1995, cuando le faltaban unos días para cumplir los 90 años, en medio de una luminosa ancianidad. Ha sido una de las figuras intelectuales más brillantes y prestigiosas de la España del siglo XX. Sus investigaciones sobre la Poesía y la Historia de la España musulmana son de primera magnitud.

atrajeron enormemente por su profundidad, que descubría horizontes inesperados de investigación científica, al mismo tiempo que les imprimía un tono agradable y atractivo. Otro gran profesor era don Diego Angulo, catedrático de Historia del Arte. Dentro de una excelente competencia científica y una enorme seriedad, expresada no obstante en su marcado acento sevillano, suscitaba también el interés por su asignatura. Nos daba dos clases semanales sobre historia de la arquitectura y de la escultura, en el viejo caserón de la calle de San Bernardo, y una tercera, de historia de la pintura, los viernes a primera hora de la tarde, en el Museo del Prado, frecuentemente ante los mismos cuadros.

Las clases de otro catedrático, don Antonio Ballesteros Beretta, eran un modelo de buen explicar. Estaba en los años finales de su vida académica y había adquirido la maestría de toda una vida dedicada a la enseñanza y a la investigación. Con los gestos expresivos que acompañaban a sus explicaciones hacía revivir a los personajes de la Historia. Don Juan Tamayo, catedrático del Instituto San Isidro y profesor auxiliar de la Facultad, nos trataba con exquisita humanidad, y explicaba ordenada y amenamente las preguntas del programa, facilitándonos el aprendizaje de la inmensa Historia de la Literatura Española, en la que teníamos como texto el exhaustivo manual de Juan Hurtado y Angel González Falencia, libro que llamábamos con inocente ironía «el Juanito», por su tremenda extensión y por el nombre del primero de sus autores. Pero no quiero demorarme más en mis maestros de la primera hora universitaria. A todos debo mucho, lo mismo que a mis compañeros de clase.

### **El Padre y *mi* vocación científica por los estudios bíblicos**

Al año siguiente, a punto de acabar los estudios comunes de la Facultad de Letras, debía elegir una especialidad. Dudaba entre la Sección de Historia o la de Filología Semítica. Mi indecisión era grande, sobre todo por las posibles salidas profesionales. Consulté a varias personas. Un día, cuando a este respecto preguntaba su opinión a D. José Luis Múzquiz en Diego de León, entró el Padre, y le interesó nuestra conversación. Después de escuchar unos momentos, intervino. Aunque dejaba enteramente a mi voluntad optar por una especialidad o por otra, mostró que le parecía bien la de Filología Semítica. *Así*, me dijo, *podrá servirte de preparación para ser un día profesor de Sagrada Escritura*. Nunca había pensado yo en tal horizonte, del que, por otro lado, tenía muy poca información. Y ya no se volvió a hablar en adelante del asunto del profesorado en Sagrada Escritura.

Años más tarde, cuando San Josemaría me preguntó si, con absoluta libertad, estaba dispuesto a ser sacerdote, y le respondí afirmativamente, me añadió que le daba una gran alegría y que

después de la ordenación iría a Roma a graduarme en Sagrada Escritura. Yo casi había olvidado la razón que años antes me había inclinado a estudiar Filología Semítica, pero el Padre no. En efecto, a los pocos meses de ordenarme, durante un viaje a España a fines del verano de 1951, me concretó: *Prepara el pasaporte y demás cosas para venirte a Roma a hacer, si quieres, los estudios de Sagrada Escritura este curso.* Y así fue. No ha dejado nunca de admirarme tal previsión de San Josemaría y su constancia en seguir un plan bien pensado, sin forzar jamás las cosas, sino aprovechando las aficiones y circunstancias de sus hijos.

### **Una anécdota irrelevante**

Al escribir estas páginas sobre mis comienzos en el Centro de Estudios de Diego de León, me viene a la memoria un episodio irrelevante. Debió de ocurrir hacia noviembre de 1941, cuando el director del Centro de Estudios -a la sazón mi hermano Pedro- nos dio un encargo a Jesús Arellano y a mí, muy sencillo aunque algo laborioso. Como mayor y más responsable, Jesús recibió el recado. Según su versión, se trataba de alquilar un carrito de mano, ir al centro de Vallehermoso, recoger una mesa grande, llevarla al centro de las mujeres de la Obra que se estaba montando en un chalet en la calle de Jorge Manrique, nº 1, dejarla allí, recoger otra y traerla a Diego de León. Cosa muy sencilla en principio. Pero tuvimos la primera dificultad. La mesa no cabía por la puerta de entrada ni por ningún sitio de Jorge Manrique. Tuvimos que desarmarla y, una vez dentro, volverla a armar. Concluida la operación nos enseñaron la otra mesa. A mí me pareció exactamente igual que la que habíamos dejado, pero no del todo a mi colega. Desarmamos la segunda mesa, la sacamos, la volvimos a armar y la transportamos a Diego de León. En esas operaciones empleamos toda la tarde. Al llegar a su destino, comunicamos al director que ya habíamos traído la mesa. —¿Cómo la mesa?, exclamó. Querréis decir las mesas. Insistimos en que era sólo una y le explicamos nuestras prolijas operaciones. Entonces nos aclaró que eran dos mesas iguales, para colocarlas, por eso mismo, en el aula-biblioteca del Centro de Estudios. Y, un tanto decepcionado, comentó:

-La culpa la tengo yo, por hacer un encargo a dos de Filosofía.

Tuvimos que ir al día siguiente, alquilar de nuevo el carrito de mano, desarmar y armar la mesa de marras y traerla. Alguna vez que recordé a Jesús Arellano nuestra hazaña se resistía a reconocerla. Pero nuestro despiste no me era fácil de olvidar.

### **Las Navidades de 1941-42**

Bastantes de los que estaban en el Centro de Estudios de Diego de León marcharon a pasar algunos días a sus ciudades de origen. Quedaron plazas vacantes, circunstancia que aprovechó San Josemaría

para predicar un curso de retiro a algunos estudiantes universitarios, asiduos a las actividades de formación cristiana de Jenner. Fueron pocos, unos siete u ocho. Los que quedábamos en el Centro de Estudios teníamos la Santa Misa y las comidas junto con ellos, en silencio, naturalmente. Durante el resto del día también procurábamos no armar ruido ni distraerlos. Así se aprovechaba al máximo el antiguo hotelito del marqués de Donadío, que, por otro lado, a falta todavía de una casa de retiros apropiada, cumplió con este cometido.

San Josemaría recibía a muchas personas de todas las edades. Unas iban esporádicamente a pedirle consejo. Otras acudían con regularidad a su dirección espiritual. También veíamos a bastantes amigos suyos eclesiásticos, invitados a comer, o simplemente de visita. Pero todas esas circunstancias no impedían que, con frecuencia, subiera a la tercera planta, donde estábamos los del Centro de Estudios, para pasar ratos con nosotros también en aquellas Navidades.

### **La carta de las diez cuartillas**

Me parece que fue por aquellos meses cuando nuestro Padre me encontró un día en Diego de León y me preguntó por mis padres, exiliados en Oran. La conversación le llevó pronto a otra pregunta, que más o menos era: *-¿Cuánto tiempo hace que les has escrito?* — Padre, quizás haga ya mes y medio, debí de responderle. San Josemaría me reprendió fuertemente, haciéndome comprender que mis padres, en aquella situación, no tenían alegrías mayores que la de recibir cartas mías, con noticias sobre la marcha de mis estudios y otros detalles de mi vida. Por tanto, era una falta grande contra la justicia y la caridad hacia ellos. Y añadió unas palabras parecidas a las siguientes:

*—Ahora mismo te pones a escribirles una carta larga, de diez cuartillas por ambos lados. Cuando la termines me lo dices.*

No caí entonces en que lo de precisamente diez cuartillas tenía algo de chanza, dentro del fondo de la reprensión, que iba en serio. Fui escribiendo una, dos, tres... hasta siete cuartillas por los dos lados. Y ya no veía cómo continuar. Después de un rato sin saber qué añadir fui con la carta al Padre y le dije las cuartillas que llevaba escritas, y que no sabía ya qué más decirles. No las miró; me respondió que eran bastantes y que echara inmediatamente la carta al Correo. Y me advirtió que aquel episodio me sirviera de pauta para no demorarme en adelante en tener a mis padres al corriente de mis cosas.

Realmente yo había faltado al cuarto mandamiento, que San Josemaría llamaba *dulcísimo precepto* desde sus primeros escritos. Y comprendí que, por mucho trabajo que tuviera, ése de corresponder con mis padres era uno de los más sagrados; no lo debía considerar como una obligación sin más, sino como un deber gustoso de piedad e, incluso, de justicia. Se había tratado, por mi parte, de un mal

entendido «desprendimiento», completamente contrario al espíritu de la Obra. En definitiva, la causa no era otra que desorden y pereza.

### **Una anécdota de Ignacio de Orbegozo**

Pasadas las Navidades volví a Jenner. Entre los nuevos residentes estaba Ignacio de Orbegozo<sup>80</sup>, estudiante de Medicina. Era un bilbaíno abierto y simpático, buen deportista y con mucha gracia. Oí contar que, al llegar a la Residencia, alguien le explicó que, si quería, podría asistir a la Santa Misa que se celebraba diariamente en el oratorio. Pero quizás no le especificó bien la hora. Si mal no recuerdo era a las 7,30. Antes, a las 7 un grupo considerable comenzábamos a hacer juntos un rato de meditación, ayudándonos con la lectura de algún libro de espiritualidad, entre otros *Camino*. Ignacio se presentó en el oratorio varios días puntualmente a las 7, y observó que, de vez en cuando, se leían en voz alta algunos párrafos. Al cabo de pocos días comentó en el desayuno algo así como: -Si el sacerdote se retrasa media hora todos los días en venir a decir la Misa, ¿no sería mejor que, definitivamente, se pusiera la hora de la Misa a las 7,30? (Obviamente pensaba que se leían aquellos párrafos del libro para entretener a los presentes mientras llegaba el celebrante). Se le aclaró el equívoco y, desde el día siguiente, vino a las siete como antes, pero enterado de qué iba el asunto. Pronto engrosaría el número de los que pertenecíamos a la Obra.

## **10**

### **Vida universitaria a tope (Enero-agosto de 1942)**

#### **De nuevo, Jenner**

En este capítulo me referiré a lo que allí aconteció en los dos trimestres que quedaban de año académico. El alejamiento topográfico ocasionó que tuviera menos ocasiones de estar con San Josemaría que en períodos anteriores. Metido de lleno en las actividades de la Residencia y en el ambiente de la Facultad de Filosofía y Letras, no se me requería para hacer pequeños trabajos junto al Padre, ni de «Secretaría», ni para hacer arreglos por encargo de Tía Carmen. Sin embargo se producían algunas ocasiones razonables para acercarme a Diego de León.

La Residencia de Universitarios de Jenner estaba en plena actividad pero, con la apertura de otros centros de la Obra en Madrid, el número de fieles del Opus Dei que en ella vivíamos había disminuido notablemente. De alguna manera me podía contar entre los veteranos. De otra parte, el número de residentes que no eran de la Obra, lógicamente había crecido. La atención a estos nuevos para que se

<sup>80</sup> Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea nació en 1923. Ejerció la profesión de médico-cirujano varios años. Fue ordenado sacerdote en 1951. Obtuvo el Doctorado en Teología por la Universidad Lateranense de Roma en 1956. En 1957 la Santa Sede le encomendó la Prelatura de Yauyos (Perú). Fue ordenado obispo en 1964. En 1968 pasó a ser Obispo de Chiclayo (Perú), donde ejerció su ministerio pastoral hasta su muerte, acaecida el 5 de mayo de 1998.



sintieran a gusto, sin añorar a su familia y su ciudad, de las que por primera vez se encontraban alejados, nos llevaba bastante tiempo a los más antiguos.

Es verdad que existía una solera de algunos pocos residentes, los mayores, desde los tiempos de Ferraz 48-50; otros, desde el primer año de Jenner. Constituían un gran apoyo para el buen ambiente de la residencia. Pero la mayoría eran desconocidos. Gran parte de éstos se preparaban para el ingreso en escuelas superiores de Ingeniería y de Arquitectura. Eran buenos muchachos y bastante estudiosos, y andaban en general muy ocupados y absortos, polarizados hacia la preparación del ingreso, que entonces era realmente difícil, e inmersos en una materia de estudio muy abundante, de modo particular con el número de problemas de Matemáticas y Física que las diversas academias de preparación les asignaban diariamente para resolver en casa.

Esta circunstancia era fundamentalmente positiva. El mensaje del Opus Dei acerca de la santificación cristiana mediante el trabajo ordinario encontraba una buena base en el ambiente de intenso estudio. La cuestión consistía en enseñarles a sobrenaturalizar el esfuerzo que ponían, y a que no se dejaran arrastrar por las preocupaciones de los resultados de los exámenes de ingreso y, tal vez, por las ambiciones de triunfo personal. Eran muchos los que se quedaban a estudiar después de la cena, con detrimento de su descanso y de su sueño. Nos costaba bastante que los domingos hicieran algo de deporte y descansaran, pues su obsesión por el estudio y su falta de experiencia, les llevaban con frecuencia a no airearse ni aun en los días de fiesta.

Durante aquellos meses el Padre vino algunas veces, no todas las que nosotros deseábamos. Como en el curso anterior, habló con muchos chicos y predicó algunas meditaciones y retiros espirituales. Cada visita del Padre caldeaba el ambiente y nos estimulaba para las actividades que se desarrollaban en la residencia. El curso 1941-42 constituyó una nueva experiencia apostólica y de vida, realmente interesante, pero quizás un poco difícil para algunos de nosotros.

### **Los círculos de estudio y las visitas a «los pobres de la Virgen»**

Como se había hecho desde el principio, en la Residencia se impartían clases y círculos de formación cristiana. A estos asistían en grupos pequeños los residentes que libremente querían participar, y otros estudiantes de fuera, colegas en las diversas facultades, escuelas o academias. Cuando el grupo aumentaba por la incorporación de nuevos amigos, lo dividíamos. Casi todos los del Opus Dei dábamos por lo menos un círculo a la semana. También nos ayudaban en esta tarea algunos que venían de otros centros de la Obra. Recuerdo el primer día que Jesús Arellano, que vivía en Diego de León, trajo a un

círculo a su compañero de curso Antonio Millán Fuelles, que sería en el futuro un conocido filósofo. Se me quedó grabado en la memoria porque, a la sazón, ambos cursaban ya la especialidad de Filosofía, mientras que yo era un novato del primer curso de Comunes de la misma Facultad: los dos constituían, por tanto, un honor para el grupito del círculo, la mayoría principiantes en las aulas universitarias.

Complemento de los círculos eran las visitas a «los pobres de la Virgen», ya de tradición antigua entre los estudiantes que frecuentaban las actividades apostólicas promovidas por fieles de la Obra por iniciativa de San Josemaría. Al final de cada círculo se pasaba una bolsa -en Jenner era habitualmente de tela granate, más o menos aterciopelada-, en la que cada asistente echaba el dinero que Dios le daba a entender. La cantidad recaudada se repartía entre los que iban a hacer las visitas a los pobres de las barriadas extremas de Madrid, a quienes encomendaban al cuidado maternal de la Santísima Virgen. Se compraban pasteles o cosas parecidas, algo que presumiblemente no comían nunca, para que pequeños y grandes se alegraran con aquellos alimentos, prohibitivos para ellos por su situación

de extrema pobreza. Un día consensuado a la semana, generalmente los sábados (en honor de Santa María), o los domingos, si las ocupaciones estudiantiles lo impedían, visitábamos a una familia de esos suburbios madrileños.

Inicialmente los párrocos del extrarradio nos daban las referencias de las familias que ellos estimaban más necesitadas. Recuerdo la Parroquia de Santa Cristina, en la carretera de Extremadura, cerca de la Casa de Campo, y a su párroco que, al llegar a un inmueble, hacía sonar un silbato para que acudieran de las diversas viviendas y poder comunicar así más rápidamente lo que quería decirles.

Todavía existían zonas de los suburbios madrileños que estaban en condiciones realmente lamentables. Muchas familias continuaban destrozadas a consecuencia de la guerra civil: vivían en chabolas, hechas de tablas y latas, o en las ruinas de edificios afectados por la guerra o el abandono. Frecuentemente tampoco disponían de la indispensable infraestructura de servicios, como energía eléctrica, agua y saneamientos. Aquellas gentes tenían ingresos insignificantes, insuficientes para alcanzar una alimentación mínima y un vestido que les abrigase de los fríos del invierno. En no pocos casos nos encontrábamos con enfermos desatendidos...

Toda esta situación nos hacía ver con nuestros propios ojos la desgracia y miseria de tantas personas, nos impresionaba profundamente y nos hacía salir de nuestra inconsciencia y del egoísmo de muchachos de clase media acomodada. Al contrastar esa miseria con la condición privilegiada del estudiante, era fácil que se

removieran nuestras conciencias hacia la solidaridad y el propósito de ser mucho más sobrios en nuestros gastos y diversiones. Se suscitaba también en nosotros la oración a Dios para que pusiera remedio a aquellas calamidades, puesto que sentíamos nuestra absoluta incapacidad para resolverlas.

Obviamente las visitas a los pobres no podían tener la finalidad de dar una solución global a aquellas condiciones lamentables. Sólo podíamos ejercitar la caridad cristiana, fraterna, con un número muy pequeño de aquellas personas y llevarles algo del calor de la fe, un poco de ánimo para que no se sintieran tan marginados. Pero nos planteábamos seriamente la perspectiva de que, en un futuro, cuando llegáramos al ejercicio de nuestra profesión, pudiéramos hacer algo que tuviera una efectiva repercusión social.

Sobre todo a la vuelta de las visitas, mientras comentábamos lo que habíamos visto, se abría paso el tiempo para la reflexión y para los propósitos de renovación de nuestra vida cristiana. En más de un caso, mi compañero dio un cambio radical a su conducta, hizo una conversión profunda en la que ha perseverado hasta el final. Podría citar a este respecto algún que otro caso concreto, pero no es éste el lugar. Se comprende fácilmente que esas visitas a los pobres hacían tanto bien a nosotros mismos como a los visitados.

### **Las catequesis**

Alternando de alguna manera con las visitas a los pobres, nos ejercitábamos en ayudar en las catequesis de las parroquias, también de los suburbios. Digo alternando, porque no solíamos hacer las dos actividades simultáneamente, para no quitar tiempo a los estudios, pues dadas las dificultades de transporte de aquellos años, cada salida suponía el empleo de media Jornada a la semana. Naturalmente acudíamos también a los párrocos, que nos asignaban algunos grupos de niños. Era una actividad igualmente muy beneficiosa, tanto para los niños como para nosotros, que comprobábamos de cerca la tremenda urgencia de dar doctrina cristiana a los pequeños de familias más necesitadas social, espiritual y culturalmente. Los párrocos nos agradecían esa ayuda, de modo especial cuando llegaba la época de preparar a los pequeños para la primera Comunión.

### **Los deportes**

Aquel año el deporte estuvo muy agazapado. Estábamos aún en tiempos de escasez de todo, de resultados de la guerra española y de la mundial, que retardaba la recuperación del país. Las actividades deportivas seguían reducidas casi al fútbol, a remar en el estanque del Retiro y a algunas cortas excursiones a pie. Los demás eran prácticamente prohibitivos para el estudiante medio. Un pequeño grupo íbamos, a temporadas, a hacer un rudimentario atletismo a primerísima hora de la mañana. Salíamos corriendo hasta una zona

delante de Nuevos Ministerios. Allí, en campo de tierra o de hierba esporádica, plantábamos unos palitroques y una cuerda, y hacíamos saltos de altura o de longitud, y lanzábamos un ladrillo o algo parecido a falta de un verdadero disco. Volvíamos corriendo para ducharnos y asistir a la oración y a la Misa de la Residencia.

Los más asiduos eran Félix Iñiguez de Onzoño, bilbaíno, que sería luego arquitecto, Javier Domínguez Marroquín, también bilbaíno, excelente corredor de cien metros lisos, que tendría que dejar los estudios de Filosofía y Derecho para encargarse de los negocios familiares por la muerte prematura de su padre, el que suscribe y alguno más. Realmente había que tener afición. Cuando volvíamos corriendo por el Paseo de la Castellana, no era raro que hiciéramos carreras con los tranvías: como en aquellos años no había llegado aún la costumbre de hacer *jogging*, los obreros que iban al trabajo en esos medios de transporte nos tomaban un tanto el pelo con frases más o menos ingeniosas. Todavía no existían las instalaciones deportivas de la Ciudad Universitaria. Para los partidos de fútbol el lugar más socorrido seguía siendo «el campico Larralde». Nuestra estrella en este deporte era Carlos Arencibla, de clase futbolística netamente superior a los demás. Los más constantes éramos el propio Jesús Larralde, Ignacio Orbegozo, los hermanos Emiliano y Rafael Amann, los del rudimentario atletismo de las mañanas y no muchos más.

### **Las tertulias**

Los residentes recién llegados encontraban como novedad lo que llamábamos «tertulias». Solían tener lugar inmediatamente después de comer y de la breve visita al Santísimo, y después de la cena. Duraban sólo unos minutos, pero contribuían a incrementar el espíritu de familia, estrechar la amistad entre todos y distraer de la frecuente polarización en los estudios. Como es lógico, se comentaban noticias nacionales e internacionales, temas culturales y de interés humano y religioso, etc., de modo espontáneo. Había la dificultad primordial del tiempo: algunos teníamos clase a primera hora de la tarde. Otros, al llegar la noche, se sentían urgidos por las tareas diarias, especialmente los que se preparaban para el ingreso en escuelas de Ingeniería. Pese a esas dificultades, las tertulias eran deseadas y frecuentadas por un buen número de residentes, que encontrábamos un desahogo y una manera de salir de nuestro reducido mundo.

Los días de fiesta, naturalmente, las tertulias se prolongaban mucho más. Se podían tratar más a fondo los temas culturales o de interés humano, y se comentaba la marcha de las competiciones deportivas nacionales. No se hablaba de política por un delicado respeto a la libertad de cada uno en estas materias y por una especie de acuerdo tácito, para no abrir tal vez heridas de la guerra civil, aún reciente. Por lo demás la actividad política era muy restringida en España por las bien conocidas circunstancias de aquel entonces. Se comentaba

bastante la marcha de la guerra mundial y, alguna vez que otra, se contaban historietas y chistes. Recuerdo que Jesús Larralde los mezclaba -no sé si a propósito—, o se olvidaba de cómo seguían en el momento clave: destripaba buena parte de los chistes. Pero esa circunstancia nos causaba todavía más risas.

### **Formación cultural**

Con la vida de piedad, los círculos, las visitas a los pobres, las catequesis, las tertulias y los deportes, etc., se procuraba completar la formación espiritual y humana de los residentes de Jenner. Éstos, como futuros profesionales que presumiblemente llegarían a desempeñar un día un papel influyente en la sociedad, necesitaban también de una formación cultural, que complementara la que adquirirían en sus respectivas facultades o escuelas. Por eso, en Jenner se fomentaba la lectura de libros importantes de literatura, historia, arte, etc. No había entonces propiamente una biblioteca en la residencia. Sólo se disponía de un pequeño fondo de libros de esos géneros, y de otros pocos de espiritualidad, situados en una estantería del mismo oratorio.

Se promovió, pues, la constitución de una biblioteca bien selecta y variada. Se mandaron hacer unas estanterías acordes con la decoración de la sala de estar, y en ella se fueron colocando libros poco a poco. Procedían de las aportaciones en especie de los residentes y de compras hechas con sus donativos, aunque también entraban por otras vías, como la petición a embajadas y organismos oficiales. La confección de las listas bibliográficas para compra era materia que se trataba a veces en las tertulias de los domingos por la tarde, lo cual daba ocasión para exponer las características de libros y autores que merecían ser leídos: tal selección en público constituía ya parte de la labor formativa en el ámbito cultural.

Con los años he reflexionado sobre la interesante labor de formación humana y espiritual que se hacía en la Residencia de Universitarios de Jenner, promovida por San Josemaría con enorme sacrificio y empeño. Por lo que me habían contado principalmente mi hermano Pedro y Paco Botella, era la misma que ya habían experimentado ellos en la antigua de Ferraz. Y seguiría, ampliándose en el tiempo y en el espacio hasta alcanzar las proporciones actuales en muchos países de los cinco continentes. En estas residencias se desarrolla una labor eficaz, pero callada y muy sacrificada. Cuantísimos antiguos residentes recuerdan con hondo afecto y agradecimiento los años que vivieron en ellas. Por supuesto, yo mismo me siento profundamente deudor de la formación recibida en la Residencia de Universitarios de Jenner y en el Colegio Mayor Moncloa, que sucedería a Jenner.

### **Primeros compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras**

No pocos de mis compañeros de los cursos comunes de Filosofía y Letras, con quienes me encontré al iniciar los estudios en la Universidad, llegarían a ser célebres profesionales en los ámbitos de la docencia, la investigación y la literatura. Tales son, por ejemplo, Carlos Seco Serrano, más tarde una de las figuras destacadas en los estudios sobre la Historia Contemporánea de España; ya entonces era un estudiante muy trabajador, que mostraba extraordinaria ponderación en sus juicios y prudencia en su conducta. Otro colega afable e inteligente era Yela Granizo, que pronto sería Insigne cultivador de la Psicología; y Antonio López Gómez, competente geógrafo, compañero desde las aulas del Instituto Ramiro de Maeztu. A cuatro los tendría después como colegas en la Sección de Filología Semítica: eran Alberto Pascual Villar, Mercedes Arias, Sergio Castellano y el Padre Darío Cavanelas, franciscano. Alberto, muy listo y de una simpatía arrolladora, simultaneaba los estudios de Letras con los de Derecho; ingresó en seguida en la Escuela Diplomática y fue cónsul general de España en Jerusalén. Mercedes, inteligente, ha ejercido la profesión de archivera-bibliotecaria. Sergio, muy valioso en todos los sentidos, falleció prematuramente, no sin antes haber alcanzado una plaza de profesor adjunto de Lengua Árabe. El Padre Darío, Ucearía a ser uno de los mejores especialistas en arabismo, desde su cátedra de Lengua Árabe en la Universidad de Granada; ha fallecido hace pocos años.

Pero aún había otros ilustres colegas de los comienzos: Rafael Asenjo, latinista, que más tarde sería miembro del Opus Dei y recibiría el orden sacerdotal. El Padre Bacaicoa, capuchino, muy competente, que seguiría la Sección de Filología Clásica. Y, en fin, muchos otros, valiosos y buenos amigos míos, que tendrían brillante porvenir profesional, como José María Cabezalí, luego catedrático de Lengua y Literatura Española; Jorge Manrique, poeta como su homónimo; Angel Cabo Alonso; la doctora González Abas, filósofa; José Caba, que abandonó Filosofía y Letras para concentrarse en Derecho y sería juez; los más tarde profesores Vecilla, Tamayo y Bullón; Gregorio Verdú, que fundaría y dirigiría el Colegio Anglo-Español, situado en la Colonia de El Viso de Madrid; etc.

De ellos aprendí muchas cosas buenas. Contribuyeron a que aquellos años de posguerra, con grandes escaseces de medios materiales, resultaran alegres y esperanzados. Se vivía un compañerismo sincero y amable. Los estudiantes de Filosofía y Letras quizá nos caracterizábamos por hablar de todo, opinar de lo humano y de lo divino, y montar teoría sobre *omni re scibili*. Pasábamos del comentario de *La República* de Platón a la marcha de la guerra mundial y sus consecuencias. Un día llegamos a la conclusión de que no pasaría mucho tiempo sin que todo el Norte de Africa saltara como un polvorín, liberándose de su situación colonial. Hay que reconocer que tuvo algo de profecía: nos adelantamos en casi dos décadas a los

acontecimientos reales.

No estábamos tan seguros de quiénes ganarían la guerra mundial. Eran años en que las fuerzas del Tercer Reich resultaban imparables, por lo que, a primera vista, parecía que ganaría Alemania, no obstante la entrada en la contienda de los Estados Unidos, que por entonces no aparecían como el coloso que se mostraría después. De todos modos, la complejidad de los datos de que disponíamos nos hacía ser cautos acerca del desenlace. Además, la cuestión de Gibraltar constituía una espina clavada en la conciencia de los españoles de aquellos años: para alguno que otro, sólo quitarse del cuerpo esa espina era motivo sentimental -no se usaba todavía el término «visceral»- para desear entrar en la aventura de la guerra al lado de Alemania, aunque fuera la de Hitler -obviamente no teníamos la menor noticia de los horrores de los campos nazis de exterminio—.

En política nacional éramos más reservados y no queríamos herirnos unos a otros: eran muy recientes las diversas circunstancias, a veces contrapuestas, de nuestras familias durante la guerra civil, y sus consecuencias seguían gravitando todavía de diversas maneras. En el ambiente del curso, había un deseo auténtico de concordia.

Desde luego el tema religioso entraba en nuestras reflexiones. Existía una atmósfera generalizada de religiosidad. No recuerdo que nadie se declarara agnóstico y creo que éramos completamente sinceros. Muchos éramos católicos practicantes: tal vez los horrores de la guerra civil habían hecho, a mi generación en general, volver los ojos y la esperanza a los valores trascendentes. Que yo recuerde, al menos tres de los que entonces dialogábamos sobre todas estas cosas hemos llegado más tarde al sacerdocio. Algunos escritores y políticos han hablado de esa época como la del «nacional-catolicismo». No es éste el lugar para tratar de ello, pero, por lo que se refiere a mis compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras de entonces, tal etiqueta resulta del todo impropia. Quizá los estudiantes de esta Facultad hemos sido siempre lo bastante críticos, posiblemente también petulantes, para no aceptar tales intromisiones gubernamentales en las conciencias.

### **Una anécdota curiosa**

Entre mis compañeros de curso se encontraba Luis Cencillo, que luego llegaría al sacerdocio y a una cátedra universitaria de Filosofía. Era uno de los alumnos más brillantes, simpático, comunicativo. Un día comentó delante de mí, algunas cosas imprecisas y erróneas acerca del Opus Dei, no recuerdo bien a qué altura del curso. Estábamos en corrillo, en el descanso entre clases y no había tiempo para aclarar la cuestión. Pero concerté con él una entrevista, sin prisas, para precisar las cosas. Quedamos en vernos en el bar «Gambrinus», frecuentado por estudiantes, situado entre la calle Alcalá y la Carrera de San

Jerónimo. Luis no acudió a la cita, ni me avisó de que no iría. Me rehuyó varias veces en nuestros encuentros en la Facultad y dejamos la cosa en vía muerta. Allá por los años setenta, cuando ya vivía en Pamplona, hice un viaje a Madrid. Caminando por la calle Manuel Silvela, oí un frenazo de automóvil y una voz que me llamaba:

-¡Casciaro, Casciaro!

Me detuve. Era Cencillo, que aparcaba precipitadamente el coche y venía hacia mí. Sin más preámbulo me espetó:

-Oye, ya puedes perdonarme por el plantón que te di aquel día en el bar.

Habían transcurrido unos treinta años. Luis era indudablemente hombre de bien y debía de tener en su conciencia el peso de aquella informalidad. Después de tres décadas me daba sus excusas. Había aclarado sus opiniones de antaño sobre la Obra y mostraba el afecto de nuestra antigua amistad. Episodio curioso y divertido de mi viejo amigo. Algún tiempo después le invité a un seminario de profesores sobre Antropología en la Universidad de Navarra, y acudió con gusto y nos instruyó con sus consideraciones filosóficas agudas, interesantes, discutibles algunas, siempre expuestas con gran brillantez.

### **San Josemaría prepara a los primeros sacerdotes del Opus Dei**

Que yo pudiera apreciar, desde los comienzos del curso 1941-42 San Josemaría se ocupaba, de modo directo, de la preparación de algunos hijos suyos para el sacerdocio. Aquí también la fe del Fundador de la Obra era absoluta, *tan gorda que se puede cortar*, en frase que a él mismo le oí algunas veces. Piénsese que el horizonte jurídico del Opus Dei estaba entonces cerrado por el Código de Derecho Canónico de 1917. La Obra contaba en 1941 con la aprobación y bendición del Obispo de Madrid-Alcalá y con la de otros muchos obispos. Pero jurídicamente no era más que una Pía Unión. Este encuadre jurídico no permitía la ordenación de sacerdotes ni su incardinación. Para los propósitos del Padre y las necesidades de la Obra de contar con sacerdotes propios, la figura canónica de Pía Unión era inadecuada, y bien poca cosa frente a la espléndida realidad teológica y pastoral que, de hecho, constituía ya en aquellos años el Opus Dei.

Cae fuera de mi propósito ni siquiera mencionar los pasos sucesivos del itinerario jurídico del Opus Dei hasta su aprobación definitiva por el Santo Padre Pío XII en 1950, y su erección canónica en Prelatura Personal de la Iglesia, en 1982, promulgada por el Papa Juan Pablo II a tenor de los nuevos documentos de Derecho Canónico, elaborados tras el Concilio Vaticano II<sup>81</sup>.

<sup>81</sup> Para una completa información cfr A. de Fuenmayor, V. Gómez-Iglesias, J. L. Illanes, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona, EUNSA, 1989, 663 pp.



Asombra la fe y la previsión del Fundador del Opus Dei en aquellos años. Puesto que *el Cielo está empeñado en que la Obra se realice* — había escrito ya unos diez años antes—, más temprano o más tarde tendría que abrirse el horizonte jurídico. La Iglesia acabaría acogiendo al Opus Dei en su ordenamiento canónico sin modificar el espíritu y la realidad existencial que Dios quería. Ha sido ese itinerario Jurídico muy largo y laborioso, impregnado de fe, de oración y mortificación, de fortaleza perseverante por parte del Fundador del Opus Dei.

Pero volvamos a la preparación de los futuros sacerdotes necesarios para llevar adelante la voluntad de Dios. Las clases se tenían en el Centro de Estudios de Diego de León. Si mis recuerdos son exactos, asistía un pequeño grupo integrado por Alvaro del Portillo, José María Hernández de Garnica, José Luis Múzquiz y José Orlandis. Este último interrumpió algo después los estudios para marchar a Roma, junto con Salvador Canals, en plena guerra mundial. San Josemaría les procuró el mejor cuadro de profesores que pudo encontrar en Madrid: el P. Silvestre Sancho O.P., buen teólogo y filósofo, antiguo Rector de la Universidad Santo Tomás de Aquino en Manila; el P. Benito Celada O.P, investigador del Antiguo Oriente y de la Biblia; Fray José López Ortiz O.S.A., catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Madrid, después Obispo de Tuy-Vigo; José María Bueno Monreal, al que ya me he referido; el P. Muñiz O.P.; Fray Justo Pérez de Urbel O.S.B.; el P. Severino Alvarez, O.P, insigne canonista; don Máximo Yurramendi, después Obispo de Ciudad Rodrigo; y seguramente algunos más que escaparon a mi observación. Recuerdo, como curiosidad irrelevante, que a algún profesor llevé cierta vez a su domicilio, por encargo directo de San Josemaría, un sobre con las gratificaciones por las clases impartidas.

El esfuerzo de aquel grupo para alcanzar una profunda preparación teológica fue intenso y ejemplar. Como consecuencia, sus exámenes en el Seminario de la diócesis de Madrid resultaron muy brillantes. Así consta por las actas de las asignaturas, y así me lo comentaban años después don Joaquín Blázquez y don Ramiro López Gallego, ambos canónigos de la catedral de Madrid, profesores de Teología Dogmática en dicho Seminario y miembros del Instituto Francisco Suárez de Teología, del CSIC.

### **Viaje a Torre vieja**

Comencé estas páginas con los recuerdos del verano de 1936 en Torre vieja, y las termino con la mención de la última estancia en esa ciudad de mi niñez y adolescencia.

Había acabado el curso académico 1941-42. Un día, probablemente a primeros de julio del '42, me dijo San Josemaría en el centro de Diego de León que había pensado que fuera unos días a Torre vieja a

ver a mi familia y, literalmente, *a remojarte un poco en el mar, que te vendrá bien para tu salud y para descansar de estos calores de Madrid.*

Mis padres seguían en Oran y mi abuelo Julio Casciaro había fallecido el 1 de enero de 1942. En Torrevieja sólo estaban, pues, su viuda -la abuela Soledad-, y una buena representación de tíos y tías, primos y primas que, como de costumbre, pasaban las vacaciones veraniegas en «Los Hoyos». Todos se llevaron gran alegría, especialmente mi abuela, pues no me habían visto desde hacía tiempo. La marcha a Torrevieja para estar con los parientes me mostraba el cariño y la solicitud de San Josemaría hacia mí y hacia mi familia, pues ni yo ni mi hermano habíamos hablado una palabra sobre el asunto; era exclusiva iniciativa del Padre.

El viaje tuvo, indirectamente, efectos beneficiosos. De una parte, Monsieur y Madame Martin, el matrimonio francés sin hijos, profesores del Liceo francés de Oran que, en acto muy generoso, habían acogido a mis padres en su casa, quisieron detenerse unos días en Torrevieja, de paso para Francia en vacaciones, y conocer a la familia de sus huéspedes. Así tuvieron ocasión de comprobar que pertenecían a una familia honorable. Se alojaron varios días en «Los Hoyos» y coincidieron conmigo. Como era lógico, en justo agradecimiento, tanto mi abuela como yo extremamos los detalles de atención y afecto. Mi abuela los acomodó en su propio dormitorio, el mejor de la casa.

El matrimonio Martin andaba por los cuarenta y tantos años de edad, de modo que pudieron disfrutar de algunos deportes acuáticos, como las travesías en piragua por el puerto y el mar abierto, tranquilo por lo general en la temporada de verano. Al regreso a Oran de los Martín, mis padres nos contaron en sus cartas lo muy contentos que estaban esos señores por haber conocido a nuestra familia y por las atenciones que habíamos tenido con ellos. Desde entonces su excelente modo de tratar a mis padres aún se hizo más explícito. Hasta el regreso de mis padres a España en 1947, los Martin no consintieron que abandonaran su casa. Como en ocasiones anteriores, la Providencia divina inspiró a San Josemaría para que sus iniciativas redundaran en favores espirituales y consuelos humanos a mis padres.

De otra parte, en Torrevieja me encontré con tío Diego y su familia, que habían ido a veranear. Estar unos días juntos constituyó una alegría muy grande para ellos, y para mí. Entendieron perfectamente la decisión de mi estancia en Madrid y se interesaron mucho por mis estudios. Con tío Diego tuve largas parrafadas sobre lo divino y lo humano. Nos dábamos buenas palizas de nadar y, algunas tardes, tras la sobremesa, estudiábamos juntos alemán, pues andábamos ambos, más o menos, por el mismo nivel.

A mi regreso de Torrevieja, San Josemaría me llamó para que estuviera un rato con él. Se interesó por cuanto me había sucedido y me dirigió una cariñosa regañina por haber escrito muy poco durante mi estancia en Torrevieja. Lo mismo que un buen padre y una buena madre que han tenido un hijo fuera de casa por unas semanas, sin tener de él con frecuencia todas las noticias que su corazón anhela.

\* \* \*

Termino aquí convencionalmente mi relato. Pienso haber alcanzado el propósito inicial. He evocado aquellos tres primeros años, desde mayo de 1939 a agosto de 1942, en los que, de una u otra manera, estuve cerca del Fundador del Opus Dei. También de «la Abuela» y de «Tía Carmen», y de aquel conjunto de hombres que antes que yo, o por la misma época, tuvieron mucha fe en Dios y en San Josemaría y han permanecido fieles a lo que Dios les pidió. No sé cómo expresar lo que representa en mi alma esta historia viva que comenzó entonces y continúa todavía.

### Epílogo

Pretendía escribir un relato breve. Al llegar a su final me parece que se evidencia una conclusión: junto a San Josemaría, uno, es decir, todos, nos hemos sentido queridos e impulsados a querer. Él era un hombre que, por encima de todo, sabía amar. *Amoral mundo apasionadamente* es el título de una de sus homilias más relevantes, pronunciada en Pamplona el 8 de octubre de 1967 en el campus de la Universidad de Navarra, ante una multitud de veinte o treinta mil personas. Tuve la suerte de estar presente en aquella ocasión. Quizás esa homilía pueda ser un compendio de su mensaje espiritual y humano.

El amor a Dios y a los demás constituyó en el Fundador del Opus Dei un don divino, al que supo corresponder con generosidad excepcional. Él aprendió tal amor en el fuego de su oración perseverante, y de su *sacrificio silencioso y escondido*, a los que acompañó su decisión, siempre renovada, de cumplir la Voluntad de Dios. Es que Dios, nuestro Padre, es Amor. Un Amor que le lleva a entregar a su propio Hijo Unigénito<sup>82</sup>. Un Amor, común a cada una de las Personas Divinas, que es la más honda razón de que el Verbo Eterno se encarnara y viviera entre los hombres, de que el Espíritu Santo sea enviado a la Iglesia y a cada uno de los fieles. Amigo lector: tú y yo, discípulos de Jesús, no tenemos otro camino que el trazado y recorrido por el Dios-Hombre, seguido después por todos sus santos, cualesquiera que sean sus mensajes específicos. Pero no quisiera terminar con una plática espiritual. Nos hemos detenido en uno de ellos, contemporáneo nuestro, San Josemaría, y sólo en algunos aspectos de lo que ha sido su vida durante unos pocos años, bajo la

---

<sup>82</sup> Cfr Ioh 3, 16-17.

mirada de un testigo joven e inexperto.

Al recordar los episodios narrados, siento una profunda gratitud a San Josemaría, porque toda su vida es una enseñanza viva e interpelante. Después de él, mi agradecimiento va también a todos aquellos hombres cuyas conductas fueron para mí pautas de buen ser y buen hacer. Los he ido mencionando al hilo de los episodios y de las anécdotas sencillas y familiares. La mayoría de los más antiguos han ido falleciendo, sobre todo en estos últimos años, como puede apreciarse por las breves anotaciones biográficas. Ellos colaboraron sin reservas con el Fundador para, en frase suya, *hacer el Opus Dei en la tierra, siendo tú mismo Opus Dei*. En esos hombres, unos fieles ya hasta la muerte, otros luchando todavía en esta vida, vi y sigo viendo la plasmación de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos»<sup>83</sup>.

Los episodios sucedían con la naturalidad de lo cotidiano. Pero por dentro había un espíritu, imperceptible a los sentidos corporales y que, sin embargo, era la razón honda de todo cuanto sucedía. Ese espíritu era y sigue siendo como el alma que no se ve, pero que es la que da vida y se expresa mediante el cuerpo. O, si queremos, como la sal que desaparece, pero da sabor a los alimentos: «la sal del mundo»<sup>84</sup>. Mi experiencia parte del año 1939 cuando, acabada la guerra civil, comenzó una expansión y crecimiento de la Obra realmente providenciales. El Opus Dei que yo encontré era una familia muy pequeña de vínculos espirituales, un puñado de hombres Jóvenes. Sólo el Fundador, Isidoro Zorzano y José María Albareda rondaban los 40 años; la mayoría estaban entre los 20 y los 30. Eran estudiantes o ejercían desde hacía poco sus profesiones intelectuales. Ahora somos bastantes miles de mujeres y de hombres. Sigue habiendo profesionales y graduados en carreras universitarias y escuelas técnicas superiores. Pero son muchos más los de oficios no intelectuales, como mineros de los que bajan al pozo, obreros de fábricas o del campo, empleadas de hogar, enfermeras, oficinistas de empresas privadas o de organismos oficiales, taxistas, guardias, pequeños propietarios y comerciantes... Entonces había sólo un sacerdote, el Fundador. En la actualidad pasamos del millar y medio los sacerdotes incardinados en la Prelatura del Opus Dei y más aún son los sacerdotes diocesanos incardinados en sus propias diócesis, que viven personalmente el espíritu de la Obra en el fiel cumplimiento de las tareas que sus respectivos obispos les encargan. Unos y otros, laicos y clérigos, mujeres y hombres, sintiéndose *una partecica de la Iglesia* -como así definió el Opus Dei en algunas ocasiones San Josemaría-, entregan su existencia, en medio de sus tareas

---

<sup>83</sup> Mt 5, 16.

<sup>84</sup> Cfr Mt 5, 14.

profesionales y sus deberes familiares y sociales, para la extensión de la fe cristiana y el servicio de sus iguales, los hombres y mujeres de buena parte de la redondez de la tierra.

Han cambiado las circunstancias y la configuración canónica del Opus Dei. Pero la vida de aquellos pocos que he descrito casi de modo anecdótico, y la de los millares que acabo de mencionar, sean jóvenes o viejos, es idéntica: su espíritu y su piedad, el afán y los modos apostólicos, el anhelo de superación en las obligaciones ordinarias de cada una y de cada uno, y la búsqueda de la santificación cristiana donde Dios los ha colocado en este mundo son los mismos. No ha cambiado tampoco la sincera y confiada filiación al Padre y Prelado del Opus Dei que, sentida en un principio hacia nuestro santo Fundador, vivimos con iguales características hacia sus sucesores, en concreto, primero hacia Monseñor Alvaro del Portillo, y después de su fallecimiento en 1994, hacia Monseñor Javier Echevarría. No puedo dejar de ver en ello la Providencia amorosa de Dios.

En pocas palabras, la vida de los hombres y mujeres del Opus Dei la encuentro como hace más de medio siglo. La Prelatura del Opus Dei sigue siendo una familia de vínculos espirituales igual de fuertes. Aunque ahora muy numerosa en su conjunto, continúa siendo pequeña en cada uno de sus centros, que viven las mismas características de fraternidad y de intimidad hogareña. Dios lo quiere así y el testigo de ese estilo de vida ha sido transmitido como en una carrera de relevos.

La llamada vocacional al Opus Dei es una gracia que sólo da Dios. Pero, como tantas cosas naturales y sobrenaturales, implica un terreno abonado y unos cuidados: uno y otros me los tropecé desde el primer momento, y los sigo hallando hoy en los fieles de la Prelatura por todas partes donde voy. El primero del Opus Dei al que encontré en el camino fue mi hermano Pedro. Sólo querría añadir ahora dos párrafos de la carta que me escribió el Obispo-Prelado del Opus Dei Monseñor Javier Echevarría el 24 de marzo de 1995, al día siguiente del fallecimiento de Pedro, pues subraya notas constantes de los fieles de la Prelatura: cariño, lealtad, filiación al Padre y Prelado de la Obra, fraternidad.

«Muy querido Pepe: ¡que Jesús te me guarde! —Con el corazón lleno de dolor, te escribo estas líneas para compartir contigo la pena por el fallecimiento de nuestro queridísimo Pedro (q.e.p.d.). Aunque sabíamos que podría dejarnos en cualquier momento, es muy dura la separación de ese hijo tan fiel de nuestro santo Fundador: ¡cuánto he rezado en estos meses para que se recuperara! Pero el Señor ha dispuesto que ahora nos ayude desde el Cielo, con la eficacia de su intercesión, después del estupendo ejemplo de entrega que nos ha dado, también durante su enfermedad, llevada con el garbo y la visión sobrenatural con que ha vivido siempre (...). José María, te encomiendo de modo muy particular en estos momentos, para que

sepas ser tan leal como lo ha sido durante sesenta años tu hermano. Acude a Pedro con frecuencia y confíale mis intenciones (...). Con muchas ganas de verte, te bendigo con inmenso cariño, tu Padre + Javier».

Otro impacto desde la primera hora junto a San Josemaría fue el espíritu de libertad. Cuántas veces le oí repetir a propósito de circunstancias variadas: *¡Viva la libertad!* Desde el primer momento, el Padre nos educó —algunos podríamos decir casi que nos crió— *en libertad*. He recordado algunas anécdotas a este respecto. Quiero subrayar la sensación que siempre hemos tenido en el Opus Dei de estar en nuestra casa, como cualquier miembro de una familia cristiana se siente en el seno de ella, y de sabernos personalmente responsables de sacar adelante a toda la familia. Tal circunstancia da a la vez madurez, libertad y responsabilidad, ya desde los años jóvenes.

Finalmente, en varios lugares de la sede central de la Prelatura, en Roma, leemos la inscripción *Vale la pena*, lema que oímos muchas veces al Fundador de la Obra, y que expresa el valor de la entrega a Dios, con la tensión hacia la bienaventuranza eterna.

En efecto, cuando uno vuelve la mirada a aquellos años primeros de la llamada divina, y recorre igualmente los posteriores, siente en lo más profundo la verdad de esas palabras. Valía la pena seguir a San Josemaría, porque ello era, es, caminar como de la mano hasta Nuestro Señor Jesucristo. Se trata de una aventura, pero también de un «camino» seguro a través de la tierra hacia el Cielo. Después de más de medio siglo ¡cuan alegre y reconfortante es, en medio de las propias miserias, haber seguido la ruta que Dios me mostró desde la primera juventud! Es verdad que quien ha escrito estos recuerdos ha sido llevado adelante durante tantos años sin poner demasiado de su parte: quizás lo único haya sido la fe en Dios y la confianza en San Josemaría, instrumento divino para guiarnos hasta el final, en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Doy gracias a Dios Uno y Trino, de la manera más honda que se me alcanza, por la llamada divina que me hizo descubrir desde la recién estrenada Juventud, y porque me ha mantenido firme en la decisión primera. De manera creciente, día a día me ha sostenido la ilusión de ir trenzando con otros la aventura maravillosa de *hacer el Opus Dei en la tierra*. Echando la mirada atrás, en efecto, se hace evidente que valía la pena recorrer tal andadura. Sí, una y mil veces, valía. *Vale la pena*.

*Laus Deo Virginique Matri.*

